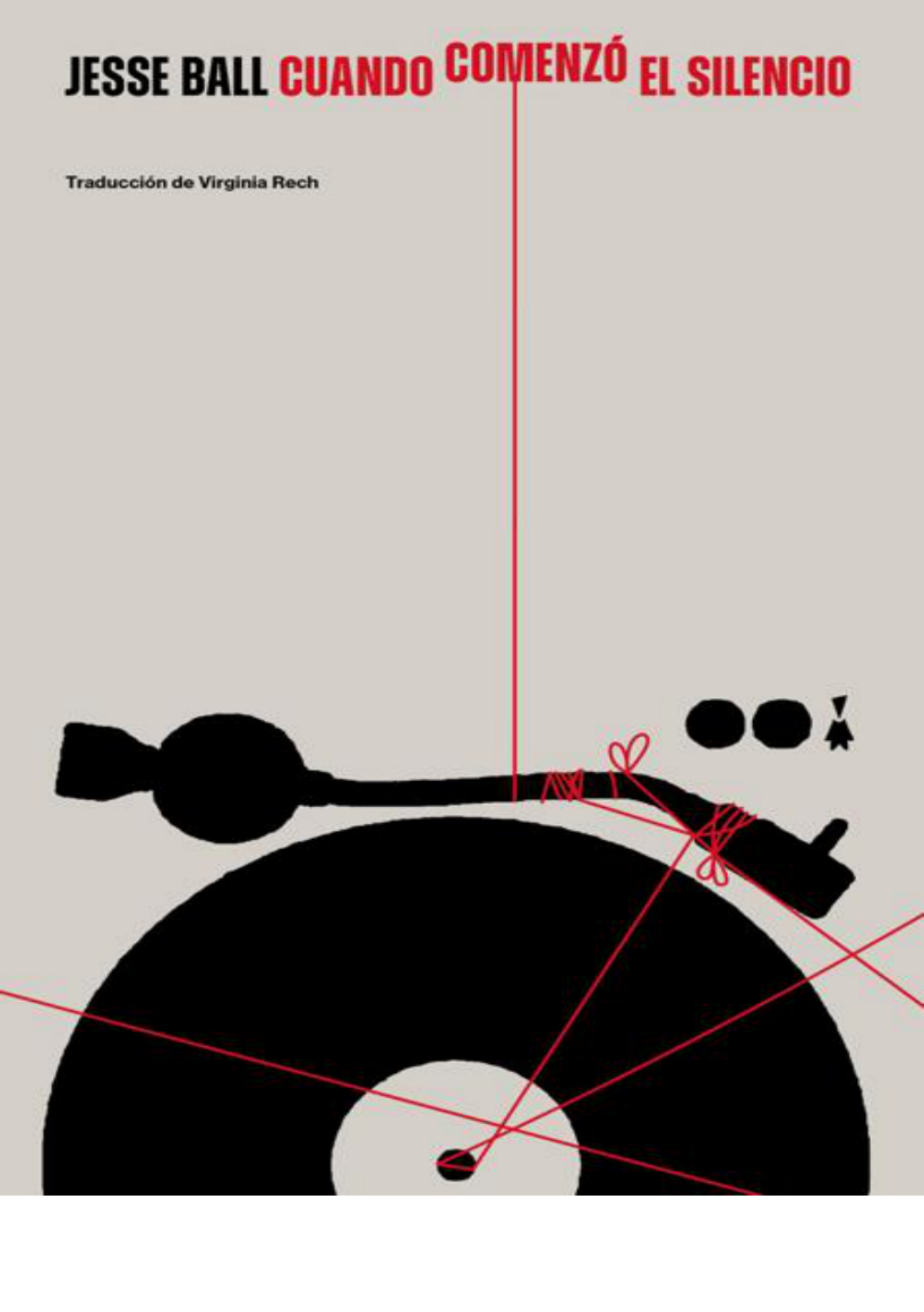
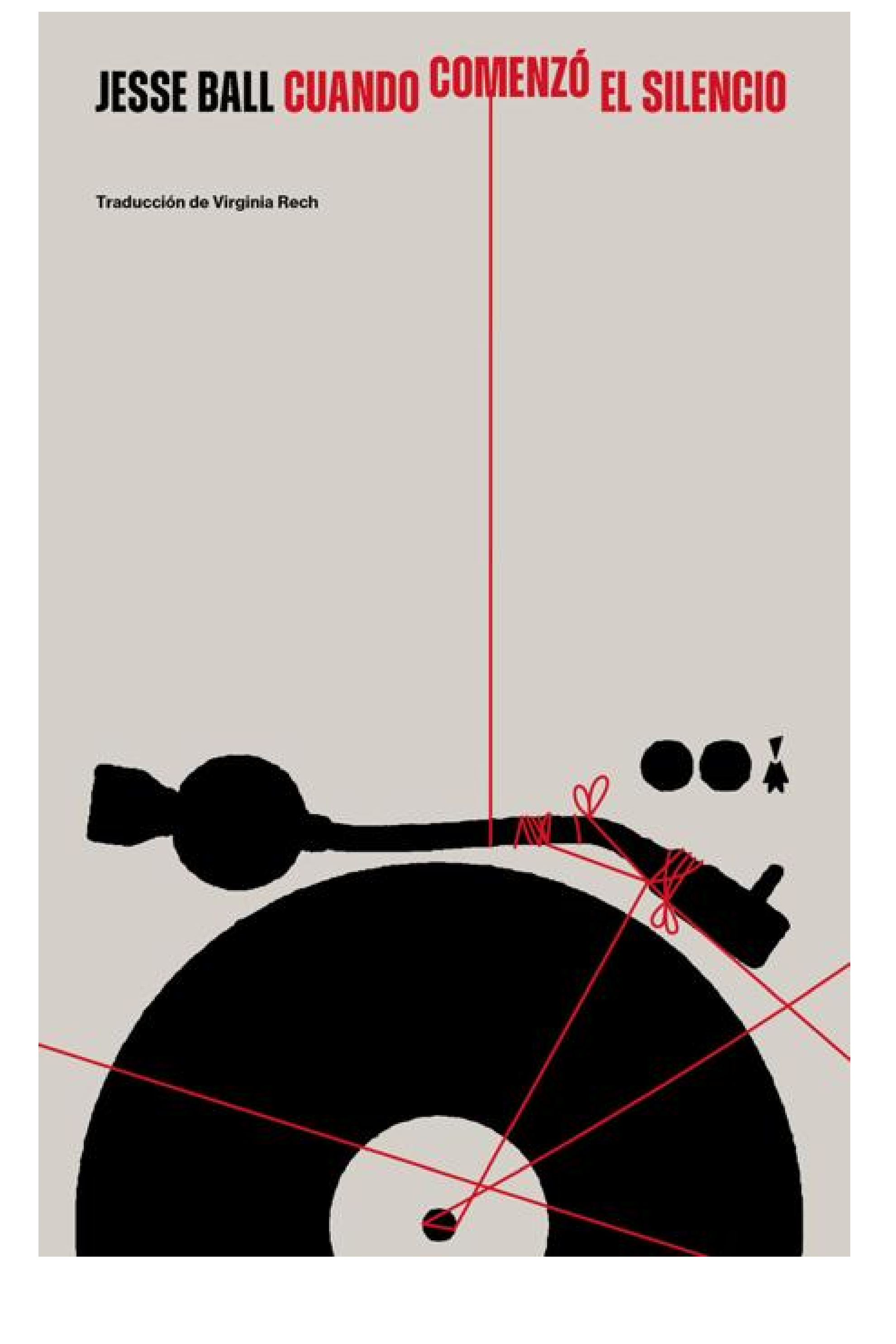
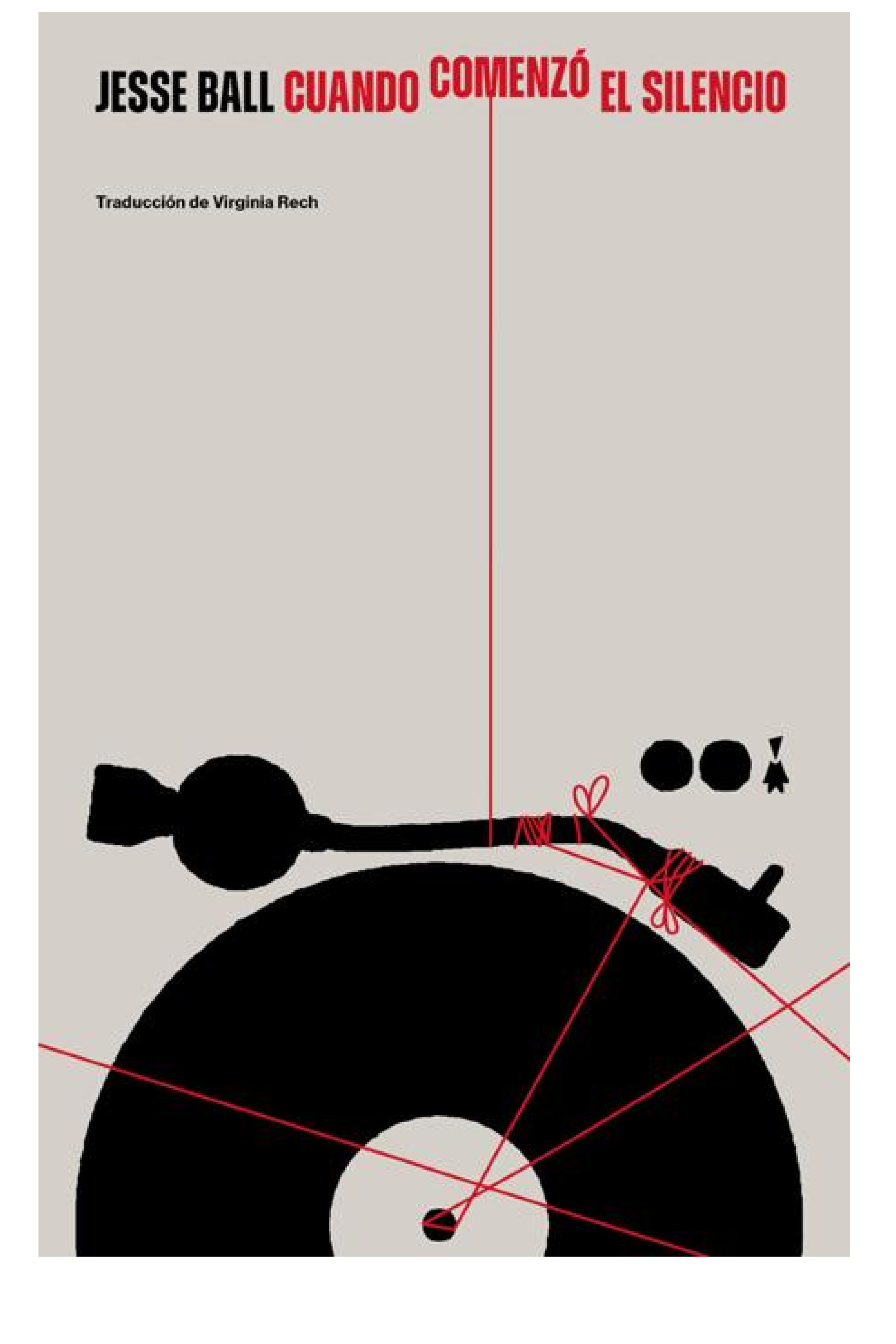
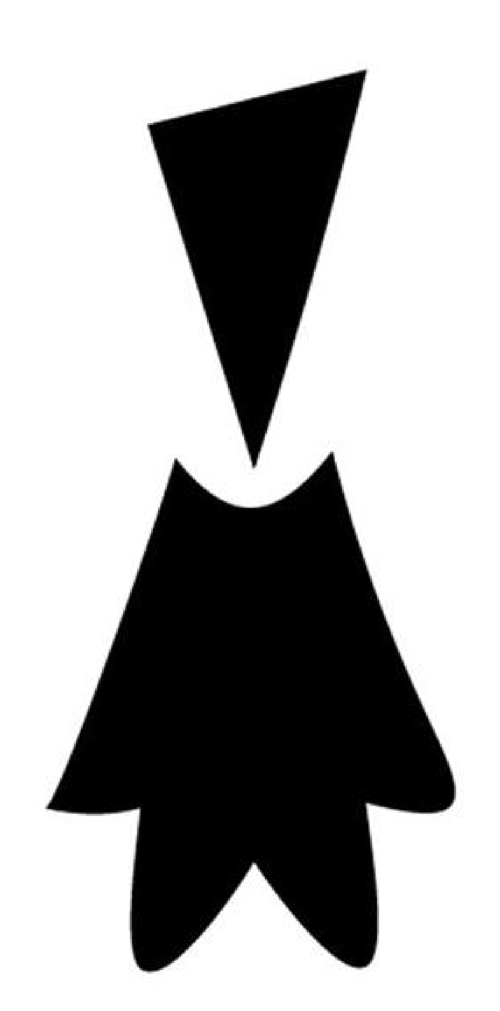

JESSE BALL CUANDO COMENZÓ EL SILENCIO
Traducción de Virginia Rech


JESSE BALL
CUANDO COMENZÓ EL SILENCIO
Traducción de Virginia Rech


JESSE BALL CUANDO COMENZÓ EL SILENCIO
Traducción de Virginia Rech



JESSE BALL

Cuando comenzó el silencio

Traducción de Virginia Rech



Para K. Abe y S. Endo



La siguiente obra de ficción está

parcialmente basada en hechos reales.



Material preliminar

Me pasó algo extraño, a mí y a la mujer con la que vivía. Teníamos una buena vida. Cuando miraba el futuro veía lo brillante, lo hermoso que era y sería el mundo. Me había desprendido de muchos miedos, inquietudes, preocupaciones. Sentía que muchos asuntos se habían resuelto. Vivíamos en una casa con nuestra hija, llevábamos casados varios años y nuestra vida era tan dichosa y radiante que no tengo palabras para decirlo. Te lo puedo decir, pero no te lo imaginas, o yo no sé decirlo bien. En el frente de la casa había un jardín con un portón alto y una espaldera alrededor. Nos sentábamos en el jardín y había tiempo para todo, para lo que fuera. Me gustaría que adivinaras y sintieras esa luz, como de mañana, en los párpados.

Pasó algo, sin embargo, algo que no pude prever. Ella se quedó en silencio, sencillamente dejó de querer hablar, y esa vida se terminó. Me aferré a ella, a esa vida, aunque ya no existiera, y traté de entender todo lo posible sobre el silencio, sobre quiénes guardan silencio y por qué. Pero se había terminado. Tuve que comenzar de nuevo, y ese comienzo consistió en tratar de entender lo que había pasado. Por supuesto, no es cosa fácil. Nadie puede sencillamente venir a explicarte lo que no entiendes, no si se trata de un asunto tan extraño como este.

Así que empecé a buscar casos similares. Viajé a lugares, hablé con la gente; una y otra vez me encontré con un muro. Quería saber cómo evitar las dificultades imprevisibles del futuro. Por supuesto, era absurdo. No pueden evitarse. Son inevitables por naturaleza. Pero, en mi búsqueda, descubrí el caso de Oda Sotatsu, lo que derivó en el libro que ahora tienes en tus manos. Me da gusto ofrecértelo y espero que pueda hacerte algún bien.

+

Ocurrió un incidente en una aldea cercana a Sakai, en la prefectura de Osaka. Lo llamo incidente por lo peculiar que es. Al mismo tiempo, como verás, tiene elementos comunes a cuantos compartimos la vida humana. Cuando leí sobre el asunto, habiendo ya pasado muchos años de los hechos, viajé hasta allí para desentrañar lo que pudiera y descubrir toda la historia.

La mayoría de los protagonistas aún vivían, y en una serie de entrevistas recopilé el material que hoy me permite contar esta historia. Cambié los nombres de los involucrados para proteger su identidad y la de sus seres queridos y descendientes. También modifiqué las fechas, al igual que ciertos períodos de tiempo, como medida de protección adicional.

+ +

En las páginas siguientes, puede que a veces me refiera a mí mismo como entr. o entrevistador, o que incluya una nota para aclarar alguna cuestión. Sin embargo, casi todo el texto del libro proviene de entrevistas registradas con un grabador. El libro consta de cuatro relatos: primero, el de varias personas vinculadas a (2) Oda Sotatsu, entre ellos sus familiares y oficiales de la policía metropolitana (de Sakai) y municipal; segundo, el de mi búsqueda de Jito Joo; tercero, el de (3) Jito Joo; y cuarto, el de (1) Sato Kakuzo.

Las primeras dos secciones son narrativas por necesidad, y los datos se articulan y se expresan de un modo por momentos novelesco (aunque me he esforzado por indicar las fuentes). Las últimas secciones en su mayoría no necesitan ese defecto, ya que los propios materiales resultaron ser suficientes para mi tarea.

Jesse Ball, Chicago, 2012

1_

La situación de Oda Sotatsu

Un primer acercamiento a la historia

En octubre de 1977, Oda Sotatsu era un hombre joven. Estaba en su vigésimo noveno año de vida. Trabajaba en una oficina, una empresa de importación y exportación que era de su tío. Principalmente vendían hilo. Para eso, también compraban hilo. Sotatsu se dedicaba más que nada a comprar y vender hilo. No le gustaba mucho, pero no se quejaba. Vivía solo, no tenía novia ni mascotas. Tenía una educación básica y un pequeño círculo de conocidos. Parece ser que lo apreciaban. Le gustaba el jazz y tenía un tocadiscos. Usaba ropa simple de colores apagados, casi siempre comía en su casa. Cuanto más lo apasionaba un tema, menos inclinado se sentía a hablar de eso. Muchas personas lo conocían y vivían a la par de él, cerca de él; pero pocas podían afirmar tener una noción real de cómo era. No sospechaban que fuera de ninguna forma en particular. Parecía ser meramente lo que hacía: una discreta rutina diaria de trabajo y descanso.

La historia de Oda Sotatsu empieza con una confesión que firmó.

Se había metido con un hombre llamado Kakuzo y una chica llamada Jito Joo. Eran personas un poco revoltosas, en especial Sato Kakuzo. Estaba enredado en algún lío, o lo había estado. La gente lo sabía.

Esto es lo que pasó: de algún modo Kakuzo conoció a Oda Sotatsu y lo convenció de firmar la confesión de un crimen que no había cometido.

Que firmara la confesión de un crimen que no cometió es extraño. Es difícil de creer. Y sin embargo, así fue. Cuando me enteré de los hechos, y cuando los investigué, descubrí que hubo un motivo, y el motivo era este: había perdido una apuesta.

Hay varias versiones de lo que pasó esa noche. Una es la versión que

salió en los diarios. Otra es la versión que contó la familia de Oda Sotatsu. Una tercera es la versión que mantuvo Sato Kakuzo. Esta última versión es más concluyente que las otras, porque Kakuzo grabó el encuentro y me mostró la cinta. La escuché muchas veces, y cada vez escucho cosas que no había escuchado antes. Uno tiene la impresión de que puede distinguir la vida, la vida de verdad, de sus simulacros por el hecho de que la vida de verdad constantemente engaña y revela, y nunca deja de hacerlo.

Te describiré los sucesos de esa noche.

La apuesta

Cuando escuché la cinta, la conversación, por momentos, era difícil de descifrar. La música estaba fuerte. A medida que avanzaba la noche, los tres bebían y hablaban muy rápido. En general, el ambiente era el de un bar. Alguien (¿Joo?) se levanta y se va varias veces, y al volver hace chirriar la silla contra el piso de madera. Hablaron sobre temas triviales durante unos cuarenta minutos, y luego llegaron al asunto de la apuesta.

Kakuzo introdujo el tema discretamente. Habló con fluidez y describió una especie de camaradería que compartían los tres. Actuaba como si estuvieran hartos de la vida. Joo y él, dijo, habían estado haciendo cosas para tratar de escapar a ese sentimiento. Una era apostar a las cartas, en un juego privado entre los dos. Dijo que, cuando perdía, se cortaba; o Joo se cortaba, si la que perdía era ella. Dijo que de ahí pasaban a otras cosas, a obligarse mutuamente a hacer cosas, para volver a sentirse vivos. Pero todo giraba en torno a las apuestas, a dejar que la vida pendiera de un hilo. ¿A Sotatsu no le parecía fascinante? ¿No sentía el menor impulso de probar?

Toda la noche lo hostigaron, Joo y Kakuzo, hasta que por fin lo convencieron. De hecho, lo habían elegido porque les parecía una persona que se dejaría convencer, que podrían convencer de algo así. Y, de hecho, así fue; consiguieron que se sumara al juego.

Kakuzo y él hicieron una apuesta. La apuesta consistía en que el perdedor, fuera quien fuera, firmaría una confesión. Kakuzo había llevado la confesión. La puso sobre la mesa. El perdedor la firmaría, y Joo la llevaría a la comisaría. Todo lo que una persona es capaz de sentir en la vida se concentraría en el preciso instante en que comenzaría la apuesta y la vida entera dependería de dar vuelta una carta. Kakuzo también había llevado las cartas, y reposaban en la mesa junto a la confesión.

La música en el bar estaba fuerte. La vida de Oda Sotatsu era difícil y no le había dado los frutos que esperaba. Sentía simpatía y respeto por Kakuzo y por Joo, y ellos tenían todo su ahínco puesto en él, y en que hiciera esa cosa en particular.

Este fue el resultado: Oda Sotatsu hizo una apuesta con Sato Kakuzo. Perdió la apuesta. Tomó un bolígrafo y firmó la confesión, allí mismo sobre la mesa. Joo se la llevó y se fue del bar con Kakuzo. Oda regresó a su pequeño departamento. Si durmió o no, no lo sabemos.

Según la casera, a la mañana siguiente

todos los vecinos del edificio de Oda Sotatsu se despertaron cuando llamaron con fuertes golpes a la puerta de su departamento. Como no abrió la puerta lo bastante rápido, la echaron abajo. Como no se echó a tierra lo bastante rápido, lo derribaron. Se lo llevaron esposado y sumamente angustiado y lo subieron a una camioneta. Un testigo me dijo que no se resistió ni se declaró inocente. Solo obedeció en silencio. La casera recuerda que no llevaba ningún abrigo.

La hija de la casera de Oda

me contó:

–No tienes idea de quién era Oda si no sabes lo amable que era, y que la amabilidad que era y que tenía la llevaba en el cuerpo, de verdad. No era algo que pensara o decidiera. Sencillamente era amable y hacía lo correcto muchas veces. Para demostrártelo: yo era muy chica, pero mi madre me contó que cuando la vecina de arriba, una anciana, y él, Oda, era joven (tendría poco más de veinte años), a la anciana le llevaron un mueble a la casa. El mueble era muy grande y se atoró en la puerta, y los de la mudanza tenían que hacer algo. Ya era tarde. Su jornada había terminado. Volverían al otro día. Pero la anciana no podía entrar ni salir. Estaba muy preocupada. Se quedó junto a la puerta tratando de espiar por los resquicios. No paraba de hablar, de decir cosas, pero los de la mudanza ya se habían ido. Entonces, ¿qué hace Oda? Sube con una linterna y se sienta al lado de la puerta y le habla a la anciana toda la noche, se queda hasta la mañana. Sabes, creo que ella ni siquiera le caía bien. Solo que él era así. Un chico amable. A decir verdad, esa anciana no le caía bien a nadie.

Nota del entr.

Estoy intentando contarte una tragedia. Estoy tratando de hacerlo de la forma menos perjudicial posible para los involucrados, para quienes fueron sus sobrevivientes, pero también sus artífices.

Oda Sotatsu firmó una confesión. Quizás no entendía bien lo que estaba haciendo. O quizás sí. Como sea, la firmó. Al día siguiente, el sábado quince, lo arrestaron y llevaron a la cárcel. Dado lo exhaustivo del documento, de la confesión, nunca se dudó de su culpabilidad. El juicio, cuando se llevó a cabo, fue un proceso rápido en el que Oda Sotatsu hizo poco, ciertamente nada a su favor. La policía, durante el tiempo que estuvo detenido esperando el juicio, y más tarde durante el tiempo que pasó en el corredor de la muerte, intentó hacerlo hablar sobre los crímenes que había confesado. No lo hizo. Se movía en una especie de burbuja de silencio, y se negaba a salir de ahí.

En los meses siguientes Oda recibió muchas veces la visita de Joo. No volvió a ver a Kakuzo.

Nuestra historia continúa con información que me relataron policías, guardias, sacerdotes, periodistas (presentes en esa época) y la familia Oda. Así es como cuentan la historia de Oda Sotatsu.

SIETE MESES DE CONFINAMIENTO

ESPERANDO EL JUICIO

Interrogatorio 1

15 de octubre de 1977. Oda Sotatsu es arrestado bajo sospecha de participación en las Desapariciones de Narito. Sospecha vinculada a la confesión firmada por Oda, presentada de forma anónima ante las autoridades policiales. La conversación tuvo lugar en una sala de la comisaría local. Inspector Nagano y otro inspector de nombre no registrado.

[Nota del entr. Transcripción de la grabación del interrogatorio, posiblemente alterada o redactada con descuido. No se escuchó la grabación original].







oficial 1

Señor Oda. Me imagino que sabe por qué está aquí. Me imagino que sabe por qué nos tomamos la molestia de traerlo, y me imagino que

sabe cuáles son las sanciones si llegara a mentirnos.

oficial 2

Señor Oda, si dispone de cualquier información sobre el paradero de las personas mencionadas en su confesión, o si sabe si cualquiera de ellas sigue con vida, díganoslo ahora. Esa información podría ser de gran ayuda para su caso.

oficial 1

Leímos su confesión. Estamos muy interesados en obtener más información al respecto lo antes posible.

oda

(silencio)

oficial 1

Señor Oda, su situación no es envidiable. Se lo aseguro, es prácticamente un hecho que si lo declaran culpable lo llevarán al pabellón de ejecuciones de la prisión de X. y lo ahorcarán. Si cualquiera de las personas mencionados en su confesión sigue con vida, y usted coopera para que las encontremos, eso podría ayudarlo. Podría cambiar las cosas. Usted podría vivir.

oda

(silencio)

oficial 2

Si cree que guardar silencio lo va a ayudar. Si eso es lo que cree.

oficial 1

Si eso es lo que cree, no tiene idea de cómo es esto.

oficial 2

Quizás se metió en esto por error. Quizás piensa que sabe cómo salir. Pero no lo sabe. La única manera de salir es ayudándonos.

oficial 1

Díganos dónde están esas personas. Esa es su carta. Esa es su salida.

oficial 2

No a la libertad.

(Los oficiales se ríen).

oficial 1

No, solo una salida; un modo de evitar el pabellón de ejecuciones.

oficial 2

Y no solo eso, sino ahora mismo. Ahora mismo, las cosas pueden mejorar. No tienen que ser como son. Créame, en la cárcel hay celdas mejores que la suya. Hay comida mejor que la que le darán a usted. Hasta hay, no debería decirlo, pero podrían hacerse arreglos para que lo transfieran a una cárcel común. Ahí las cosas son distintas. ¿Acaso mejores para usted? Hasta los guardias son distintos. No todo es igual en todas partes. Puede mejorar su situación, a eso nos referimos.

oficial 1

No somos sus enemigos. No tiene enemigos. Estamos trabajando juntos, nada más. Estamos cooperando. El inspector Nagano y yo vamos a dejarlo solo. Cuando volvamos mañana quiero que tenga algunas cosas para decirnos. ¿Entendido?

Entrevista 1 (madre)

[Nota del entr. Cuando visité la aldea, años más tarde, logré hacerle una serie de entrevistas a la familia Oda. Fue difícil ponerme en contacto con ellos, pero, como te dije, tenía mis propios motivos para intentarlo. Ya había ido antes a Japón, pero solo brevemente, y muchas cosas me eran nuevas. Tenía una hermosa sensación de apertura, como si todo se estuviera expandiendo y agudizando, volviéndose más vasto y claro que antes, como cuando, en un día nublado, a veces la luz cambia y brilla fuerte aunque uno no esté al sol. Incluyo aquí varios fragmentos de esas entrevistas para mostrar la progresión del encarcelamiento de Oda Sotatsu. La explicaré con precisión, parte por parte, presentándote las pruebas tal y como las recibí. La casa donde hice las entrevistas era una casa alquilada que decían que en ciertas estaciones se llenaba de mariposas. Cuando llegué, y cuando empecé con las entrevistas, no había mariposas a la vista. Sin embargo, cuando nos sentamos en la habitación norte de la casa, donde la madre de Sotatsu eligió que la entrevistara casi siempre, ella dijo haber visitado la casa en otras circunstancias, y haber visto las mariposas. Para mí fue como si en ese momento yo también las hubiera visto, y más adelante, cuando aparecieron, fue exactamente como ella había dicho. Digo esto solo para dar una idea de su fiabilidad, aunque, desde luego, la cuestión de unos insectos y la cuestión de la confesión de su hijo realmente no se pueden comparar. Aun así, la impresión de su exactitud persiste, y por eso la explico].

[Estos son fragmentos de conversaciones largas y, por lo tanto, pueden hacer referencia a cosas mencionadas previamente, o pueden comenzar en la mitad de una idea, cuando ya se había empezado a decir algo importante].







entr.

Señora Oda, me estaba hablando de ese primer día, cuando recibieron la llamada de las autoridades y fueron a ver a Sotatsu.

sra. oda

En realidad, no fuimos ese día. Ni mi esposo ni yo. Ni ninguno de mis hijos.

entr.

¿Por qué no?

sra. oda

Mi esposo nos lo prohibió. La noticia lo había horrorizado. Se quedó muchas horas sentado en un cuarto de la casa con las luces apagadas, mirando al vacío. Cuando salió, dijo que no iríamos a ver a Sotatsu. Dijo que él no conocía a nadie con ese nombre y me preguntó a mí si lo conocía.

entr.

¿Y usted qué le dijo?

sra. oda

Le dije que no. Que no conocía a nadie con ese nombre. Él dijo que lamentaba la confusión, y que la policía creyera que conocíamos a una persona así, pero que no era cierto. Yo quería ir, por supuesto. Por supuesto que quería. Pero él dejó muy en claro cómo tenía que ser.

entr.

¿Y sus otros hijos?

sra. oda

No vivían con nosotros en esa época, y no había hablado con ellos.

entr.

Entonces, ¿qué cambió? ¿Por qué fueron a ver a Sotatsu?

sra. oda

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi esposo se había puesto una ropa que yo nunca había visto, un traje viejo, más bien formal. Dijo que quizás fuera su culpa, que deberíamos ir a ver a nuestro hijo Sotatsu. Le dije que yo también pensaba que deberíamos ir. Él dijo que lo que debiéramos hacer no tenía importancia, pero que lo haríamos. Así que nos subimos al auto y nos fuimos a la cárcel.

entr.

¿Y ahí, qué encontraron?

sra. oda

Los oficiales no querían mirarnos. Creo que nadie nos miró a los ojos en esa visita, ni en ninguna otra visita. Querían hacer como si no existiéramos. Lo entiendo, ¿sabe? Entiendo cómo debe ser. Un trabajo así, en la cárcel. Supongo que es bueno que haya gente que elija hacerlo.

entr.

¿Estaba muy adentro en la comisaría?

sra. oda

Lo cambiaban de celda todo el tiempo. No estaba siempre en el mismo lugar. ¿Quizás para disciplinarlo? Lo castigaban a menudo, algo con lo

que su padre estaba de acuerdo. Cuando le dije que me parecía que era demasiado lo que le estaban haciendo, el señor Oda me dijo que, de hecho, no, era muy poco. Yo no sé mucho de estas cosas. Si habla con mi esposo, tal vez él recuerde más, o recuerde saber más.

entr.

Pero ¿y la visita en sí? ¿Hablaron con él?

sra. oda

Nosotros hablamos. Él no. Al principio estaba en una celda chica. No tenía nada, solo un desagüe. Creo que querían que empezara a hablar, pero él se negaba. Parecía diminuto con su uniforme de preso. No me gustó verlo. No me gusta pensar en eso ahora.

entr.

Lo siento, pero ¿recuerda qué le dijo?

sra. oda

Creo que no le dije nada. Tenía miedo de decir algo incorrecto y que el señor Oda nos prohibiera regresar, así que me quedé callada. Quería ver cómo le decía él lo que había que decir. Le dijo: Hijo, ¿lo hiciste? Dicen que lo hiciste y que dijiste que así fue, que dijiste haberlo hecho. ¿Lo hiciste? Y Sotatsu no dijo nada. Pero nos miraba.

LAS DESAPARICIONES DE NARITO

[Nota del entr. Llegado este punto me pareció oportuno decir unas palabras sobre las Desapariciones de Narito. Permíteme interrumpir la narración un momento en aras de la claridad. Se trata del crimen que había confesado Oda Sotatsu. Cuando firmó la confesión, mi teoría es que ignoraba que el crimen se hubiera cometido].







Las Desapariciones de Narito ocurrieron en las aldeas cercanas a Sakai en el año 1977. Empezaron en junio y se prolongaron hasta la captura de Oda Sotatsu. Los diarios siguieron el caso muy de cerca y este captó la atención de la prensa nacional, lo que culminó en un furor con el

arresto de Oda Sotatsu. ¿Qué había pasado?

Desaparecieron ocho personas, aproximadamente dos por mes. No había señales de forcejeo; sin embargo, era evidente que las desapariciones se habían efectuado de manera abrupta (había comida sobre la mesa, no faltaban efectos personales, etc.). Todos los desaparecidos eran hombres y mujeres mayores, de cincuenta a setenta años, y vivían solos, sin excepción. En la puerta de cada vivienda hallaron un naipe. Ninguno de los naipes tenía huellas dactilares. Nadie presenció la partida de ningún desaparecido. Era un misterio fascinante y estremecedor y, ante la desaparición de cada vez más personas, la región cayó en un estado de conmoción. Hasta se crearon patrullas para vigilar las viviendas de las personas solitarias o viudas. Pero las patrullas nunca estaban en el lugar y en el momento indicados.

Interrogatorio 2

16 de octubre de 1977. Oda Sotatsu. No se registraron los nombres de los inspectores.

[Nota del entr. Nuevamente, transcripción de la grabación del interrogatorio, posiblemente alterada o redactada con descuido. No se escuchó la grabación original].







oficial 1

Señor Oda, ahora que ha dormido, ¿quizás cambió de opinión con respecto a ayer?

oda

(silencio)

oficial 2

Si no dice nada, es imposible que usted, que su situación mejore. Firmó una confesión. No quiere un abogado ni nadie que lo represente. Sabe lo que hizo. Nuestra preocupación es encontrar a las personas mencionadas, las que usted mencionó en su confesión.

oda

¿Puedo verla? Me gustaría ver la confesión.

oficial 2

Imposible. No puede ver la confesión. Usted escribió la confesión. Sabe lo que dice. Esto no es un juego. Díganos dónde buscar. ¿Adónde se llevó a esa gente? Señor Oda, nuestra paciencia se está agotando.

oficial 1

No puede ver la confesión. El inspector tiene razón. Es completamente innecesario. Claro que, si coopera, pueden pasar muchas cosas innecesarias. Como dijimos, mejor comida, una celda más grande, otra cárcel. Hasta eso, tal vez. No digo que sí, de ninguna manera. No digo eso. Pero háblenos del tema y veremos qué se puede hacer.

oficial 2

Depende de usted. Está en sus manos.

(Cuarenta minutos más de silencio en la cinta mientras los entrevistadores y Oda se miran. Por último, el ruido de una puerta que se cierra, y la cinta se apaga).

Entrevista 2 (hermano)

[Nota del entr. Esta entrevista también tuvo lugar en la casa que ya mencioné. El hermano de Sotatsu, Jiro, fue su más fiel defensor. De hecho, se enteró de lo que pasó e intentó ir a la comisaría antes que sus padres. Pero, por motivos desconocidos, no lo dejaron pasar. Puede que aún no se hubiera realizado el primer interrogatorio cuando él llegó. Es incierto. Hablé con él largamente. De toda la familia, era el que más enojado estaba por lo que pasó. De joven trabajó en una planta siderúrgica, y a eso se dedicaba en 1977. Más tarde se abocó a la labor sindical. Cuando lo conocí iba bien vestido y tenía un auto caro. De sus hábitos personales, puedo decir que fumó casi un paquete entero de cigarrillos en cada conversación. No sé si era habitual en él, o si mi presencia y el tema de nuestras charlas lo ponían nervioso. En varias de las entrevistas llegó acompañado de sus hijos, dos niños pequeños, que jugaban en el jardín mientras nosotros hablábamos. Aunque era muy directo, y por momentos hasta hostil conmigo, era sumamente afable con ellos. En una época hice un poco de judo, y Jiro también; en cierto momento me interrumpió para preguntarme, de la nada, si alguna vez había hecho judo. Yo no le había dicho una palabra al respecto. Cuando respondí que sí, se rio. Siempre me doy cuenta, dijo. Los yudocas caminan un poco distinto. Aunque puede que eso me haya predispuesto para tenerle simpatía, te aseguro que en todo momento he intentado ser lo más objetivo posible].







entr.

¿Eso fue el 19 de octubre?

jiro

Puede ser. No lo sé.

entr.

¿Pero fue la primera vez que entraste en la comisaría?

jiro

En realidad, no, ya había ido una vez, por algo relacionado con un amigo de la fábrica. Había ido a verlo, había acompañado a su mujer a verlo. Creo que se había metido en una pelea y lo arrestaron.

entr.

¿A tu amigo?

jiro

Sí, eso fue unos años antes.

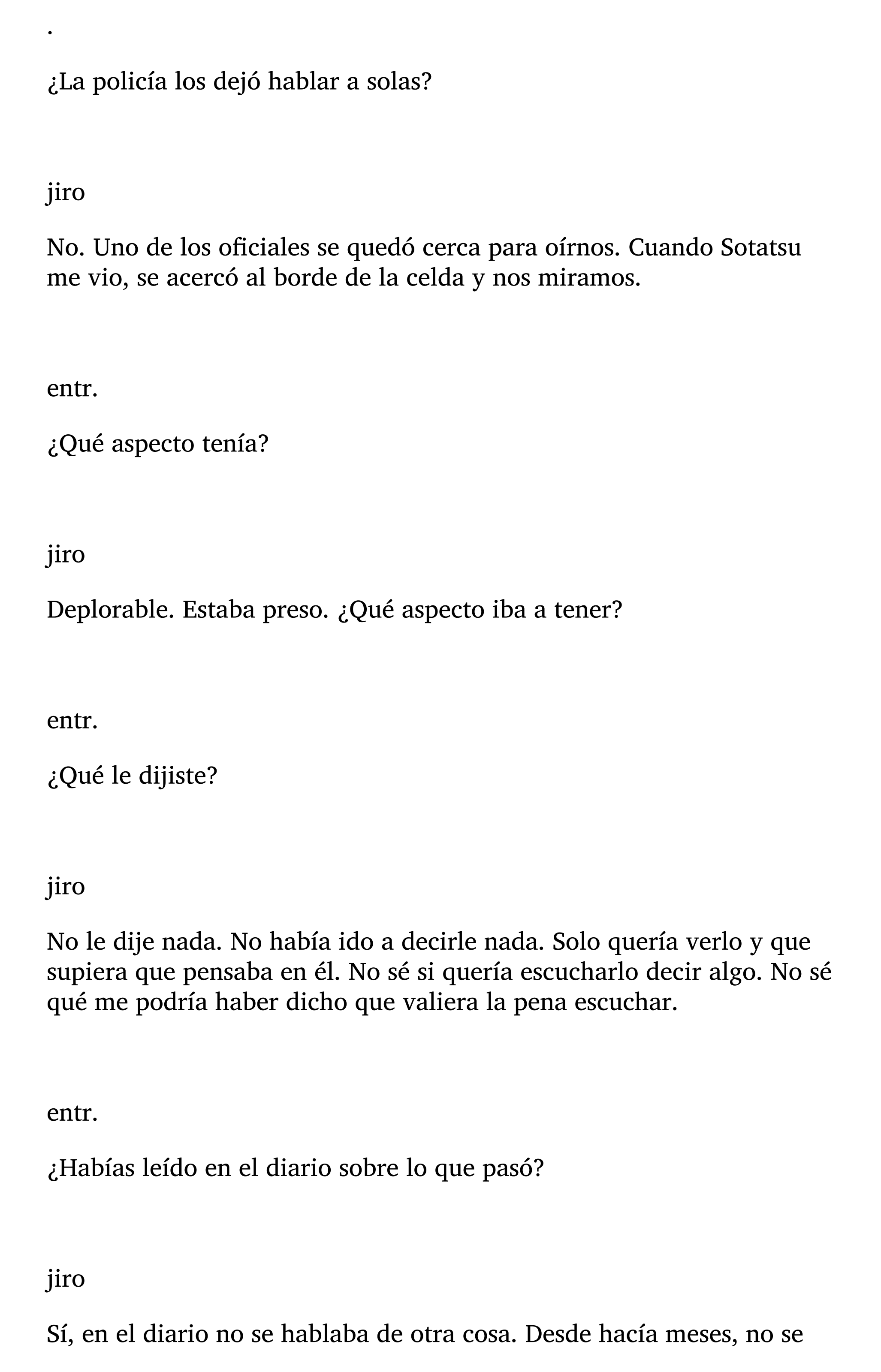
entr.

Pero esta vez…

jiro

Lo vi a Sotatsu. La policía me cacheó. Firmé unos papeles, mostré un documento de identidad y me dejaron pasar. Su celda estaba al fondo. Estaba solo, en una celda larga sin ventanas.

entr



.

¿La policía los dejó hablar a solas?

jiro

No. Uno de los oficiales se quedó cerca para oírnos. Cuando Sotatsu me vio, se acercó al borde de la celda y nos miramos.

entr.

¿Qué aspecto tenía?

jiro

Deplorable. Estaba preso. ¿Qué aspecto iba a tener?

entr.

¿Qué le dijiste?

jiro

No le dije nada. No había ido a decirle nada. Solo quería verlo y que supiera que pensaba en él. No sé si quería escucharlo decir algo. No sé qué me podría haber dicho que valiera la pena escuchar.

entr.

¿Habías leído en el diario sobre lo que pasó?

jiro

Sí, en el diario no se hablaba de otra cosa. Desde hacía meses, no se

hablaba más que de las desapariciones. Después no se habló más que de Sotatsu. Él confesó todo, hasta cosas que los diarios no sabían. Por eso la policía estaba tan segura. Pensaban que los desaparecidos eran ocho, pero él confesó once, y a los otros tres ni siquiera los habían denunciado. Cuando la policía los fue a buscar, también habían desaparecido.

entr.

¿Y no le preguntaste sobre eso?

jiro

Es lo que acabo de decir. Lo vi y me fui.

entr.

¿Y hubo otras visitas así?

jiro

Iba todos los días. Algunos días me dejaban entrar. Otros días, no. Cuando me dejaban, era siempre lo mismo. Yo me acercaba a las rejas de un lado, él del otro. Ninguno de los dos hablaba. Decían que había una sala donde los presos recibían a las visitas. Yo nunca vi esa sala.

Interrogatorio 3

19 de octubre de 1977. Oda Sotatsu. No se registró el nombre del inspector.

[Nota del entr. Nuevamente, transcripción de la grabación del interrogatorio, posiblemente alterada o redactada con descuido. No se escuchó la grabación original].







oficial 3

Señor Oda, el inspector con quien habló previamente me puso al tanto de su caso. Dice que usted no responde. Opina que sencillamente hay

que dejarlo en manos del sistema. Excretarlo del sistema. Esas fueron sus textuales palabras. No quiero ser vulgar, pero entiende lo que digo. Se está ganando una reputación particular aquí dentro. Le explicaré algo. En la cárcel y en la prisión, incluso aquí en la comisaría, una comisaría de pueblo como esta, la gente hizo cosas para llegar a ser lo que es. ¿Entiende? Yo estuve en el ejército, fui a la universidad, estuve en un programa de entrenamiento, después me incorporé a la fuerza policial y fui ascendiendo hasta llegar a inspector. Eso soy. Las cosas que hice me hicieron lo que soy. Usted, en cambio. Usted ha cometido un crimen. Por eso está aquí. Usted es un prisionero. Eso es usted. Sin embargo, lo que es no determina cómo lo tratan, como podrá creer. Lo que determina cómo lo tratan aquí dentro es cómo se comporta y la reputación que genera ese comportamiento. Yo tengo la reputación de ser bueno con la gente con la que hablo. Entonces, más gente habla conmigo y más gente descubre que hablar conmigo es bueno. Esa es mi reputación. Aquí dentro hay prisioneros que reciben un trato excepcional. A algunos que hicieron cosas peores que otros se los trata mejor que a los otros. ¿Sabe por qué?

oda

(silencio)

oficial 3

Porque aprendieron a comportarse y a representar cierta reputación, a hacerla realidad. Usted se está ganando una reputación. ¿Lo sabe?

oda

(silencio)

oficial 3

No por nada duerme en el piso en una celda de cemento, noche tras noche. No por nada le dan la comida que nadie quiere. No a todos los prisioneros los rocían con una manguera. ¿Entiende lo que digo? Estos

oficiales son de buena familia. Crecieron en el mismo pueblo que usted. Hasta puede que los conozca. Tienen hijos. Tratan bien a la gente. Pero cuando lo ven a usted, piensan: esta persona es un animal. Esta persona no quiere ser un ser humano, no quiere formar parte de nuestra comunidad.

(El oficial respira hondo, hace una pausa).

oficial 3

Queremos que nos diga más. La información de la confesión no es suficiente. Es muy poca. Es un documento prácticamente inútil, salvo en lo que se refiere a usted. En lo que se refiere a usted, probablemente sea su fin. Pero para los demás es inútil. Necesitamos que nos diga más. Díganos más y podremos ayudarlo. Cuando llegué a la comisaría y me dijeron que me tocaría hablar con usted, tenía una idea de quién es usted. Se había estado hablando de usted. Además, los diarios. Han publicado notas. Muchas cosas sobre usted. Por eso, tenía una idea de cómo sería usted. Pero usted no es así. Para mí, usted es un tipo normal que se metió en apuros. Daría la impresión de que necesita hablar con alguien. De que todo esto se puede explicar de algún modo. Yo soy esa persona con la que puede hablar. Piénselo.

(Se apaga el grabador).

Entrevista 3 (madre)

[Nota del entr. En esta visita, la señora Oda trajo un juguete que había sido de Sotatsu. Era una vara larga pintada de azul con una campana roja en la punta. La campana tenía forma de flor. No sonaba, explicó la señora Oda. Se la habían regalado al hermano de Sotatsu, y él la había roto enseguida. Sotatsu encontró el juguete roto y comenzó a llevarlo a todas partes. Se lo quedó. Hasta decía escuchar el sonido de la campana, aunque obviamente la campana no emitía ningún sonido. Una vez, sus padres, su hermano y su hermana le hicieron una broma y se escondieron unas campanitas en la ropa. Cuando él movía la vara, algún miembro de la familia hacía repicar una campana a escondidas. Eso le causó gran inquietud y contrariedad, y tanto el padre como la madre se arrepintieron de haberlo hecho, según la señora Oda. Además, reforzó la convicción de Sotatsu de que la campana sonaba de verdad, y aun cuando le explicaron el engaño él se negó a creerlo].







entr.

¿Su siguiente visita a Sotatsu fue unas semanas más tarde?

sra. oda

Una semana más tarde. Le llevé una manta, pero no permitieron que se la diera. Dijeron que tenía todas las mantas que necesitaba.

entr.

¿Le dieron mantas en la cárcel?

sra. oda

No creo. Lo que quisieron decir es…

entr.

Que no se merecía ninguna manta. O que la gente como él no se merecía…

sra. oda

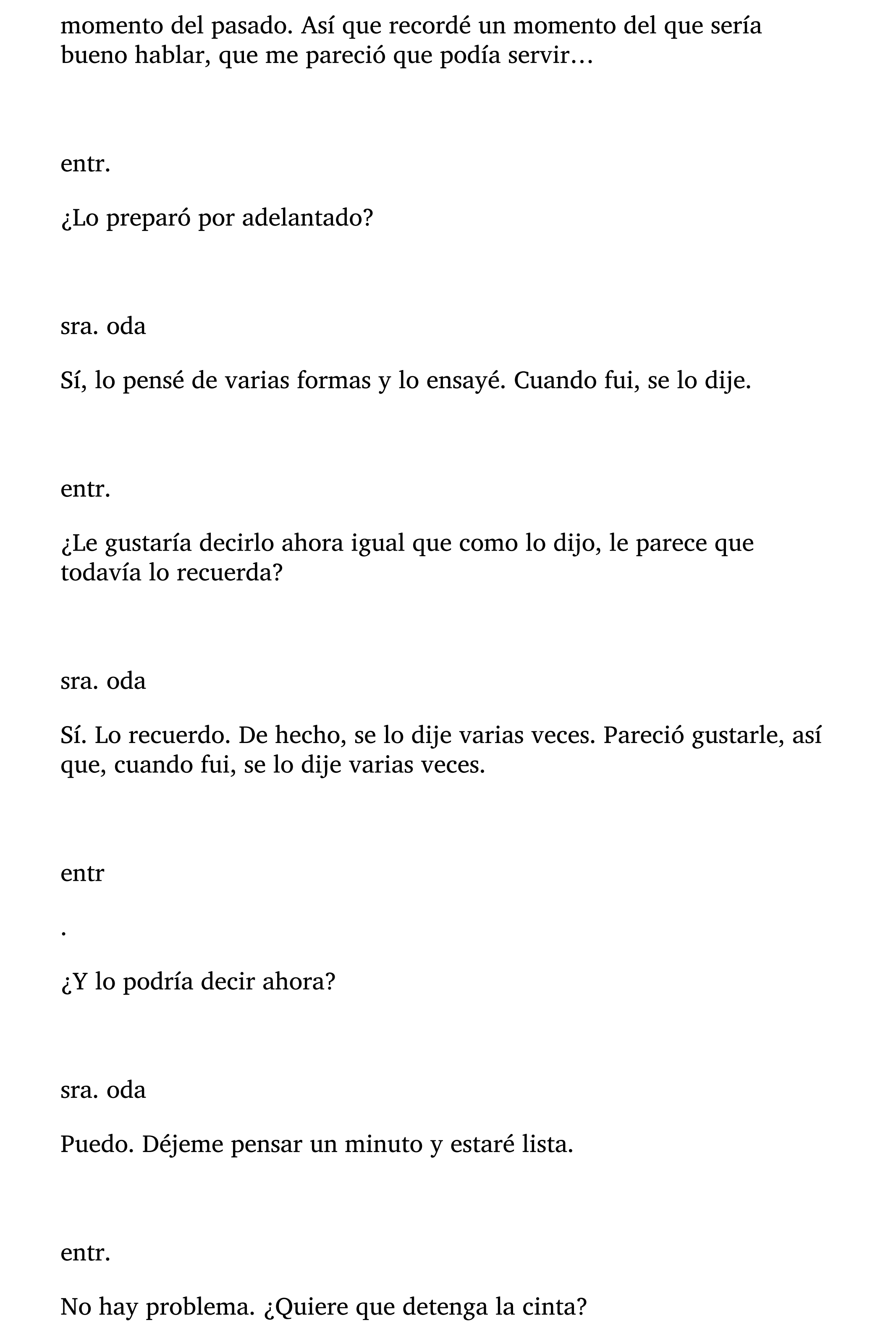
Eso creo. Sí me dejaron entrar con la manta e intentar hablar con él. Le dije que todos pensábamos en él, y probé algo que me dijo una amiga.

entr.

¿A qué se refiere?

sra. oda

Una amiga mía, una mujer mayor cuya opinión respetaba mucho. Me dijo que hiciera algo cuando fuera y lo hice. Lo pensé bien y lo hice. Era esto: le relataría un recuerdo que tuviera, muy claramente, y solo le hablaría de eso, dejaría que el recuerdo fluyera solo, ajeno a mí o al momento triste que estábamos atravesando, solo por su cuenta, el


momento del pasado. Así que recordé un momento del que sería bueno hablar, que me pareció que podía servir…

entr.

¿Lo preparó por adelantado?

sra. oda

Sí, lo pensé de varias formas y lo ensayé. Cuando fui, se lo dije.

entr.

¿Le gustaría decirlo ahora igual que como lo dijo, le parece que todavía lo recuerda?

sra. oda

Sí. Lo recuerdo. De hecho, se lo dije varias veces. Pareció gustarle, así que, cuando fui, se lo dije varias veces.

entr

.

¿Y lo podría decir ahora?

sra. oda

Puedo. Déjeme pensar un minuto y estaré lista.

entr.

No hay problema. ¿Quiere que detenga la cinta?

sra. oda:

Solo un minuto.

[Nota del entr. En ese momento detuve la cinta unos quince minutos mientras la señora Oda trataba de recordar sus palabras. Fui a buscarle un vaso de agua a la cocina y me entretuve en otra habitación. Cuando volví, estaba lista].

entr.

Estamos grabando.

sra. oda

Le hablé y le dije: Cuando tenías cuatro años, a tu padre y a mí se nos ocurrió que podríamos viajar a distintas cataratas, que sería bueno ver todas las cataratas posibles. Así que empezamos a ir a distintas cataratas cada vez que podíamos. Ese año, creo, vimos treinta cataratas, en muchos lugares. Teníamos una rutina. Llegábamos y nos bajábamos del auto. Tu padre te alzaba en brazos. Te decía: ¿Esta es la catarata correcta?, y tú decías: No, esta no. Esta no. Viajamos por todas partes. Hay más cataratas de las que uno se imagina. Cuando él me habló del proyecto, le dije, no sé cuántas cataratas habrá para que vayamos, pero estaba equivocada, hay muchas. En aquel entonces íbamos los tres solos en el auto, porque tu hermana y tu hermano no habían nacido aún. Solo nosotros tres, de viaje. Tomábamos por unos caminos muy angostos, atravesando campos y arrozales. Teníamos que parar y pedirle indicaciones a la gente más extraña. Pero todos parecían entender lo que hacíamos. Nunca era difícil de explicar. Vamos a ver muchas cataratas. Y la persona nos decía que eso estaba muy bien, y que justo por ahí había otra catarata, una muy hermosa, valía la pena verla. Entonces continuábamos por esa ruta y cuando llegábamos al lugar estacionábamos. Yo me bajaba, te bajaba a ti. Tú te ibas con tu padre. Entonces juntos, los dos, caminaban hasta el borde del agua. Tu padre paraba la oreja para escuchar, y tú lo imitabas. No teníamos cámara, así que no me quedó ninguna foto. Pero los dos se quedaban un buen rato escuchando la catarata.

Entonces él te alzaba y te decía: Hijo, ¿esta es la catarata correcta?, y tú decías: No, esta no. Esta no. Entonces nos sentábamos y comíamos lo que habíamos llevado. Mirábamos la catarata un rato más y a veces hablábamos de lo que tenía de particular. Después nos subíamos al auto y nos íbamos. Tu padre nunca se daba vuelta a mirar la catarata mientras nos alejábamos, pero tú siempre girabas la cabeza todo lo que podías y tratabas de mirar por la ventanilla o por encima del asiento trasero para verla mientras nos marchábamos. Finalmente, cuando ya habían pasado muchos meses y habíamos visto muchas, muchas cataratas, fuimos a una que se nos había pasado por alto, una que, de hecho, estaba bastante cerca de nuestra casa. Aquel día llovía. Al principio estaba agradable, con un cielo azul y hermosas nubes blancas, pero en el trayecto aparecieron muchas nubes grises casi negras por el norte y el oeste y con ellas mucha lluvia. Tu padre no quiso parar. Estaba cerca, dijo, la catarata, y no dar la vuelta era parte de la expedición. Así que llegamos bajo la lluvia y, en ese momento, la lluvia amainó. Nos quedamos sentados en el auto unos minutos y después nos bajamos. Era una catarata muy pequeña, una de las más pequeñas que habíamos visto. Sin duda por eso nadie nos hablaba de ella cuando salíamos a buscar cataratas. Pero después de que tú y tu padre escucharan un rato, y cuando te alzó en brazos y te preguntó: Hijo, ¿esta es la catarata correcta?, tú te echaste reír. No decías nada, solo reías y reías. Así que te volvió a decir: ¿Esta es la correcta? ¿Es esta la catarata correcta?, y tú dijiste: Sí, esta es la que buscábamos. Más tarde, cuando nacieron tu hermana y tu hermano y salíamos de pícnic en familia, íbamos ahí muy seguido, pero no hablábamos de nuestra expedición de las cataratas, y como tú en esa época eras tan pequeño, ya no la recordabas. No sabías por qué íbamos siempre a esa catarata, ni que tú la elegiste entre todas las cataratas que habíamos visto. En todo caso, nosotros tampoco sabíamos por qué esa era la correcta, tu padre y yo. O tal vez él lo sabe, pero yo no lo sé.

(La señora Oda se larga a llorar. Le ofrezco un pañuelo. Lo rechaza).

entr.

¿Y él le respondió algo?

sra. oda

Me miraba todo el tiempo, sentado con la espalda contra la pared, me miraba atentamente. Sus ojos cambiaron mientras lo miraba y por eso supe que lo había afectado, y por eso volví y se lo dije de nuevo muchas veces. Sentía que lo afectaba, hablara o no.

Nota del entr.

Los guardias con los que hablé me dijeron que Oda no la pasó bien en la cárcel.

Por supuesto, los guardias tenían libre acceso a los diarios así que leían sobre Oda y sobre lo que había pasado, y tenían muchos prejuicios en su contra por la confesión que había firmado, la cual parecía revelar su culpabilidad sin lugar a dudas.

Es raro, porque los medios de prensa no deberían haber visto la confesión. De hecho, no vieron la confesión en sí. Sin embargo, parece que según: a. testigos que vieron cómo se llevaban a Oda Sotatsu de su casa a la rastra, y b. información que los medios de prensa obtuvieron de una fuente anónima, los diarios se enteraron de lo necesario para seguir investigando, y puede que entonces la policía haya divulgado información. Se desconocen los hechos precisos. Lo cierto es que muchos reportajes periodísticos vincularon a Oda Sotatsu con las Desapariciones de Narito debido a una confesión que había firmado.

Eso hizo que Oda recibiera un trato muy duro, particularmente porque se negaba a cooperar. Lo habían apartado de los demás prisioneros, y a cada rato recibía a una seguidilla de oficiales que buscaban sacarle información. Los interrogatorios a los que tuve acceso forman parte de esta narración, como ya sabes, pero son, me temo, una pequeña parte de los muchos interrogatorios que hubo. Es obvio que a veces los guardias no lo dejaban dormir antes de los interrogatorios con la esperanza de doblegarlo. Sea como sea, al parecer, según las transcripciones que tenemos, en este caso no fue una estrategia efectiva.

Oda Sotatsu estuvo veinte días detenido en la comisaría hasta que se presentaron cargos. Luego, lo trasladaron a otro centro de detención para el juicio. Es evidente que aceleraron todo el caso, tal vez por el

enorme escrutinio de los medios, y también por la confesión, y porque Oda no quería saber nada con ningún abogado que pudiera representarlo en los tribunales.

Entrevista 4 (hermana)

[Nota del entr. Cuando inicié esta serie de entrevistas, Oda Minako, la hermana de Sotatsu, vivía en otra parte, posiblemente en Corea. La familia le mencionó lo que estaba haciendo y consideró lo suficientemente importante regresar unos días a Japón para hablar conmigo. Estas entrevistas también tuvieron lugar en la casa alquilada. Era una mujer atractiva, madura, por supuesto, y su atuendo era muy profesional. Al parecer había avanzado mucho en sus estudios, y de hecho era profesora de no recuerdo qué asignatura en una universidad de Corea. Estaba estudiando en Tokio cuando la policía arrestó a Sotatsu, y regresó para verlo. No recordaba exactamente el día, ni si sus visitas fueron antes o después de las del resto de la familia. Sí mencionó que, gracias a una amistad de la infancia con uno de los policías, pudo entrar en la celda y sentarse con él, cosa que no se le permitió a ningún otro miembro de la familia y que ninguna otra fuente me mencionó].







entr.

Así que entraste en la celda y te sentaste con él. Eras una chica joven, en pleno doctorado, y tuviste que interrumpirlo para acudir a la

situación más absurda que te hubiera tocado vivir hasta entonces.

minako

Estaba enojada. Él no mentía nunca, jamás, por eso estaba segura de que la confesión era cierta. Estaba preocupada por los desaparecidos. Conocía personalmente a dos de ellos, una experiencia que el resto de mi familia no tenía, por eso…

entr.

¿Por eso para ti era más complicado?

minako

Puede ser, aunque pienso que era más que complicado para todos.

entr.

Por supuesto, no estoy insinuando…

minako

Lo sé, lo entiendo. Todo lo que digo es que mis lealtades, mis responsabilidades inmediatas en la situación, estaban divididas. Por una parte, quería ayudar a mi hermano, una persona que amaba más que a nadie. Lo prefería a él, de hecho, antes que a Jiro, que a mi madre, que a mi padre. Era el único que leía, que me apoyaba en mis estudios. Escribía muchos poemas. Era culto, aunque no sé si alguien más que yo lo sabía. Creo que no lo compartía con nadie… Quería ayudarlo, pero también quería encontrar a esas dos personas desaparecidas, una mujer que había sido mi profesora de violín y un hombre, un sacerdote sintoísta a quien había visitado de niña. Estaba profundamente preocupada por su desaparición, y sentía mucha culpa. Si puedo hacer algo para ayudarlos, debo hacerlo, me dije.

entr.

¿Y eso te llevó a actuar de cierta forma?

minako

Nadie puede decir realmente cómo actúa ni por qué. Estas situaciones son mucho más complejas que cualquier proposición disyuntiva. Es simplista presentar los sucesos de a pares y ponerlos uno al lado del otro como naipes. Para jugar al go o al shōgi podrá ser útil, pero la vida no es así.

entr.

Pero al menos podrías haber hecho algunas cosas para que su encierro fuera más llevadero, independientemente de que fuera culpable, o, en todo caso, tratar de preguntarle sobre el crimen.

minako

Hice eso último. Me senté con él y le dije que era mi hermano, que no renegaba de nuestro vínculo por lo que había pasado, pero que necesitaba saber si se podía ayudar a esas personas, o…

entr.

¿O?

minako

O si ya era tarde para ayudarlas.

entr.

¿Y él te dijo algo?

minako

Nada. Me miró entrar. Se sentó conmigo. Me tomó la mano. Cuando me fui, nos abrazamos. Pero no hubo palabras. Como si hubiese regresado a un estadío previo al lenguaje. La expresividad de sus gestos se había magnificado. Sus acciones ya no se apoyaban en sus palabras. Todo lo que quería decir lo decía con la cara y con los ojos, con las manos.

entr.

¿Y qué te decían esos ojos? ¿Cómo te hablaban?

minako

Que no tenía nada de esperanza, absolutamente nada. Que estaba esperando la muerte, y que sentía, realmente, que no pertenecía a ninguna comunidad, ni a la nuestra, ni a ninguna otra.

entr.

Pero te abrazó.

minako

Yo lo abracé primero. Puede que él lo hiciera solo por costumbre. O por aburrimiento. ¿Quién sabe? Había estado encerrado mucho tiempo.

entr.

¿Su forma de ser cuando era chico te preparó para su silencio?

minako

Todo es contextual. Ninguna situación en la que hubiera estado de chico se parecía en nada a esa en la que lo encontré.

Entrevista 5 (hermano)

[Nota del entr. Cuando Jiro se enteró de que había entrevistado a Minako, me advirtió sobre ella. Me dijo que siempre estuvo en contra de Sotatsu, que había disfrutado del prestigio que el crimen le confirió a la familia (una observación peculiar, que no entendí) y que fue, en parte, por su intervención que la situación de Sotatsu empeoró. Absorbí la información, pero no hice nada con ella].







entr.

Entonces, ¿lo fuiste a ver unas seis veces, y todo lo que hiciste fue sentarte con él, hasta esta visita de la que empezaste a hablar ahora?

jiro

Como describí antes, todo lo que hacía era sentarme con él. No esperaba lograr otra cosa. Era joven y no tenía idea de qué decir, ni de si había que decir algo.

entr.

Pero entonces tuviste un exabrupto.

jiro

Sí, tuve el exabrupto, en mi octava o novena visita.

entr.

¿Puedes describir los sucesos que provocaron el exabrupto?

jiro

Las cosas se nos habían puesto difíciles en el pueblo. Nadie le hablaba a mi madre. Solo mis amigos más cercanos me toleraban y, aun así, solo en privado. Mi padre, que había sido pescador toda su vida, ya no vendía sus pescados. Nadie se los compraba. La cosa se puso realmente fea un día cuando mi padre fue a comprar al almacén. No sé qué había ido a comprar, pero el almacenero se negó a atenderlo. Se pusieron a discutir y terminaron en la calle. Parece ser que el abuelo del almacenero era uno de los desaparecidos. Se gritaron cosas. Yo no estaba, solo sé lo que dicen que pasó.

entr.

¿Y qué dicen?

jiro

Que él negaba la culpabilidad de Sotatsu. Decía que Sotatsu no lo había hecho. Lo repetía una y otra vez, y aunque el almacenero había sido agresivo al principio, negándose a atenderlo y echándolo del almacén, mi padre se puso agresivo en la calle. Les gritaba a todos, los confrontaba; nadie lo había visto actuar así. Decía sin cesar: No lo hizo. No lo hizo. Lo conocen desde que era chico. Lo conocen. No lo hizo. La multitud creció y se enfureció. Alguien lo golpeó. Se cayó. Otros comenzaron a golpearlo. Lo golpearon y muchos lo pisotearon hasta que llegó la policía. Quedó malherido y tuvo que ir al hospital. Y ahí la cosa se puso mala.

entr.

¿Por qué?

jiro

En el hospital, no quisieron asistirlo. Así que hubo que llevarlo a otro hospital donde sí lo asistieron.

entr.

¿Cómo es posible que no lo asistieran en el hospital?

jiro

Creo que el médico en jefe también estaba relacionado con una de las víctimas de las Desapariciones.

entr.

Y todo esto fue el preámbulo de tu visita, ¿no?

jiro

Ese día fui a ver a Sotatsu. Él no sabía nada del tema, y estaba igual que siempre, sentado en la celda. Cuando me vio, se levantó y se acercó a las rejas. Lo miré y pensé: ¿puedo ver algo, algún cambio en él, que lo haya convertido en una persona distinta de la que yo conocí? Lo miré muy detenidamente. Quería ver a quién estaba mirando. Y no era otra persona. Era mi hermano, Sotatsu. Siempre supe quién era. Era absurdo que hubiera hecho esas cosas. No las había hecho. De repente estuve completamente seguro. Le dije: Hermano, sé que no hiciste esas cosas. No sé de dónde salió esa confesión, pero no es real. Lo sé. Y le agarré la mano a través de las rejas.

entr.

¿Los guardias permitieron que le tocaras la mano?

jiro

No recuerdo qué estaban haciendo los oficiales. Nos miraban, pero no nos interrumpieron. Creo que no temían que Sotatsu fuera peligroso. Bastaba con verlo para saber que no era peligroso.

entr.

Y qué te dijo, dijiste que en ese momento te habló, ¿qué te dijo?

jiro

Me dijo: Hermano, yo no hice nada. Yo no lo hice.

entr.

¿Y qué le dijiste? Te habrá impactado.

jiro

No me impactó. Era lo que esperaba. Le dije que no lo había hecho, porque estaba convencido de que no lo había hecho, y él me respondió, confirmando lo que dije. Fue todo muy claro.

entr.

¿Pero no sentiste un poco de alivio?

jiro

No sé si fue así. De repente apareció una inmensa montaña que escalar donde antes no había nada. Ahora había que sacarlo. Antes de eso, solo había que ir a verlo, mantenerse de pie. Mis pensamientos se aceleraron.

entr.

¿Y le dijiste algo?

jiro

Le dije que tenía que buscarse un abogado para que fuera a verlo, y que tenía que firmar un documento impugnando la confesión, rechazándola. Le dije que iría a solicitar que fuera el abogado, si él estaba de acuerdo. Pero empezó a dudar. No sé, dijo. Creo que no importa. Entonces traté de convencerlo de que sí importaba, no sé qué le dije, pero, cuando me fui, él había aceptado hablar con el abogado y decirle al abogado lo que me había dicho a mí. Salí y fui directo al hospital a ver a mi padre. Mi madre estaba con él, y les conté todo. Mi madre temblaba. No lloró, solo se puso a temblar. Mi padre estaba todo vendado. Pareció ponerse tenso. Dijo: Por qué firmó la confesión, pregúntale eso. Dije que no se me había ocurrido preguntárselo. Él dijo que debió habérseme ocurrido. Yo me disculpé porque no se me había ocurrido. Mi padre siempre fue muy duro conmigo.

entr.

¿Y luego fuiste a solicitar que fuera el abogado?

jiro

Así es.

entr.

Y acordaron que el abogado fuese a verlo en tres días, dijiste.

jiro

Luego volví a ver a mi hermano. Al día siguiente, creo. Tenía que trabajar, así que fui tarde. Parecía contento de verme, por primera vez. Le pregunté por qué firmó la confesión. Si no hizo nada, ¿por qué la firmó? Dijo que no podía hablar de eso. Le dije que tendría que hacerlo. Se volvió a quedar callado. No pude arrancarle nada más. Me quedé allí parado unos cuarenta y cinco minutos con la esperanza de que cambiara de opinión y me hablara. No lo hizo. Le recordé que volvería con el abogado y me fui.

entr.

¿Qué día pasó todo esto?

jiro

No sé qué día. ¡Fue hace tanto tiempo! Había estado preso dos semanas como mínimo para ese entonces. Al día siguiente me desperté y fui a ver a mi padre, antes de entrar a trabajar en la fábrica. Todavía estaba esperanzado. Pensaba que quizás el abogado podría convencerlo de hablar del tema. Cuando llegué al hospital, mi padre estaba mucho mejor. Más tarde le darían el alta. Podía caminar solo. Le conté las novedades, que había conseguido que fuera el abogado, y que había intentado averiguar sobre la confesión. Él se mostró muy

frío.

entr.

¿Qué te dijo?

jiro

Siempre fue frío conmigo. Creo que nunca le caí bien. Pero esa vez fue muy duro. Quizás lo que le pasó agotó algo que tenía dentro. Lo consumió del todo. Me dijo que era un tonto. Que le estaba haciendo favores a un tonto y que era un tonto. Mi hermana entró mientras hablaba. Yo ni sabía que había vuelto. La imaginaba en Tokio. Los dos empezaron a decir que, si Sotatsu había firmado la confesión, debía de ser cierta. Que yo siempre creía en la gente, que era un tonto, que tenía que dejar que otros con más criterio que yo se hicieran cargo. Dijeron que estaba claro que había cometido el crimen, que el asunto ahora era lograr que lo admitiera de tal modo que lo salvara de la ejecución. Eso otro, lo de que fuera inocente, era solo una fantasía, una fantasía que yo había proyectado. Cuando les conté que le había dicho a Sotatsu que creía en su inocencia, y que mis palabras lo indujeron a hablarme de su inocencia, mi hermana se enojó. Me dijo que era un estúpido por actuar así, que no metiera un palo en un panal. Mi padre estuvo de acuerdo. Me dijo que me fuera, que me vería en su casa, pero que en ese momento solo quería descansar. Más tarde le darían el alta, pero, por ahora, quería descansar. Me fui con mi hermana, y ella me volvió a decir que era un idiota por causarle a mi padre más daños y preocupaciones cuando ya lo habían internado, lo habían golpeado, casi se había muerto. Le pedí disculpas. Estaba confundido pero, una vez más, siempre repito lo mismo, era muy joven y no sabía muchas cosas. Creo que ahora actuaría distinto, pero en ese entonces mi hermana siempre era la que tenía la razón. Igual que mi padre. Yo era una decepción para los dos.

(Fin de la cinta).

Entrevista 6 (hermano)

[Nota del entr. El día anterior, el hermano se había ido sin terminar la entrevista. Evidentemente le costaba hablar de las relaciones entre su padre, su hermana y él. Creo que el solo hecho de que pensara en confiarme esas cosas a mí, un extraño, demuestra lo importante que era Sotatsu para él. Tenía un enorme deseo de que se diera a conocer la historia completa y veraz de lo que pasó. Yo sentía que no le caía bien; de hecho, estoy casi seguro. Pero también confiaba en que haría las cosas bien. Quizás en su trabajo con los sindicatos se había acostumbrado a las negociaciones, a negociar y a trabajar con gente que no le caía bien. Aun así, le costaba hablar de estos temas, por lo que ese día hicimos una pausa y reanudamos la charla al día siguiente].







entr.

Entonces, ¿fuiste del hospital, de ver a tu hermana, directamente a la cárcel?

jiro

No podía; tenía que trabajar. Fui a la comisaría cuando terminé mi trabajo, cerca de las ocho de la noche. Cuando llegué, vi que salía una persona, una chica con la que sabía que Sotatsu se había relacionado.

entr.

¿Había sido su novia?

jiro

No creo. Pero pienso que lo conocía. Por eso supuse que había ido a verlo a él, aunque me desconcertó un poco. Tenía entendido que solo los familiares podían verlo. Evidentemente, a ella la habían dejado pasar, y más de una vez. Uno de los guardias me dijo que iba todos los días. Se llamaba Jito Joo.

entr.

¿Te saludó al pasar?

jiro

Me ignoró, lo que no me sorprendió en absoluto. No éramos amigos, y en esa época todo el pueblo me ignoraba.

entr.

¿Qué pasó cuando llegaste a la celda?

jiro

El abogado ya estaba en la comisaría. Me acompañó a la celda. Sotatsu

estaba de pie de espaldas a nosotros y le dijo al abogado que se fuera. El abogado se enfureció. Era una persona muy ocupada. ¿O acaso yo no sabía que tenía, literalmente, cientos de casos? ¿Que no tenía tiempo para esas cosas? Me disculpé cuantas veces pude, y salí de la comisaría con el abogado, disculpándome sin parar de camino al auto, hasta que el abogado se subió y se fue. Cuando volví a entrar en la comisaría y los oficiales me llevaron de nuevo a la celda de Sotatsu, él no quiso hablarme. No quiso darse vuelta. Se quedó de pie en el medio de la celda, de espaldas a mí. No tuve dudas de que eso quería decir que era inocente. Pero, si no lo decía, yo no sabía qué hacer. Cuando llegué a mi casa, mi novia me estaba esperando en la vereda. Me dijo que había hecho las valijas. Regresaba a la casa de sus padres. No podía volver a verme.

entr.

Fue un momento difícil.

jiro

Digamos que sí.

entr.

¿Y después viste a tu madre en su casa?

jiro

Fui a su casa y mi padre estaba durmiendo. Mi madre estaba lavando algo, alguna camisa o algo parecido. La lavaba y la lavaba, aunque ya estaba limpia. Me acerqué y hablé con ella y me dijo que mi padre había tomado la decisión y fin del asunto. Qué decisión, le pregunté. Me dijo que no íbamos a volver a hablar de ningún Sotatsu. Que de ahora en más yo era el hijo mayor, que no existía ningún Sotatsu ni jamás había existido. Me dijo que mi hermana había vuelto a Tokio, mi única hermana había vuelto a Tokio, y que éramos cuatro, que había cuatro integrantes en la familia. Yo no respondí nada. Directamente me fui.

Interrogatorio 4

2 de noviembre de 1977. Oda Sotatsu. No se registraron los nombres de los inspectores.

[Nota del entr. Nuevamente, transcripción de la grabación del interrogatorio, posiblemente alterada o redactada con descuido. No se escuchó la grabación original. Por otra parte, daría la impresión de que faltan muchos interrogatorios en el expediente, ya que sería absurdo suponer que no interrogaron a Sotatsu ni una sola vez entre el 19 de octubre y el 2 de noviembre. Esta transcripción es larga. El inspector se explaya sobre varios temas, acaso para intentar suscitar alguna respuesta de Sotatsu. Alude a conversaciones previas que tuvieron, de las que no hay registro. Una prueba más de que se suprimieron transcripciones de los interrogatorios. Cabe señalar que en esa época no era obligatorio divulgar estas transcripciones, por lo que eliminar las sesiones irrelevantes posiblemente fuera legal].







oficial 3

Quiero que me hable de estos naipes. Son los naipes que dejó en las puertas. ¿Por qué lo hizo?

oda

(silencio)

oficial 3

No hay nada en sus antecedentes que indique que Francia le interesa en lo más mínimo, que tiene alguna conexión con Francia. Sí, en lo musical, sabemos que tiene algunos discos. Pero, más allá de eso, los naipes… Hasta es incierto cómo los consiguió. Dígame eso, al menos. ¿Dónde compró esos naipes?

oda

(silencio)

oficial 3

Estoy pensando, tengo una hija a la que le gustan estas cosas. Es un poco hueca, una soñadora. Ya conoce a esas chicas. Demasiado linda para su propio bien. Un padre no debería hablar así, lo sé. Pienso que le convendría ser un poco más insulsa pero tener sentido común. En fin, a ella le encantarían unos naipes así. Pero no sé dónde conseguirlos. ¿Dónde podría comprar estos naipes? ¿En Tokio, quizás? Usted tiene una hermana en Tokio, ¿no? ¿A ella le gustan los naipes? Estudia idiomas, ¿no? Habla alemán, coreano, inglés. ¿Habla francés su hermana?

oda

(silencio)

oficial 3

Puede que la llame a esa hermana suya. Puede que envíe a alguien a

preguntarle si habla francés. O usted puede ahorrarme la molestia. Puede decírmelo y listo. Yo confiaría en su respuesta.

(Se apaga el grabador).

Entrevista 7 (madre)

[Nota del entr. Cuando le mencioné las cosas que me había contado Jiro, el relato de la golpiza del padre, la posibilidad de que Sotatsu se retractara, la visita de la hermana, etc., la señora Oda se alteró mucho. Dijo que Jiro no tenía buenas intenciones, que estaba en contra del resto de la familia y siempre lo había estado. Dijo que estaba celoso de la buena fortuna de su hermana, y que no tenía ni el más mínimo sentido de la responsabilidad familiar. Me advirtió que no confiara en nada que dijera él. Le pregunté si me podía hablar de algunas cosas específicas que él mencionó, porque quería aclararlas para mi registro. Quería crear un registro lo más claro posible. ¿Le importaría?]

[Dijo que no le importaría].







entr.

La primera pregunta es: ¿qué pasó en el almacén?

sra. oda

¿Se refiere a cuando mi esposo tuvo el accidente?

entr.

Sí, el accidente. ¿Cómo se produjo?

sra. oda

Todo el pueblo se nos había puesto en contra. Nos consideraban tan culpables como a Sotatsu. Tal vez fuera cierto, tal vez haya sido cierto, que éramos todos igual de culpables. Eso creía mi esposo. Creía que la culpa era suya, en particular. De un día para el otro, nos despreciaban. Éramos los peores de todos. Nadie me hablaba. Gente con la que me había hablado durante años ahora nos cruzábamos en la calle y actuaban distinto, se alejaban. Caminaban un poquito más lejos de lo habitual. Quizás otra persona no lo habría notado, pero yo sí. Era muy evidente, esa distancia. Hasta hubo algunos que nos escupían. Niños.

entr.

¿Los niños los escupían?

sra. oda

Nos pasó una vez. Desde una ventana, un chico me escupió. El señor Oda llamó a la puerta de la casa, pero no atendió nadie.

entr.

Estábamos hablando del accidente…

sra. oda

Mi esposo fue a comprar harina de arroz. Nos habíamos quedado sin harina de arroz y él quería comprarme un paquete para que preparara la comida. En la tienda, el almacenero, una persona ruin, a mí nunca me cayó bien, nunca. Se negó a venderle la harina a mi esposo. Mi esposo dejó el dinero en el mostrador y se llevó la harina. El almacenero salió detrás de él, diciendo que su dinero no valía nada. Le arrojó el dinero a mi esposo. Creo que mi esposo nunca le cayó bien. Le arrojó el dinero, y le gritó que no volviera a pisar el almacén. Mi esposo intentó hablar con él. Le dijo: Sabes que no lo hizo. Sotatsu no hace esas cosas. Es un error. Pero el hombre no quiso saber nada. Empezó a golpear a mi esposo con un palo, una especie de bastón. Primero hizo eso, y después lo corría. Mi esposo intentó escaparse, pero otros lo atraparon y lo sujetaron y lo golpearon hasta que llegó la policía. La policía ni siquiera averiguó quién era el responsable. Les dijeron a todos que se fueran. Para la policía estuvo bien lo que hicieron.

entr.

¿Y después en el hospital no quisieron asistirlo?

sra. oda

En el hospital no quisieron asistirlo. Estaba todo ensangrentado. Ni siquiera estaba consciente. Se desvanecía a cada rato. El médico lo miró, abrió la puerta trasera de la ambulancia, lo miró y dijo que no lo iba a admitir en ese hospital, que todos supieran que él no haría eso por la familia Oda. No sé. Le pregunto: ¿cómo puede alguien así ser médico? A mi esposo lo llevaron a otro lugar donde había médicos reales, un hospital de verdad, no como el primero. Ahí lo atendieron. En todos los años que pasaron jamás volví a pisar ese hospital, ni una vez. Les digo a mis amigos, además, no vayan ahí. No es un buen lugar.

entr.

Pero la pregunta principal que quiero hacerle es de cuando Sotatsu le dijo a Jiro que él no había sido.

sra. oda

Nosotros no le creímos a Jiro. Siempre fue un chico difícil, le iba mal en la escuela, siempre mentía. Era un chico mentiroso, cada vez que hablaba casi siempre decía cosas imposibles de creer. Había que tomar todo con pinzas e igual resultaba ser falso. Entonces, se le mete en la cabeza convencer a Sotatsu de algo. Nosotros no le creímos. Además, eligió el peor momento para hablar de eso. ¿En el hospital, con mi esposo a punto de morir? No murió, no. Pero casi se muere, estuvo muy cerca. Mi hija volvió de Tokio, solo para ver a mi esposo, solo por sus heridas. No fue a ver a Sotatsu. Se quedó con nosotros, y a ella tampoco le gustó lo que estaba haciendo Jiro. No éramos los únicos.

entr.

Pero es su hijo.

sra. oda

Sí, es cierto. Después le fue mejor. Ahora tiene una buena familia. No es el mismo de antes. Pero cuando habla de esa época creo que no se puede confiar en él.

Entrevista 8 (madre)

[Nota del entr. La señora Oda volvió expresamente para explicarme su último comentario. Me desperté cuando llamaron a la puerta de la casa donde me alojaba. Bajé las escaleras y ahí estaba ella. Se disculpó por lo repentino de la visita, pero sentía que debía aclararme algo].







sra. oda

Le contaré una anécdota sobre Jiro. Le explicaré por qué no se puede confiar para nada en él. Le gustaba jugar a ser un lord y que sus

juguetes le llevaran casos para que los resolviera. Se divertía muchísimo con ese juego. No recuerdo que lo jugara nunca con otros niños, siempre solo. Ponía distintas voces para los distintos juguetes. Los que le hacían pedidos no tenían que ser muñecos. Su cuchara preferida, por ejemplo, acudía a él muchas veces. El primero, el segundo, el tercero de la fila: todos se peleaban y se empujaban para hablar primero con Jiro, y él sentado en un pequeño escenario que había hecho discutía con ellos o les daba órdenes. Entonces, sucedía algo así. Jiro decía: ¿Quién eres y qué has venido a decirme? Y la cajita de madera se ubicaba delante de la cuchara que estaba ubicada delante del pájaro de trapo y todos gritaban y decían cosas y Jiro levantaba la mano para pedir silencio. Entonces se hacía un poco de calma y él decía que los haría matar a todos si no se turnaban para hablar. Luego la caja decía, no sé qué decía exactamente, esto se repetía todo el tiempo, cientos de veces. Puede que la caja siempre pidiera lo mismo, y nunca lo consiguiera, no lo sé. Pero podría decir: No me gusta dónde me guardan de noche. Me ponen otras cosas sobre la cabeza y es incómodo, y Jiro decía: Si vuelves a abrir la boca haré que te maten, y le ordenaba a la caja que se fuera. Entonces era el turno de la cuchara. Él decía siempre lo mismo. Dijeran lo que le dijeran, él les decía: Si vuelves a abrir la boca haré que te maten. Dudo que lo recuerde. Fue hace mucho tiempo, incluso antes de que fuera a la escuela.

entr.

¿Pero por qué dice que no se puede confiar en él? Perdón, es que no entiendo…

sra. oda

¿Que él piensa que todos deben recibir el mismo trato, sin importar lo que hayan hecho ni lo que digan? ¿O que, hagas lo que hagas, el resultado es siempre el mismo? Puede que haya cambiado algunos aspectos de su personalidad, pero un chico es un chico. Sigue siendo el mismo. No le diga que le conté esto. O dígaselo. No lo sé, la verdad.

(Rebusca en su cartera y saca una vieja cuchara sopera).

sra. oda

Es esta, se me ocurrió traerla para mostrársela. Por algún motivo, a esta escuchara siempre la hacía hablar y hablar. Como si la cuchara tuviera que esforzarse más que nadie para convencerlo. Pero jamás lo lograba. Yo me encontraba en la habitación contigua y lo escuchaba jugar. Escuchaba el juego entero de principio a fin. Las cosas que les hacía decir, no tiene idea. Pero esta cuchara siempre tenía las excusas más elaboradas, los discursitos más interminables. Aunque siempre pasaba lo mismo. Si vuelves a abrir la boca haré que te maten. Yo le tenía mucha pena a la cuchara, por eso, por eso la guardé.

entr.

Es un recuerdo, de la infancia de Jiro. Es bueno guardar recuerdos, y es una buena razón para que lo haya guardado.

sra. oda

Oh, no, yo no lo veo así. Yo la rescaté de él. Creo que no le importaba nada la cuchara.

Entrevista 9 (padre)

[Nota del entr. Había intentado hablar con el padre en muchas ocasiones. Por teléfono accedía a verme, y cuando llegaba el día sencillamente no aparecía. Su esposa me ponía muchas excusas: que el deterioro de su salud; que las dificultades de trasladarse; que ese día hacía calor, etc. Cuando volvíamos a hablar por teléfono se mostraba confundido. No sabía que habíamos hecho planes para vernos, etc. Después de unos nueve o diez intentos así, por fin se presentó. Era sumamente delgado y de contextura pequeña, no precisamente la fuerza dominante que había aparentado ser en los relatos de sus familiares. Pero, cuando hablaba, había cierta firmeza. Al igual que su hijo, no parecía tenerme confianza ni simpatía. Sospechaba que quería engañar a la señora Oda para que me dijera cosas que yo no debía oír. Había venido a poner las cosas en orden. Yo no debía hacerle caso a la señora Oda. Eso quería dejarlo en claro. Él me diría algunas cosas y fin del asunto. Las cosas que me diría reemplazarían a las que me había dicho la señora Oda, y desde luego debían reemplazar cualquier estupidez con la que su hijo me hubiera estado llenando la cabeza. Se sorprendió al enterarse de que había hablado con Minako. No sabía que hubiera regresado al país, y al parecer la noticia le causó confusión. Tardó un rato en retomar el hilo. Prefirió hablar en el jardín, por eso en la cinta se oye cada tanto el ruido del tráfico a lo lejos. Dijo que, cuando se tiene la edad de él, a las tardes con un sol magnífico como ese hay que usarlas. Uno tiene que usar las cosas cuando las tiene, dijo].







entr.

¿Por dónde le gustaría empezar?

sr. oda

No me sorprendió cuando me enteré de lo que pasó, cuando un vecino me dijo que habían visto que se llevaban a mi hijo a la comisaría. Se lo aseguro, señor Ball. No me sorprendió en lo más mínimo. Podrá haber tomado a otros por sorpresa, pero no a mí.

entr.

¿Por qué no se sorprendió? ¿Cómo iba a imaginarse que pasaría algo así?

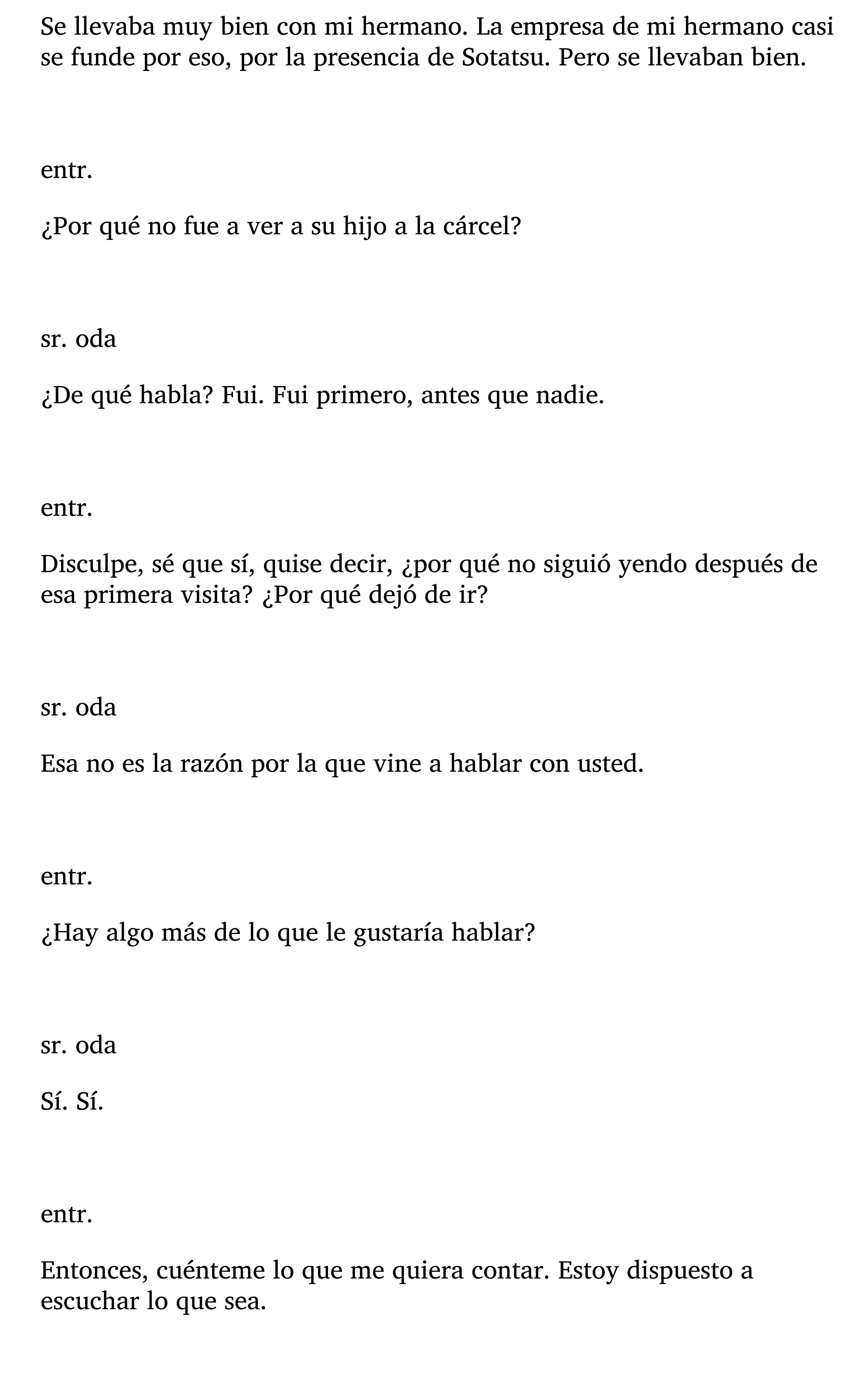
sr. oda

Siempre supe que se vendría algo terrible. Hasta ese momento nuestra vida había ido bien. Yo vivía a la sombra de ese algo, ese algo terrible que nadie más podía ver. Pero sabía que se venía. Los pescadores no somos iguales al resto. Nos damos cuenta de las cosas; no como los sacerdotes. No digo que seamos especiales ni que nos merezcamos alguna consideración. No nos merecemos ninguna consideración. De hecho, podría decirse que somos inferiores a todos, bregando en el agua por un estilo de vida que mantiene a la familia en la pobreza, que no conduce a nada. Pero vemos cosas. A veces las vemos antes de que pasen. No es algo infalible. No es lo mismo que saber lo que va a pasar. No tiene utilidad para uno, ¿me entiende? Usted me entiende, ¿verdad? No es algo útil. Es algo, nada más. Yo sabía que se venía algo serio, y cuando llegó, lo reconocí. Ya lo había visto, ¿sabe? Era como un viejo amigo. O como un viejo enemigo. Uno ve, sin embargo, inmediatamente, que no hay manera de prepararse. Esos son puros disparates.

entr.

Entonces, ¿pensaba que Sotatsu estaba condenado? ¿Que nunca habría llegado a nada?

sr. oda


Se llevaba muy bien con mi hermano. La empresa de mi hermano casi se funde por eso, por la presencia de Sotatsu. Pero se llevaban bien.

entr.

¿Por qué no fue a ver a su hijo a la cárcel?

sr. oda

¿De qué habla? Fui. Fui primero, antes que nadie.

entr.

Disculpe, sé que sí, quise decir, ¿por qué no siguió yendo después de esa primera visita? ¿Por qué dejó de ir?

sr. oda

Esa no es la razón por la que vine a hablar con usted.

entr.

¿Hay algo más de lo que le gustaría hablar?

sr. oda

Sí. Sí.

entr.

Entonces, cuénteme lo que me quiera contar. Estoy dispuesto a escuchar lo que sea.

sr. oda

Señor Ball, mi hijo estaba enfermo. Estuvo enfermo toda su vida. Una vez cuando era bebé se descompuso. Mi esposa lo niega, pero es una idiota. Lloró dos semanas sin parar y se le puso la cabeza azul. Se recuperó, pero no volvió a ser el mismo. Siempre estuvo enfermo de eso, fuera lo que fuera. Le parecía oír campanas todo el tiempo. Era parte de su enfermedad. Por eso se la pasaba escuchando discos. Quería sacarse esa cosa de la cabeza.

entr.

Nadie más habló de esto.

sr. oda

No debe hacerles caso a los otros. Eso es lo que estamos diciendo, que yo ahora le digo las cosas que usted puede usar. De eso estamos hablando.

entr.

Entiendo. Ya me lo dijo.

sr. oda

Puede que los demás no lo hayan visto, pero yo siempre lo vi. Yo siempre sabía cuando estaba a punto de hacer alguna estupidez. Ponía una mirada triste, una mirada que le recuerdo de su infancia. Como si lo estuvieran estrangulando, aunque no fuera así, y uno sabía, simplemente sabía: está a punto de hacer algo que todos vamos a lamentar. Y luego lo hacía. Después nunca se disculpaba, por supuesto. Hacía algo, por ejemplo, se olvidaba de saludarme cuando yo llegaba. Yo lo miraba y lo miraba, esperando, y mientras más lo miraba más me daba cuenta de que se avecinaba. Entonces, en vez de decir algo, lo que fuera, se levantaba y salía corriendo de la casa. Y Jiro también salía corriendo. Lo que él hiciera, Jiro también lo hacía. Salvo que Jiro no tenía el sentido común que a veces tenía Sotatsu.

Claro que, ahora, no es fácil decir cuál de los dos salió peor.

entr.

¿Está enojado con Jiro por algo que hizo?

sr. oda

Usted viene aquí como si fuese a arreglar algo, pero, o lo que se rompió es parte de algo que ya no está, o usted no le hace ningún bien a lo que todavía existe. No sé para qué vine a hablarle.

entr.

Por favor, permítame que le haga unas preguntas. En algún momento usted dijo, después del accidente, cuando estuvo internado, dijo…

sr. oda

Ese es un invento de mi esposa. No estuve internado. No sé nada al respecto. Ella lo menciona a veces. No sé de dónde lo sacó.

entr.

De acuerdo. Bueno. Dicen que usted le prohibió a la familia que fueran a ver a Sotatsu o que hablaran de él. Que usted estaba muy enojado con Sotatsu y que ya no quería que formara parte de la familia, que específicamente les dijo a su hija, a su esposa y a su hijo que no hablaran con él ni lo fueran a ver. ¿Es cierto?

sr. oda:

Creo que usted no, creo que, que…

[Nota del entr. En ese momento, el señor Oda se puso de pie y salió de la casa muy confundido, deteniéndose cada tanto para decirme que no hablara con su esposa, ni con su hijo, ni con su hija, que no le creyera nada a su hijo y que no entendía a qué había venido. Me disculpé por haberlo contrariado, y le dije que usaría su testimonio y cualquier otro testimonio que pudiera conseguir porque quería que el relato estuviera completo. Me dijo que esa era una idea sin mérito, que no existe nada completo, que mejor me fuera].

EL JUICIO

Nota del entr.: Sobre la cobertura periodística del juicio

En la siguiente sección, te presentaré la cobertura serializada del juicio de Oda que publicaron muchos diarios japoneses de la época. El autor, Ko Eiji, era un periodista famoso con un criterio estilístico particular que lo congraciaba con sus lectores. Sin embargo, durante este proceso judicial trazó una línea bastante clara entre hecho y opinión. No te mostraré la serialización entera, sino lo suficiente para esclarecer los hechos. La serialización se puede dividir así:

1. perfiles de los principales involucrados

a. Oda Sotatsu

b. juez X

c. juez Y

d. juez Z

e. fiscal W

f. abogado defensor R

2. descripciones del clima emocional del juicio

3. cobertura diaria

a. sucesos en los tribunales

b. sucesos destacados en la cárcel

c. sentencia, Oda Sotatsu se retira

Que Ko estaba en contra de Oda Sotatsu es muy evidente. Te pido que entiendas que era casi inconcebible que escribiera con total imparcialidad en aquel momento, aunque pensara lo contrario. No creo que haya pensado lo contrario. Creo que escribió lo que pensaba. Sin embargo, es innegable que los ánimos en la región de Sakai estaban muy caldeados. Quiero creer que, si yo hubiera escrito un

reportaje contemporáneo, habría sabido mantener la ecuanimidad y ser un poco más compasivo de lo que demostró ser él. Puede que sea una pretensión de mi parte. Es fácil (después de los hechos) criticar cada movimiento de una pelea de boxeo, pero lo cierto es que el relator tiene que seguir hablando, vea lo que vea, por mucho o poco que vea, por mala que sea su ubicación con respecto a los boxeadores.

También es preciso mencionar que Ko es un nombre de pluma. Se refiere a un principio del go según el cual un jugador debe mover una piedra en otro sector del tablero antes de poder volver a jugar en cierta zona disputada. Con esto, Ko se presenta a sí mismo como un amante de las complejidades. Puedes decidir por tu cuenta si se merece el nombre que adoptó.

Por cierto, estos reportajes salieron en los diarios no solo de la prefectura de Osaka sino de todo Japón.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

Semblanza de ODA SOTATSU.

ODA SOTATSU

Oda Sotatsu, hijo de un pescador. Veintinueve años de edad. Producto del sistema educativo de la prefectura de Osaka. ¿De qué trabajaba? De empleado en una empresa de hilos. Hace varias semanas lo apartaron del resto de la población, ¿y por qué? Se lo acusa del secuestro y, posiblemente, del asesinato de once de sus conciudadanos. Se rumorea que este joven, esta persona tranquila, hasta confesó los crímenes. La siguiente es una semblanza de Oda sentado en la sala de audiencias bajo la dura mirada de sus tres jueces.

Pelo muy corto, acaso cortado especialmente para el juicio. Se rumorea que lo tenía largo cuando lo arrestaron. Se lo ve incómodo en su silla vistiendo un traje muy barato, un traje, como quien dice, hecho para la horca. Es de baja estatura, y sus mejillas hundidas expresan al menos en parte la brutalidad que debe acechar detrás de su fachada inofensiva. Lo peor de todo, lo más escalofriante para el observador, es la despreciable frialdad de sus ojos. Nada que digan parece conmoverlo. Está en una burbuja de frialdad que rechaza cualquier contacto humano. Veremos si puede mantener el mismo aire cuando los jueces pronuncien la sentencia al final del juicio.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

Semblanza de los JUECES: juez Iguchi; juez Handa; juez Shibo.

JUEZ IGUCHI

El primero en entrar. La fortaleza de su carácter es evidente en la línea de la mandíbula, en el aplomo de los hombros. Se puede apreciar que lo primero que hace Iguchi es clavar la mirada en el señor Oda y no soltarlo, como el halcón que ha visto un ratón. Sus largos años de distinguida labor judicial nos lo encomiendan.

JUEZ HANDA

Aunque relativamente nuevo en la profesión, el juez Handa ha tenido su cuota de casos difíciles y complejos, y ha pronunciado muchos fallos decisivos y justos. Célebre por su conducta en el juicio de 1975 contra Misaki, fue alabado por los diarios de la época. Desde entonces no ha hecho más que continuar con su excelente labor. Si el señor Oda cree que la relativa juventud del juez Handa será un factor a su favor, su optimismo dejaría atónito a más de uno.

JUEZ SHIBO

No hace falta describirles este hombre a los lectores de la región de Sakai. Su omnipresencia en los asuntos de la comunidad y su generosidad lo convierten en un distinguido modelo a seguir tanto para nuestros jóvenes como para aquellos de nosotros que todavía podemos cambiar para mejor. Se desempeña como profesor universitario además de cumplir con su vocación judicial, y está claro que su presencia es beneficiosa para el caso. Es un hombre alto, famoso por su hábito de reposar un codo en los dedos de la mano contraria mientras pondera un caso (como se apreció el año pasado en la famosa y excelente ilustración judicial del artista Haruna).

No creo que haya nadie mejor para servir al público en este caso.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

Semblanzas de la fiscalía y la defensa: fiscal Saito y abogado defensor Uchiyama.

FISCAL SAITO

Conocido en una época por su larga seguidilla de victorias judiciales, y consultado desde hace varios años por abogados de distritos lejanos por sus opiniones concluyentes, el fiscal Saito llega a este juicio con la más brillante de las reputaciones. Se rumorea que sus investigaciones preliminares ya le han garantizado otra condena. Veremos sus efectos por nosotros mismos. Se dijo alguna vez que Saito, de joven, hacía pensar en una garza. Si fue en aras del humor o para resaltar su dignidad, ¿quién lo sabe? Si hoy es una garza, es una garza en vuelo. Cuando desciende a vadear en aguas criminales, es un sacrificio que hace por nuestro bien colectivo.

ABOGADO DEFENSOR UCHIYAMA

En sus quince años de servicio, el impasible Uchiyama ha puesto la búsqueda de la verdad a la vanguardia de su afán de excelencia. Su contextura robusta y su rostro impasible tranquilizarán al público; no da un paso sin pensar en las víctimas, en el pueblo, en la justicia y, en última instancia, en la absolución del criminal. Célebre entre sus camaradas, se ha ganado una sólida reputación. Aguardamos con interés su intervención en este juicio.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

DÍA UNO

Oda Sotatsu es conducido a la sala. Toma asiento. El fiscal Saito, el abogado defensor Uchiyama y él aguardan la entrada de los jueces. Uno a uno, los jueces entran en la sala y toman asiento.

Se rumorea que, durante su detención, el señor Oda se negó a hablar. Se dice en algunos medios de prensa radicales que fue maltratado, y la salud precaria que parece exhibir bien podría corroborar esa opinión. Por su parte, quienes refutan esa opinión no tardarían en señalar que el remordimiento podría estar carcomiéndole la salud. En todo caso, ya veremos si mantiene su silencio durante el juicio.

El fiscal y el abogado defensor se acercan a los jueces. Intercambian algunas palabras. Regresan a sus asientos. La fiscalía presenta la imputación. Se acusa a Oda Sotatsu del secuestro y el asesinato de once personas. Durante la lectura de los cargos, el señor Oda se muestra impasible. No se le ponen blancos los nudillos, no se le dilatan las pupilas, no le tiembla el entrecejo. Impasible por completo.

Nada parece conmoverlo mientras habla el fiscal Saito, ni siquiera la lectura en voz alta de un documento incriminatorio firmado por él mismo antes de su detención. Es una confesión, pero no una confesión firmada y refrendada legalmente ante la ley. Podrá demostrar su culpabilidad, pero si se la puede considerar equivalente a una confesión obtenida como corresponde se descubrirá a su debido tiempo.

Los jueces deliberan. Les plantean la pregunta a Oda Sotatsu y al abogado defensor Uchiyama:

¿Admite o niega Oda Sotatsu los hechos consignados en la imputación?

Oda Sotatsu habla. Pareciera invocar las palabras desde lo profundo de su ser, con gran dificultad. Al principio no se entiende lo que dice. El juez Shibo pide que hable más alto. Le ordenan que hable más alto. Él dice: Desconoce los hechos de la imputación, pero se atiene a la confesión que firmó, como la firmó.

No es suficiente para los jueces. Una vez más, le preguntan, en lo que respecta a los hechos de la imputación presentada por el fiscal Saito, ¿los admite o los niega? El señor Oda repite lo mismo. Desconoce los hechos de la imputación, pero se atiene a la confesión que firmó, como la firmó. Le dicen al señor Oda que acaba de escuchar la imputación. No se lo puede considerar ignorante de la imputación. Simplemente se le pide que admita o niegue esos hechos. El señor Oda vuelve a hablar, dice que, aunque es consciente de la imputación, no puede admitirla ni negarla, pero se atiene respetuosamente a la confesión que firmó, como la firmó.

Mientras tanto, el abogado defensor Uchiyama parece muy mortificado, pero intenta parecer impasible. ¿Será posible que no supiera que pasaría esto?

Los jueces levantan la sesión. El juicio se reanudará al día siguiente.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

DÍA DOS

Oda Sotatsu es conducido a la sala. Toma asiento. El fiscal Saito, el abogado defensor Uchiyama y él aguardan la entrada de los jueces. Uno a uno, los jueces entran en la sala y toman asiento.

Los jueces anuncian: se ha resuelto que, como el carácter general de las palabras consignadas en la confesión es una réplica de aquel de la imputación, es legítimo y apropiado decretar que admitir los hechos de la confesión equivale a admitir los hechos de la imputación, y que, por cuestiones prácticas, así se habrá de considerar en este caso.

El tribunal, por tanto, levanta la sesión, y al día siguiente el fiscal Saito expondrá su caso.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

LA CONDICIÓN DEL SR. ODA

Hemos tomado conocimiento de que, en algún momento de la semana pasada, Oda Sotatsu dejó de comer. Para cuando empezó el juicio, llevaba cuatro o cinco días de ayuno. Los diarios radicales lo llaman huelga de hambre. No nos parece justificado, dado que el ayuno del señor Oda no parece responder a ningún propósito, a ninguna finalidad posible. Ciertamente, el señor Oda no ha dado a conocer esa finalidad.

COBERTURA PERIODÍSTICA DEL JUICIO DE ODA [Ko Eiji]

ATMÓSFERA EN LA PREFECTURA

Durante mi estancia en la región a causa del juicio, he sido testigo de una profusión de emociones. Hay grandes esperanzas de que el juicio induzca al señor Oda a confesar el paradero de las víctimas de las Desapariciones de Narito. Nadie sabe, sin embargo, si lo hará o no. Incluso se propugna en algunos círculos legales la posibilidad de prolongar el juicio con la esperanza de que la presión particular ejercida por este contribuya a suscitar una revelación total por parte del señor Oda. Se ignora si sucederá o no. Lo cierto es que no parecen haberse escatimado esfuerzos en la selección de las personas involucradas en el caso. Por otra parte, aún no se han dado a conocer los resultados de la investigación preliminar del fiscal Saito. Cabe concebir que haya descubierto información que pueda ser útil.

KO

Entrevista

[Nota del entr. Mi intención era mostrarte más de la serialización de Ko Eiji, pero me encuentro con que quiero interceder a cada rato y explicar cosas. Entonces creo que seguiremos, como a pie, juntos. Decidí tratar de encontrar al señor Ko; en efecto, logré encontrar al señor Ko, y él aceptó hablar conmigo sobre el juicio. A continuación te presento los resultados de esa entrevista].

[La entrevista tuvo lugar en la casa de Ko Eiji, un edificio venido a menos en el sur de Sakai. Su hija me hizo pasar, pero se fue tras encargarse de que me pusiera cómodo y recibiera varias muestras de hospitalidad. Nos sentamos junto a una larga fila de ventanas que daban al puerto. El anciano periodista me explicó que le gustaba sentarse allí por las mañanas, pero que por las tardes se ponía muy ruidoso y se retiraba al sector opuesto de la casa. Le dije que la entrevista no duraría tanto].







entr.

Señor Ko, me gustaría que me explicara los últimos días del juicio de Oda Sotatsu. Su cobertura de aquel entonces causó sensación, y se

reproducía en medios de todo el país. ¿Cómo se desarrollaron los acontecimientos?

ko

Él se negó a hablar. Había muchas cosas que me imagino que podría haber dicho. No dijo ninguna. Salvo cuando lo interpelaron, en el comienzo del juicio, no dijo nada más. No era la conducta que se esperaba de un prisionero, ni la que exhibiría un inocente. Carecía de lógica de principio a fin. Si era una broma, era la broma más extraña del mundo. ¿Y que pusiera en riesgo su vida, y sin la menor idea de qué sentido tenía todo aquello? Realmente, no sé.

entr.

Se dijo que la alimentación forzada pudo haber sido la causa de su terquedad. ¿Comparte esa opinión?

ko

En efecto, después del cuarto día de juicio, cuando su estado comenzó a agravarse por el ayuno, empezaron a darle de comer. Pienso que ahí hubo un cambio definitivo en su actitud. Aunque por fuera su conducta era la misma, parecía resignado. Tenía la mirada aún más vacía que antes.

entr.

¿Y todos ustedes esperaban que hablara de las víctimas?

ko

Los jueces lo interrogaron reiteradamente y en gran detalle sobre las víctimas. Fue en vano. Su propio abogado, creo que era Yano Haruo, el abogado defensor…

entr.

Era el señor Uchiyama, si no me equivoco.

ko

Ah, sí, vaya, es que han pasado tantos años. Uchiyama Isao. Murió, si no me equivoco. No hace muchos años. Un hombre de familia numerosa. Siempre vivieron en Sakai, si no me equivoco, muchas generaciones.

entr.

Decía que el abogado defensor…

ko

El abogado defensor, déjeme pensar… ah, sí, el abogado defensor incluso trató de convencerlo, diga todo, diga todo, por favor, será lo mejor para usted y para todos los involucrados. Era un hombre realmente bueno, un hombre muy bueno y justo, Uchiyama. Muy respetado. Hizo todo lo que pudo con Oda. Hablamos del tema a solas, mucho tiempo después. Fue uno de sus grandes remordimientos, todo el asunto. Algunos le echaron la culpa. Injustamente, pero, bueno, lo hicieron. Uchiyama me dijo que guardó una foto de Oda en su casa durante muchos años, mientras siguió ejerciendo de abogado, para que le recordara esto: sabemos tan poco de nuestros semejantes. Siempre se puede saber más. ¿Sabe qué me dijo? ¿Qué dijo Uchiyama? El día que se jubiló rompió la foto y la tiró. No quería mirarla más. Creo que sentía que había hecho el intento con Oda. Le había rogado que hablara y diera explicaciones. Pero Oda era impasible.

entr.

¿Y el resultado fue…?

ko

El resultado fue que el juicio llegó a su fin. Él no quería hablar, y los hechos parecían ser relativamente claros. Dijo en su confesión que las doce víctimas habían sido secuestradas de tal y cual lugar, información que no existía en ninguna otra parte, ni en los diarios ni en ningún lugar. Creo que de todos modos los diarios solo se habían enterado de algunas de las víctimas. Hay una carga, un secreto que hay que revelar; eso es todo. La confesión por sí sola nunca es suficiente, o no debería serlo. Puede que a veces lo sea. No debería serlo. En este caso había más. Toda esa gente estaba desaparecida. Tiene que entender que estábamos muy preocupados. Todo el mundo en Sakai, en la prefectura de Osaka, estaba muy preocupado.

entr.

Lo sé, soy consciente de eso.

ko

Nadie tenía manera de saberlo.

entr.

Y la sentencia, ¿el señor Oda la aceptó con la misma ecuanimidad con la que aceptó todo lo demás?

ko

La sentencia, como sabe, fue la horca. Lo llevarían a la prisión y esperaría un tiempo, y luego lo ahorcarían. Algunos hablaron de indulgencia en su caso, teniendo en cuenta su silencio, su conducta aberrante. ¿Y si estaba loco? A mí no me parecía que estuviera loco, ni tampoco a los jueces. Ninguno de los presentes lo consideraba loco. La tarea del tribunal es impartir justicia, es la única medida que le queda a una sociedad cuando se abandonan todas las demás medidas. ¿Cómo se imparte justicia? Había doce…

entr.

Once, tengo entendido.

ko

Sí, sí, once víctimas. ¿Quién iba a hablar por ellas?

entr.

Pero la lectura de la sentencia. ¿Lo afectó?

ko

No visiblemente. Creo que se lo esperaba. A ninguno nos sorprendió.

entr.

Le leeré lo que usted escribió en esa ocasión. Escribió: Así concluye la larga y dolorosa historia de las Desapariciones de Narito. Por desgracia, sabemos tan poco al final como al principio. Encontramos a alguien a quien culpar, pero no estamos en mejores condiciones de responder fácticamente a la pregunta: ¿dónde están los familiares que perdimos y por qué se los llevaron? Son secretos que, al parecer, Oda Sotatsu se llevará a la tumba. Ojalá que allí no le den ningún consuelo.

(Un minuto de pausa).

entr.

¿Cómo le suena ahora?

(Se apaga el grabador).

[Nota del entr. En ese momento, Ko Eiji decidió poner fin a la entrevista].

Nota del entr.

[Esa tarde me fui de la casa de Ko Eiji y me dirigí a la zona industrial cercana. Caminé un buen rato, y luego emprendí el regreso a mi hotel. Cuando llegué, me encontré a su hija sentada en un banco en la puerta. Dijo que su padre me quería decir algo más. ¿Podría regresar con ella ahora? Acepté, y buscamos un taxi. Fue grato viajar en taxi con esa joven que tan claramente desaprobaba de mí y de mi trato hacia su padre. No le gustaba la tarea que le habían encomendado. Cuando llegamos a la casa, abrió la puerta y subió la escalera. Me llevó hasta su padre y se fue. En realidad, no sé si era la hija de Ko Eiji. Tal vez fuera su asistente o su amanuense. Desde luego, no pregunté. Pero cabría esperar que, si fuera su ayudante, no se habría mostrado tan reacia a ir de aquí para allá haciendo tareas para él. ¿Quién sabe? Me senté y encendí el grabador].







ko

Olvidémonos de eso un rato.

(Saca un tablero de shōgi).

ko

¿Sabe jugar?

entr.

No muy bien. Juego mucho mejor al…

ko

¿Al ajedrez occidental, supongo?

(Risas).

entr.

Sí, desde luego.

ko

¿Sabe mover las piezas?

entr.

Sí. Creo que sí. Puede que tenga que recordarme alguna que otra regla.

ko

Entonces, juguemos un partido.

[Jugamos tres partidos de shōgi, y en los tres sufrí una derrota aplastante. Cuando terminamos de jugar, nos quedamos sentados un rato sin decir nada. La asistente de Ko Eiji nos trajo una infusión. Poco a poco la luz fue cambiando a medida que se encendían los faroles de las calles y avenidas. El día tuvo su máxima duración en el agua, pero incluso ahí acabó por extinguirse, acaso más completamente que en ningún otro lugar].

ko

No me gusta cómo terminó nuestra conversación. Por eso le pedí que volviera.

entr.

¿Nuestra conversación?

ko

Nuestra conversación. No me gusta ese final. Quiero decir algo más. Es esto: fui a la cárcel durante el ayuno.

entr.

¿Para ver a Sotatsu?

ko

Para verlo.

entr.

¿Y qué vio?

ko

Estaba débil y cansado, pero los guardias lo despertaron. El jefe de la guardia de turno me acompañó y con mucha alharaca le ofrecieron comida a Oda, pero no la probó. Fue extraño, y en ese momento sentí algo raro. Ahora siento, bueno, sabe, no está claro, ni siquiera hoy, cómo eran las cosas.

entr.

Si…

ko

Si lo estaban matando de hambre o no. Pero le pusieron comida delante y no la probó. Yo lo vi. Mi fotógrafo le sacó algunas fotos y nos fuimos. Lo miré a los ojos, o intenté hacerlo. Pero no vi nada. Fue como si no me hubiera visto. Le habré parecido como todos los demás.

entr.

¿Pero no era como los demás?

ko

Era un periodista. Quería averiguar qué estaba pasando.

entr.

Pero, aun así, usted…

ko

Sí, aun así, fracasé.

entr.

¿Puede decirme…?

ko

Quiero que sepa que no me fue tan sencillo; no fue tan sencillo como lo pintan los reportajes. Sabíamos tan poco. No lo podía entender. En fin…

(Un minuto más de silencio en la cinta, y luego se apaga).

UNA HABITACIÓN COMO UN ÁRBOL DONDE MORIR AHORCADO

Nota del entr.: Traslado al corredor de la muerte

Después del juicio, Oda Sotatsu fue trasladado de la cárcel donde estaba detenido a una prisión de verdad. En esa prisión, lo pusieron en el llamado corredor de la muerte. Oda Sotatsu no apeló el veredicto de su juicio, ni la condena a morir en la horca. Solo permaneció en silencio. Su familia no fue a verlo a la prisión, a excepción de su hermano, Jiro, que fue cada vez que pudo. Una sola persona más fue a verlo: Jito Joo. Pero ese relato se incluye en la segunda parte de este libro. De momento, vamos a examinar los últimos meses de Oda Sotatsu. La información que tenemos de este período proviene de Jiro, y de entrevistas que les hice a exguardias.

Entrevista 10 (hermano)

[Nota del entr. Mientras tanto, Jiro se enteró de que entrevisté a su padre, y se enteró de la discusión que (según su padre) sobrevino. Por lo visto, al ponerme a su padre en contra, me había ganado en cierta medida la confianza de Jiro. Empezó a ser mucho más abierto y cálido conmigo. Hasta me pidió que le mostrara la transcripción de la entrevista de su padre. Eso, desde luego, no lo pude permitir. Me advirtió que mucha gente consideraba que su padre tenía demencia, y que por nada del mundo debía tomarme en serio sus opiniones, aunque naturalmente entendía que era probable que las incluyera en el informe. Me invitó a una casa que tenía en otra región de la prefectura de Osaka. Podía quedarme unos días y recabar la información que me faltaba. Él pasaría allí tres semanas con su mujer y sus hijos, tomándose unas vacaciones. Estaría a mi disposición. Este cambio enorme fue muy conmovedor. De inmediato sentí que, si ese era el resultado tangible, tendría que haber ofendido accidentalmente a su padre mucho antes. Esta primera entrevista (de la segunda serie de entrevistas) tuvo lugar al aire libre en una pérgola en el jardín de Oda Jiro. La «casa», como él la llamaba, era más bien una pequeña estancia. Había dos construcciones principales y varias dependencias menores. Un arroyo atravesaba el terreno, y había un hermoso jardín y un bosque cultivado con un sendero despejado. En resumen, era un lugar mágico, diseñado por el propio Jiro, un claro indicio de que quizás la hermana había subestimado a su hermano más chico al tildarlo de filisteo. Como dije, en esta primera entrevista sobre el tiempo que Sotatsu estuvo encerrado en el corredor de la muerte nos sentamos en una pérgola al aire libre. La hija de Jiro, que tenía seis años, se había encariñado conmigo y me traía flores a cada rato: esas son las interrupciones que se oyen en la grabación, y puede que las excluya o no de la transcripción en el libro final. En todo caso, como puedes ver, mientras para Sotatsu las cosas se ponían más sombrías, yo había llegado a un lugar de sol. Me sentía lleno de esperanza: ahora sí podría contar de verdad la historia completa de esa trágica vida].







entr.

Me gustaría saber qué piensas sobre el asunto del intento de inanición (o huelga de hambre, como lo han llamado algunos) de tu hermano.

Tengo entendido que no pudiste estar presente en la sala de audiencias durante el juicio, pero que durante ese tiempo ibas a verlo a la cárcel. ¿Es así?

jiro

Fui a verlo tres o cuatro veces durante el juicio. El capataz de la planta donde trabajaba se había ensañado conmigo y buscaba cualquier excusa para despedirme, cosa que finalmente hizo. Solo logré encontrar el tiempo para ir unas siete u ocho veces, y en no menos de cuatro de ellas cuando llegué a la cárcel me dijeron que no lo podía ver, que estaba haciendo ejercicio, que le estaban dando de comer, etc.

entr.

¿Sabes en qué consistían esas sesiones de alimentación?

jiro

No. Encontraron la manera de obligarlo a comer. No sé si le ponían un tubo o si lo sujetaban y le metían la comida en la boca. No lo sé. Puede haber sido algo tan simple como un sacerdote con una cuchara. Mi hermano sentía un cariño irracional por los sacerdotes.

entr.

¿Pero viste que no comiera? En tus visitas, ¿lo viste?

jiro

Lo noté más flaco. Su aspecto era deplorable desde el principio. En un momento, sí, parecía estar muy débil. No olvides que para ese entonces ya no hablábamos. Solo hubo palabras aquella vez, cuando llevé al abogado. Salvo por eso, nos quedábamos de pie mirándonos. Cuando se puso muy débil, se arrastraba hasta las rejas y se sentaba encorvado contra ellas, con las rejas clavadas en la espalda.

entr.

¿Y no te diste cuenta de que no estaba comiendo?

jiro

Preguntas eso ahora y parece una buena pregunta, una pregunta inteligente, pero no hay inteligencia que valga en situaciones así. ¿Su espíritu se había quebrado? ¿Su mente se había quebrado? ¿Sus nervios se habían quebrado? ¿Su cuerpo se había quebrado? Cualquiera de esas cosas podía ser cierta. Todas eran probables. Así que no es tan obvio como parece, en absoluto.

entr.

No quise insinuar…

jiro

No importa, continúa.

entr.

¿Notaste algún cambio en él cuando volvieron a alimentarlo?

jiro

Tenía más energía. Podía estar de pie otra vez. Me dijeron que el día del juicio lo llevaron a cuestas a la sala de audiencias, que lo sentaron en la silla y que un oficial tuvo que quedarse cerca de él y sostenerlo para que no se cayera.

entr.

No lo sabía.

jiro

Pero ¿sabes qué creo?

entr.

…

jiro

Creo que la huelga de hambre no fue real. Creo que fue otra herramienta que usaron para tratar de quebrarlo, para tratar de que firmara otra confesión, donde confesara más.

entr.

Porque la primera confesión no era suficiente…

jiro

No era suficiente. Querían más de él. Quizás le sacaron la comida y él les dio vuelta el tablero. Quizás se dijo, perfecto, dejaré de comer y listo. Me moriré y listo. Creo que lo vio como una salida. La situación era tan grave, y no había ninguna puerta. Entonces le mostraron la puerta de no comer.

(Un minuto de silencio, la cinta sigue grabando).

entr.

Y no habría manera de saber, de saber si era lo uno o lo otro.

jiro

No, una huelga de hambre impuesta por los guardias a un prisionero que no se quiebra parecería idéntica a la huelga de hambre que hace un prisionero como protesta. Nadie podría diferenciarlas.

entr.

Pero en este caso no querían que se muriera de hambre. Querían ejecutarlo.

jiro

Exacto, entonces tenían que obligarlo a comer.

Entrevista 11 (Watanabe Garo)

[Nota del entr. Por una muy peculiar y maravillosa obra del azar, la mujer que me alquilaba la casa en la que llevé a cabo muchas de las entrevistas tenía una amiga cuyo hermano había trabajado en el corredor de la muerte donde estuvo Oda Sotatsu. Según parece, debido al alto perfil del caso, las historias de Oda que contaba ese hermano se convirtieron en anécdotas frecuentes que la familia repetía una y otra vez, y llegaron a oídos de mi casera. Cuando se enteró de lo que estaba escribiendo, me puso en contacto con el hermano. Hablamos varias veces por teléfono y una vez en persona en un restaurante de ramen de Osaka. Era un sexagenario increíblemente vanidoso que alardeaba a la menor oportunidad. Hasta el restaurante de ramen donde nos citamos era un contacto personal. Nos darían un servicio especial, dijo. En realidad, no sabían quién era. Mi opinión es que este hombre no conoció a Oda Sotatsu personalmente, sino que repetía toda clase de leyendas de la prisión y anécdotas sobre Oda Sotatsu, relatándolas en primera persona como si las hubiese vivido. Como cualquiera que sepa de narraciones orales podrá constatar, se trata de un fenómeno muy común. Pese a todo, sus relatos de esa época son muy convincentes. Si es porque de verdad conoció a Oda, porque de verdad estuvo ahí, o porque repitió las anécdotas muchísimas veces, no lo sabría decir. Como sea, fue una fuente invaluable de información sobre este período imposible de conseguir de otro modo y agradezco que accediera a hablar conmigo].

[Esta primera entrevista se realizó por teléfono. En la casa donde estaba viviendo (la propiedad alquilada) no había teléfono, así que utilicé el teléfono de la casa de al lado].







entr

.

Hola. Señor Watanabe.

voz

Un momento. ¡Garo! Un momento, por favor.

(Ruido de que dejan el teléfono).

(Unos treinta segundos).

(Ruido de que levantan el teléfono).

garo

Señor Ball.

entr.

Gracias por tomarse el tiempo de hablar conmigo. Nuestra conversación está siendo grabada.

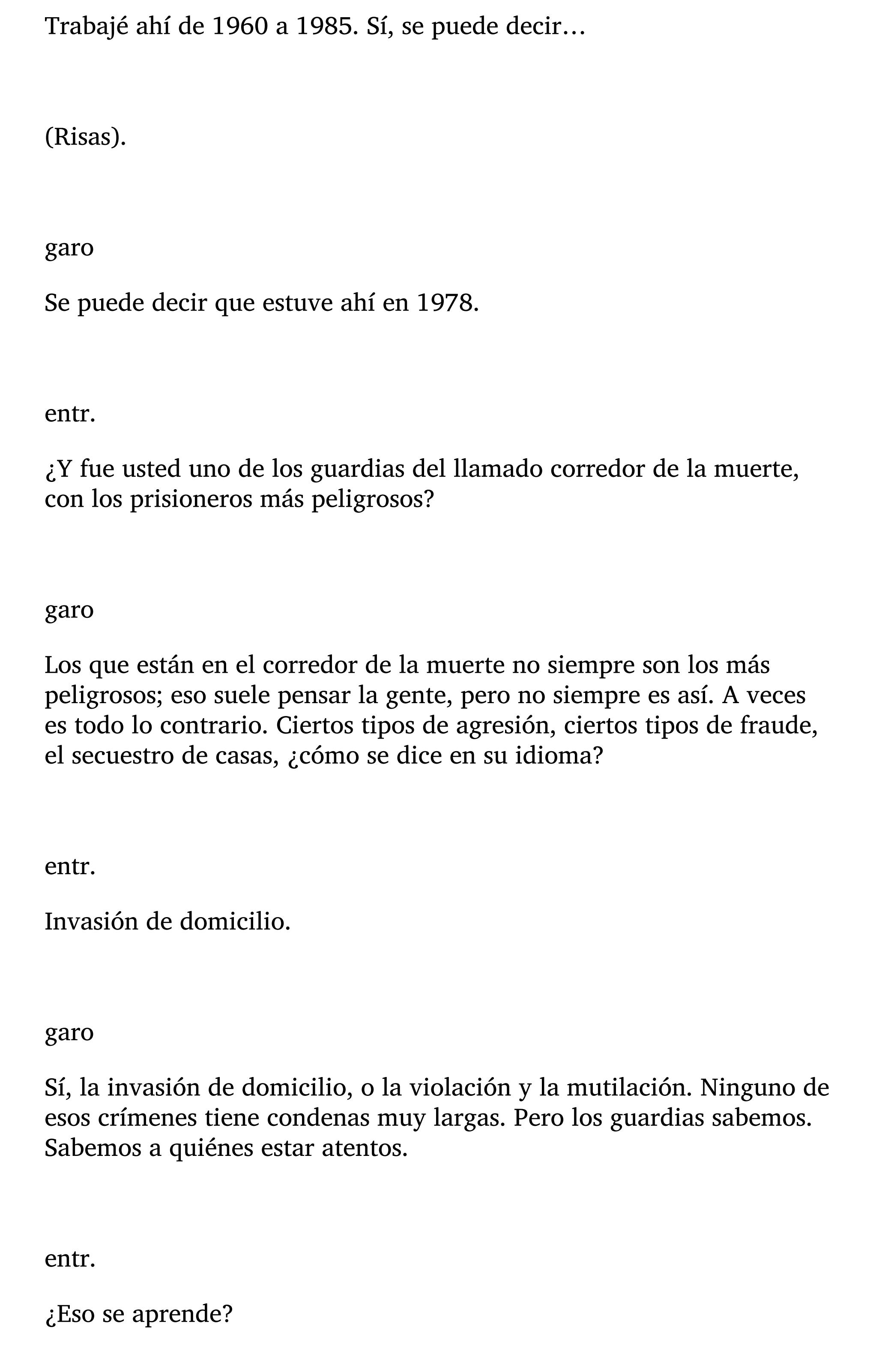
garo

Entendido.

entr.

¿Fue usted uno de los guardias del centro penitenciario de L. en la primavera de 1978?

garo



Trabajé ahí de 1960 a 1985. Sí, se puede decir…

(Risas).

garo

Se puede decir que estuve ahí en 1978.

entr.

¿Y fue usted uno de los guardias del llamado corredor de la muerte, con los prisioneros más peligrosos?

garo

Los que están en el corredor de la muerte no siempre son los más peligrosos; eso suele pensar la gente, pero no siempre es así. A veces es todo lo contrario. Ciertos tipos de agresión, ciertos tipos de fraude, el secuestro de casas, ¿cómo se dice en su idioma?

entr.

Invasión de domicilio.

garo

Sí, la invasión de domicilio, o la violación y la mutilación. Ninguno de esos crímenes tiene condenas muy largas. Pero los guardias sabemos. Sabemos a quiénes estar atentos.

entr.

¿Eso se aprende?

garo

Creo que sencillamente lo sabes. Si no, no duras mucho. Así que el problema se resuelve solo. A la larga, quedan los guardias que saben lo que hacen.

entr.

¿Conoció a Oda Sotatsu y tuvo trato con él en esa época? ¿El hombre condenado por las Desapariciones de Narito?

garo

Seguro, tuve trato con él. Si es que caminar de arriba abajo, mirarlo, hablarle y llevarle comida cuenta. Solo hablé con él tres veces. Tres veces en los ocho meses que estuvo ahí. Y eso que yo le caía bien. No hablaba con nadie más.

entr.

¿Ocho meses? Me dijeron que solo estuvo cuatro meses en el corredor de la muerte.

garo

No que yo sepa. Cuatro meses es muy poco, muy poco. Jamás oí una cosa así. De hecho, ocho meses es poco para una pena de muerte. Casi insólito. Entre nosotros decíamos que alguien debió de haberlo querido muerto para que saliera tan rápido, para que saliera su número, quiero decir. Pareció ir derecho a la cabeza de la lista. Habrá tenido algún enemigo, algún ministro descontento con la situación, quiso dar el ejemplo, vaya uno a saber. Pero él era tranquilo. Eso seguro. No nos causó ni un problema.

(Algo indescifrable).

entr.

Perdón, no entendí lo último. ¿Qué dijo?

garo

Dije que era tan bueno que hasta dejaron que entrara una chica a su celda, justo antes del final. No que él supiera que era el final, desde ya. La ejecución es siempre sin aviso. Ellos nunca saben. Los llevan por una serie de habitaciones, una tras otra. Nosotros le decíamos «visitar a los Budas» porque hay distintas estatuas, una en cada habitación.

entr.

Quiero preguntarle sobre eso, pero antes…

[Nota del entr. En ese momento perdimos la conexión. Pasaron algunas semanas hasta que logré hablar de nuevo con él. La continuación vendrá en breve].

Fotografía de Jito Joo

[Nota del entr. Watanabe Garo me dio una fotografía que según él había estado en la celda de Oda Sotatsu en el corredor de la muerte. Cuando más adelante me encontré con Jito Joo, ella admitió habérsela dado. Esto refuerza las aseveraciones de Watanabe de haber conocido a Oda; también es posible que se la haya dado otro guardia, o que la haya tomado de la celda, sin haber conocido a Oda. Seguir conjeturando sobre su grado exacto de confiabilidad probablemente no sirve de nada].



Entrevista 12 (hermano)

[Nota del entr. Esto fue un rato más tarde en la misma conversación de la pérgola. Habíamos estado bebiendo, y Jiro me estaba contando algunas anécdotas sobre su infancia y la de Sotatsu].







entr.

¿Así que tu padre se negaba a llevarte en el bote pesquero?

jiro

Decía que si iba me traería mala suerte.

entr.

¿Y por qué?

jiro

Decía que tenía que ver con mi fecha de nacimiento, que no era un, cómo lo llamaba, un día auspicioso para nacer pescador. Ni siquiera me dejaba subir al bote cuando estaba fuera del agua.

entr.

¿Pero a Sotatsu lo dejaba?

jiro

Sí, Sotatsu fue con él muchas veces.

entr.

¿Eso los dividió a ustedes? ¿Sentías que había una especie de competencia por la estima de tu padre?

jiro

No, para nada. He oído de familias así, sin duda, pero…

(Risas).

jiro

… de ningún modo. En todo caso, siempre éramos Sotatsu y yo juntos contra el resto.

entr.

Tenían un truco especial que solían hacer, ¿no es cierto? ¿En la escuela?

jiro

Sí, a veces Sotatsu tiraba una piedra por la ventana de mi aula. Entonces el maestro salía a buscar al responsable y la clase terminaba más temprano. Yo hacía lo mismo en el aula de él.

entr.

Pero ¿cómo hacías para no estar en la escuela en ese momento?

jiro

Iba al baño. O eso decía.

entr.

¿Y alguna vez lo descubrieron a Sotatsu haciendo eso?

jiro

Nunca. A mí, en cambio, me descubrieron muchas veces. De hecho, creo que nunca me salí con la mía. Los maestros siempre sospechaban de mí, no sé por qué.

entr.

¿Tus hijos salieron a ti en ese aspecto?

jiro

¿A qué te refieres?

entr.

Bueno, aquel parece estar queriendo huir con mi sombrero.

jiro

Sí, no hay nada a salvo en este lugar.

Entrevista 13 (hermano)

[Nota del entr. Unos momentos después, le pregunté por la reacción de su padre al enterarse de que Jiro seguía yendo a ver a Sotatsu. Ya me había dicho que el padre se había enojado, pero sin entrar en detalles. Más tarde, cuando se lo volví a preguntar, fue más comunicativo].







entr.

¿Cómo se enteró tu padre de que ibas a ver a Sotatsu?

jiro

Hubo una foto, una desafortunada foto que salió en el diario, una foto de la prisión. Un fotógrafo había ido a sacarles fotos a varios reclusos, entre ellos mi hermano. Nos cruzamos en la entrada de la prisión y notó mi parecido con Sotatsu. Traté de evitarlo, pero me sacó una foto y se la vendió al diario. Vendió una foto mía yendo a visitar a mi hermano para sacar dinero, y mi padre la vio. Me ordenó que fuera a verlo. Así que fui. Estaba furioso. Dijo que se había tomado una decisión y que todos la íbamos a respetar. Dijo que algunos de nosotros estábamos tratando de seguir viviendo, de seguir con nuestra vida, y que yo no le estaba facilitando las cosas a nadie. Respondí que, de hecho, sí. Dije que nos estaba facilitando las cosas a mí y a mi hermano, Sotatsu. Le dije que no creía que Sotatsu hubiera hecho nada malo. Que todo el asunto me olía mal de principio a fin. Él me dijo que seguía siendo un estúpido, y que siempre había sido un estúpido. Que si Sotatsu había hecho o no algo malo no era lo importante y nunca lo había sido. Dijo que cada vida tiene una oportunidad, la vida de cada persona, una oportunidad de transcurrir sin atraer la atención equivocada. Que si lo haces, nunca es bueno, siempre termina mal, y que los hechos no eran nada, no importaban. Dijo que yo respetaba la verdad como lo hacen los mentirosos, es decir, demasiado.

entr.

Y fue entonces cuando él…

jiro

Me dijo que no quería volver a verme.

entr.

Pero se retractó.

jiro

Así es. Unos meses más tarde se retractó. Pero ya estaba tan cambiado que no importaba. Era otra persona. Como es ahora. Te das cuenta, ¿verdad? No puedes sacarle nada a la persona que conociste.

entr.

…

jiro

Lo digas o no, te das cuenta de que es una cáscara.

(Se apaga la cinta).

Entrevista 14 (Watanabe Garo)

La primera vez que habló con Oda Sotatsu

[Nota del entr. Esta fue la entrevista en el restaurante de ramen, y fue la entrevista a la que Garo llevó la foto que te mostré hace unas páginas. Tenía la foto guardada en un sobre manila con otras cosas que no me mostró. Sentía mucha curiosidad de saber qué más había en el sobre manila, pero si había que ganarse un poco más su confianza para verlo, entonces no hice lo que había que hacer. No me enteré de qué más había en el sobre. La foto que me dio, la de Jito Joo en kimono, tenía algo escrito en la parte de atrás. Decía: En un lago, flotan, pero no ven el lago. Solo ven lo que está arriba, y solo de día, y solo si el sol no alumbra demasiado. Traté de descubrir la procedencia de esos versos pero no pude, hasta que hablé con Jito Joo. Por lo pronto, me encontraba sentado frente a Watanabe Garo en aquel restaurante, con el grabador asomado entre dos gigantescos tazones de ramen].

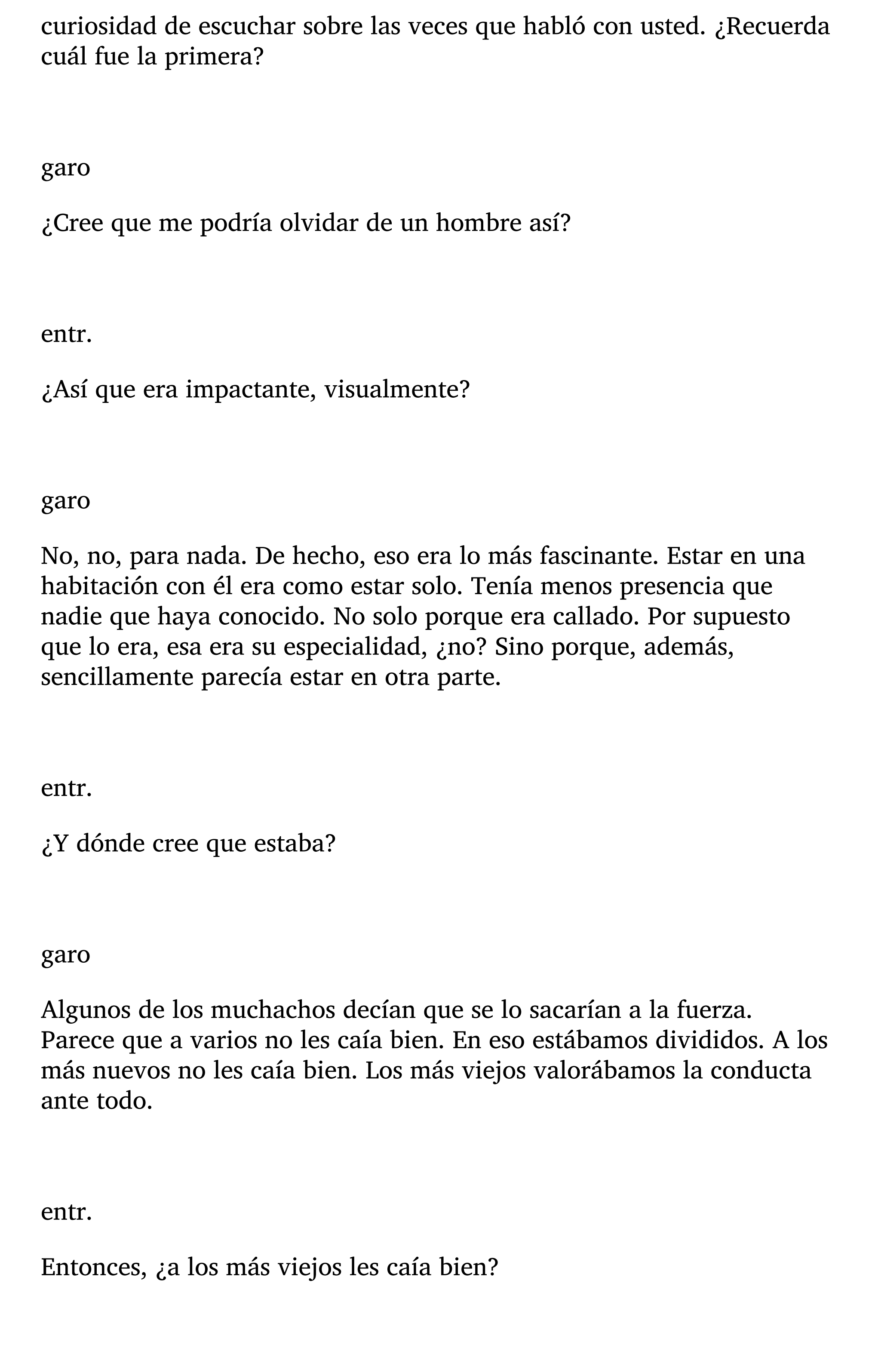






entr.

Tengo mucha curiosidad, naturalmente, de escuchar cualquier cosa que me pueda decir sobre Oda Sotatsu, pero ante todo tengo



curiosidad de escuchar sobre las veces que habló con usted. ¿Recuerda cuál fue la primera?

garo

¿Cree que me podría olvidar de un hombre así?

entr.

¿Así que era impactante, visualmente?

garo

No, no, para nada. De hecho, eso era lo más fascinante. Estar en una habitación con él era como estar solo. Tenía menos presencia que nadie que haya conocido. No solo porque era callado. Por supuesto que lo era, esa era su especialidad, ¿no? Sino porque, además, sencillamente parecía estar en otra parte.

entr.

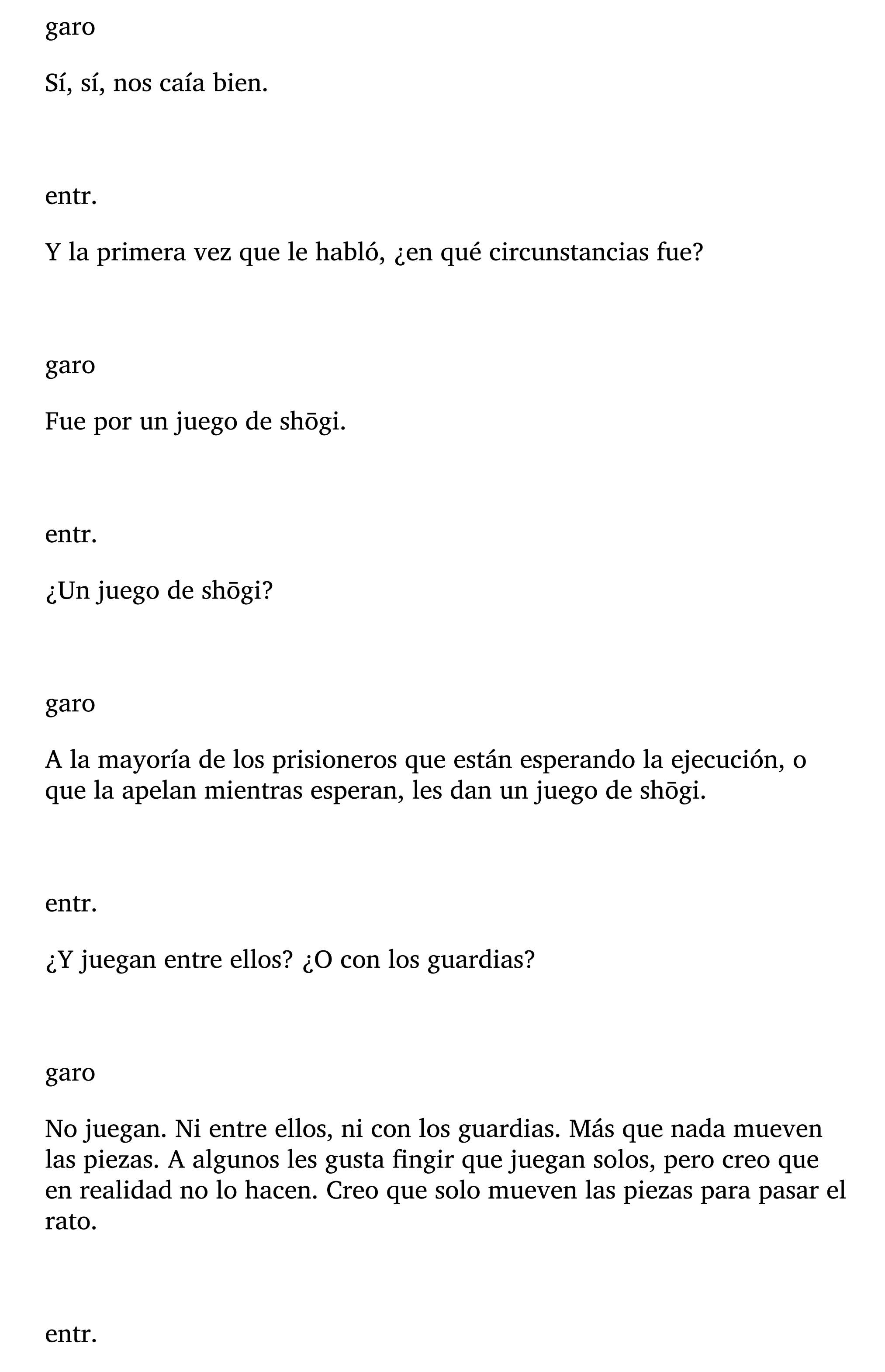
¿Y dónde cree que estaba?

garo

Algunos de los muchachos decían que se lo sacarían a la fuerza. Parece que a varios no les caía bien. En eso estábamos divididos. A los más nuevos no les caía bien. Los más viejos valorábamos la conducta ante todo.

entr.

Entonces, ¿a los más viejos les caía bien?



garo

Sí, sí, nos caía bien.

entr.

Y la primera vez que le habló, ¿en qué circunstancias fue?

garo

Fue por un juego de shōgi.

entr.

¿Un juego de shōgi?

garo

A la mayoría de los prisioneros que están esperando la ejecución, o que la apelan mientras esperan, les dan un juego de shōgi.

entr.

¿Y juegan entre ellos? ¿O con los guardias?

garo

No juegan. Ni entre ellos, ni con los guardias. Más que nada mueven las piezas. A algunos les gusta fingir que juegan solos, pero creo que en realidad no lo hacen. Creo que solo mueven las piezas para pasar el rato.

entr.

Pero sin duda habrá algunos que conocen el juego y pueden jugar solos.

garo

Creo que saben jugar. Es que creo que no tiene sentido jugar solo. Los he visto. Eso no es un juego de verdad, como podrá parecerle.

entr.

Entonces, ¿había ido a llevarle un juego de shōgi?

garo

¿Cuando él habló? No. Ya tenía el juego. Siempre separaba los generales de oro y los tenía en la mano. No sé por qué. Así que era toda una incógnita. ¿Por qué Oda Sotatsu tenía en la mano los generales de oro? Vino una periodista y lo notó. También notó que las piezas del tablero tenían un orden extraño. Se armó un revuelo; todos se preguntaban: ¿era una pista? ¿Por fin iba a revelar algo sobre el paradero de las víctimas?

entr.

¿La prensa podía entrar en la prisión como si nada?

garo

Rara vez. Casi nunca. Realmente muy poco. Diría que esa fue una excepción. La cuestión es que hubo una apuesta. No recuerdo qué apostamos, quizás una parte del sueldo o la elección de los turnos o algo así. Pero era algo importante. Ah, ya me acuerdo. Eran vacaciones. El que ganara la apuesta se quedaría con un día de las vacaciones de los otros. Se hablaba mucho. Pero Oda no daba explicaciones. No decía por qué lo hacía. Varios guardias iban y le preguntaban. Lo amenazaban, le suplicaban. No había caso.

entr.

¿Pero usted logró que se lo explicara?

garo

En realidad, lo descubrí por accidente. Estaba usando el tablero como calendario. Para eso, solo se necesitan treinta y seis piezas, no cuarenta. Así que sacaba los generales de oro del tablero. Creo que no le gustaba que quedaran en el suelo de la celda, por eso los tenía en la mano. Así de simple. Me di cuenta porque vi que lo primero que hacía al despertarse era cambiar el tablero. Nadie sabía por qué lo hacía, pero al final yo lo supe. Así que le dije: Prisionero Oda, se saltó un día.

entr.

¿«Se saltó un día»?

garo

Eso dije: Se saltó un día.

entr.

¿Y él qué dijo?

garo

Miró muy detenidamente el tablero un segundo. Creo que temió que se lo hubieran movido mientras dormía. Ya le había pasado una vez. Estaba comprobando que estuviera bien. Entonces dijo: No. No me salté ningún día.

entr.

¿Y eso fue todo?

garo

Eso fue todo. Me valió dos semanas libres. Seguramente por eso fui tan bueno con él de ahí en más. Eso y el hecho de que…

entr.

¿De qué?

garo

De que me hacía sentir bien que conmigo hablara y con los demás no. Me jactaba de que era porque yo conocía los secretos de ser guardia, pero no era por eso.

entr.

Quién puede saberlo...

Entrevista 15 (esposa del hermano)

[Nota del entr. Un día mientras gozaba de su hospitalidad hablé con la esposa de Jiro. Era una mujer muy aguda y discutidora cuando creía tener razón, y nos llevábamos muy bien. Por la noche, la familia jugaba a varios juegos, juegos de mesa y de otras clases, y ella era imbatible. Jugamos al go, un juego para el que no puedo ufanarme de ser muy hábil, y me ganó casi sin esfuerzo. Parecía alegrarse de que estuviera escribiendo el libro, y de que estuviera pasando tanto tiempo con Jiro. Una mañana, mientras me encontraba sentado afuera muy temprano (no había podido dormir), ella vino y se sentó conmigo y hablamos. No grabé la conversación, pero recuerdo gran parte de lo que me dijo. Lo parafraseo a continuación].







Me dijo que supiera que Jiro no me lo diría todo, pero que supiera que su familia nunca había sido buena con él, en lo más mínimo. Que hasta el día de hoy lo único que les interesa de él es su dinero. Ni siquiera les interesa que los vaya a visitar. Me dijo que la peor de

todos es la hermana, una intelectual frívola. Me dijo que una de las grandes tristezas de su vida es no haber podido conocer a Sotatsu, ya que Jiro habla de él con tanta admiración, y que está convencida de que se habrían llevado muy bien. Cuando le pregunté si ya sabía sobre las Desapariciones de Narito y toda la historia cuando lo conoció a Jiro, me dijo que sí. Dijo que era imposible ignorarlo. Pero, dijo, no la llevó a formarse ninguna opinión en particular. Puede que algunos hagan eso, pero ella no. Le pregunté si veían seguido al resto de la familia Oda. Dijo que se oponía cada vez que podía, y que lo pusiera en el libro, si quería.

Nota del entr.

[Uno de los días en que me hospedaba en su casa salí a caminar con Jiro. Me dijo que había un camino que podíamos tomar que sería muy agradable, especialmente en un día como ese. No entendí qué quiso decir. Parecía un día como cualquier otro, pero, cuando salimos, estaba lloviendo con sol. Me dijo que la lluvia con sol le gustaba más que cualquier otro estado del tiempo. Traía buena suerte, aunque algunos dicen que no hay que salir cuando el tiempo está así. ¿Tú sales cuando el tiempo está así?, le pregunté. Siempre, me dijo. Siempre. Atravesamos la propiedad y tomamos por una calle angosta. No pasaban autos. Me dijo que, como todos se quedan dentro, tienes el lugar a tus anchas. ¿Qué lugar?, le pregunté. Cualquier lugar, me dijo, riendo. Después de un rato, pasamos por un bosquecito con varias construcciones derruidas. Eran de un rojo óxido intenso, y alrededor yacían desperdigados viejos tractores rotos. Un granero en ruinas se estaba ladeando hacia dentro, como si se acurrucara. Era un lugar muy llamativo. Dije que no existe un buen catálogo de las cualidades humanas de los edificios o los callejones. Jiro me preguntó a qué me refería. Dije algo así como que hay una cualidad de firmeza o de importancia, de importancia secreta, que uno confiere a las pequeñas geografías y rasgos del paisaje, a las casas, los jardines, a rincones ocultos detrás de los árboles. Tener una lista de lugares así. Esa fue mi explicación, y lo llevó a contarme lo siguiente].







jiro

¿Está encendido? Bueno. El recuerdo es este. Cuando éramos chicos había un portón viejo al fondo de una calle angosta. Solíamos ir ahí.

¿Entiendes lo que digo? ¿Recuerdas que los varones van a las cosas, a los lugares donde hay límites: al final de las cosas dondequiera que lo encuentren, al fondo de un pozo, el mar, los muros, las vallas, los portones, las puertas cerradas con llave? ¿Recuerdas que, de todos los lugares, es en esos donde los varones sienten que deben hacer su verdadero trabajo? Mis padres nunca nos habían llevado ahí. De hecho, jamás vimos un alma en esa calle. Cuando poníamos un pie en ella, sentíamos que nos íbamos lejos. Así que íbamos y mirábamos el portón, lo mirábamos fijo y nada más. Nos parecía imposible de trepar, así de oxidado y puntiagudo.

entr.

¿Iban seguido, dices?

jiro

En esa época, a esa edad en particular, estábamos siempre ahí. Nos sentábamos a cierta distancia y conferenciábamos en voz baja, hacíamos planes. O si yo me escapaba de la casa, o si se escapaba Sotatsu, el otro sabía que tenía que ir ahí. Iba y encontraba al que se había escapado. Todo el tiempo encontraba ahí a Sotatsu, y él todo el tiempo me encontraba ahí a mí. Pensábamos que el portón estaba en desuso, que lo habían cerrado hacía cien años y que nadie se acordaba de que existía. Pero un día llegamos y estaba abierto. Una de las hojas estaba completamente abierta y se podía pasar. Yo estaba aterrado. Es difícil explicar el terror que sentí. No quería ni acercarme, pero Sotatsu me arrastró. Me planté en el umbral y él siguió. Cuando vi que estaba por cruzar, me largué a llorar y volví corriendo a casa. No miré atrás, ni una vez. Él entró solo.

entr.

¿Te arrepientes?

jiro

Por alguna razón, nunca le pregunté qué había del otro lado.

Cualquiera daría por sentado que lo hice, que no se me pudo haber escapado una pregunta tan importante, pero eso es exactamente lo que sucede. Los niños se la pasan abandonando métodos enteros de pensamiento en favor de otros nuevos, y al hacerlo renuncian a todas las preguntas de antes. Por supuesto, más tarde se acuerdan. ¿Qué vio Sotatsu ahí dentro? Siento tanto cariño por él cuando lo pienso, cuando me lo imagino en ese portón, perdiéndose de vista. No lo vi, pero ojalá lo hubiera visto.

Nota del entr.

Fui a conocer la prisión donde estuvo encerrado Oda Sotatsu. No me dejaron pasar, pero saqué varias fotos desde mi auto alquilado, y manejé a varios puntos de la campiña que ofrecían vistas de ella. Me gustaría poder decir que era un edificio notable, pero no era gran cosa. Un complejo feo, ni siquiera tan amenazante. Como a un kilómetro de la entrada había un kiosco donde vendían gaseosas, caramelos, diarios, mapas, etc. Le pregunté al hombre qué pensaba de la prisión. Me dijo que su negocio subsistía gracias a ella. Parece que la gente le compraba cosas para llevárselas a los reclusos cuando iban a verlos. ¿Qué es lo que más se vende?, le pregunté. Me mostró unos caramelos raros que nunca había probado. Le compré varios.

Sabía, por supuesto, que no sería lo mismo que llevaba la gente en la época de Oda Sotatsu. Lo sabía. Pero, cuando te enfrentas a algo así de extraño, a veces intuyes cómo actuar. Yo sentí que comprar esos caramelos cambió mi relación con la prisión. El resto de las fotos que saqué fueron un poco distintas. Más adelante le pedí a alguien, una amiga fotógrafa que tenía, le pedí que mirara las fotos que había sacado. Del conjunto, separó las seis que saqué después de haber ido al kiosco.

Estas, me dijo, estas son mucho mejores que las otras.

Entrevista 16 (hermano)

[Nota del entr. Ese día había resuelto ir al grano y preguntarle a Jiro por qué no se esforzó más por convencer a Sotatsu de que se retractara. Sin embargo, no se me presentó la oportunidad de hacer esa pregunta].







entr.

¿Así que tu hermano ya había estado en la prisión varias semanas cuando por fin lo viste?

jiro

Así es. Los guardias se confundieron. Primero me llevaron a la celda de otro prisionero. Un viejo. Se acercó a las rejas y me miró con curiosidad. Creo que estaba tratando de recordar quién era yo. Seguramente hacía años que nadie lo iba a visitar.

entr.

¿Cuánto tiempo te quedaste ahí?

jiro

No mucho. Le dije: Buena suerte, veterano. Él me llamó por un nombre que no recuerdo. Tenía una voz muy chillona. Mientras tanto, el guardia miraba el papel que le habían dado. De repente se dio cuenta. Pidió disculpas y me llevó al lugar correcto. Suena muy cómico, lo sé, pero, en semejante lugar, no creo que los guardias hicieran algo así a propósito. Creo que fue un error.

entr.

¿Pero después sí te llevó a ver a Sotatsu?

jiro

Sí, y de hecho mi hermano se encontraba en otro pabellón. Ni siquiera estaba en el mismo edificio. En su edificio especial cada prisionero tenía su propia celda. No se veían entre sí. Comían solos. Hasta el ejercicio, que era dar vueltas en un patio de cemento, hasta eso lo hacían solos.

entr.

¿Qué tamaño dirías que tenían las celdas?

jiro

Unos diecisiete metros cuadrados.

entr.

¿Y fuiste la primera visita que recibió en semanas?

jiro

Creo que tenía otra visita. Eso me dijeron. Creo que la chica todavía iba a verlo. Había estado yendo durante el juicio, y el guardia me lo mencionó. Me dijo: Estuvo viniendo tu hermana. Por supuesto, yo sabía que no era cierto. Ella hacía todo lo que le decía mi padre, absolutamente todo, por insignificante que fuera, lo hacía al pie de la letra. Era imposible que estuviera yendo a ver a Sotatsu en contra de los deseos de mi padre. Entonces recordé que había visto a Jito Joo en la comisaría, y lo relacioné con una chica que habían mencionado en un reportaje durante el juicio, una chica que iba a ver a Sotatsu.

entr.

¿Hablaste del tema con ella alguna vez, desde entonces?

jiro

Nunca.

entr.

Volviendo a aquel primer momento, el guardia te llevó a la celda de Sotatsu. ¿Sotatsu se levantó al verte?

jiro

Estaba dormido. El guardia me había derivado a otro guardia. De hecho, ese proceso se repitió tres veces. El último de los guardias se puso a azotar la puerta para despertar a Sotatsu. Abrió la puerta y la azotaba desde el umbral. Sotatsu abrió los ojos. Lo vi desde mi lugar, abrió los ojos, pero salvo por eso no se movió. Un guardia azotaba la puerta con un palo llamándolo a gritos y él, tranquilo, seguía acostado.

entr.

¿Dijiste algo?

jiro

Después de un minuto se sentó. Al verme, su expresión no cambió, pero se acercó a la puerta. El guardia ya la había cerrado, pero tenía una ventana corrediza y podíamos ver a través de ella, nos podíamos seguir viendo. Yo siempre trataba de no pestañear. Lo miraba largamente y tarde o temprano pestañeaba, pero él jamás. Me quedé con él hasta que oscureció, unas dos horas. El guardia me dijo cinco veces, seis veces, que me tenía que ir, pero yo tenía la sensación de estar viviendo todo lo que me quedaba por vivir con él, de que no iba a volver a verlo, entonces no me quería ir. Me dediqué enteramente a observar y me quedé ahí parado mirándolo con todas mis fuerzas. En algún momento tuve que irme. Y al final resulta que me equivoqué. Pude volver a verlo. Pero me alegro de haberme quedado todo lo que pude ese día.

entr.

¿Y te fuiste de la prisión cuando ya estaba oscureciendo?

jiro

Sí.

entr.

¿Y dijiste que el autobús no paraba ahí? ¿Tuviste que caminar hasta la parada?

jiro

Era una caminata de dos horas desde la prisión hasta la parada del autobús. Además, el autobús no pasaba de noche, así que dormí en la garita, reclinado contra el banco y una valla de aluminio, y a la mañana siguiente me tomé el primer autobús justo a tiempo para el segundo turno.

entr.

No te habrá sido nada fácil.

jiro

Fue difícil, que le pasara lo que le pasó en primer lugar, pero ¿que encima estuviera en un lugar tan inaccesible? Por eso solo fui a verlo unas ocho veces. Si hubiera tenido auto, quizás habría sido más fácil. Pero podía hacerlo, dormir en la parada, caminar durante horas, podía hacerlo porque no sentía casi nada. Si así era para mí, pensaba todo el tiempo, ¿cómo sería para mi hermano?

Entrevista 17 (hermano y madre)

[Un día, logré convencer a Jiro de que me acompañara a hablar con su madre por última vez. Había tratado de volver a entrevistarla en más de una ocasión, pero ella se negaba a verme. Jiro dijo que pensaba que la podía convencer, pero que si su padre se enteraba sería imposible. Cumplió con su palabra, y nos citamos con ella en un parque. Había una arboleda y dos bancos enfrentados. Puse el micrófono cerca de ella y de Jiro. Yo me senté en el otro banco. Algunas de mis preguntas no se oyen bien, y he tenido que reformularlas u omitirlas. Las palabras de Jiro y la señora Oda se escuchan con total claridad].

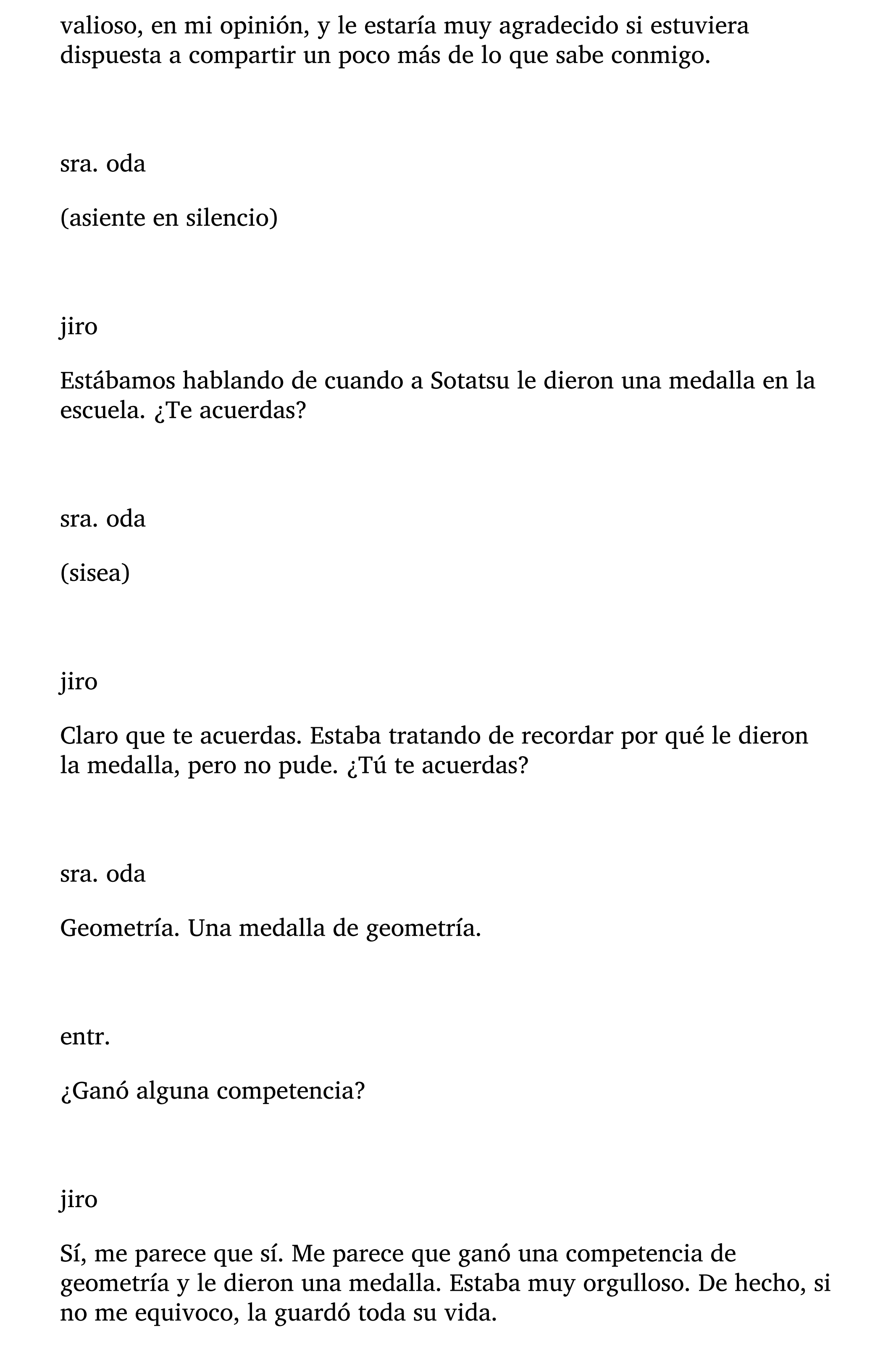






entr.

Quería hablar un poco más con usted, porque sé que sabe tantas cosas que todos los demás ignoran. Su conocimiento de Sotatsu es algo muy



valioso, en mi opinión, y le estaría muy agradecido si estuviera dispuesta a compartir un poco más de lo que sabe conmigo.

sra. oda

(asiente en silencio)

jiro

Estábamos hablando de cuando a Sotatsu le dieron una medalla en la escuela. ¿Te acuerdas?

sra. oda

(sisea)

jiro

Claro que te acuerdas. Estaba tratando de recordar por qué le dieron la medalla, pero no pude. ¿Tú te acuerdas?

sra. oda

Geometría. Una medalla de geometría.

entr.

¿Ganó alguna competencia?

jiro

Sí, me parece que sí. Me parece que ganó una competencia de geometría y le dieron una medalla. Estaba muy orgulloso. De hecho, si no me equivoco, la guardó toda su vida.

sra. oda

Qué disparate. No fue por una competencia. Fue por algo que tenía hacer, que tenía que mostrar delante de toda la escuela durante una visita del alcalde. La maestra se lo encargó a él porque pensó que lo haría mejor que nadie, pero no fue así. Trazó mal la figura y no rotuló bien los segmentos. La maestra le dio igual la medalla, si total ya estaba hecha.

jiro

A mí siempre me dijo…

sra. oda

La maestra se moría de vergüenza. Creo que se fue de la escuela en pleno año escolar y tuvieron que buscar un reemplazante.

jiro

Ah, ya me acuerdo; y fue porque…

sra. oda

Porque tu hermano nos avergonzó.

jiro

No lo sabía.

entr.

¿Pero normalmente era muy bueno para las matemáticas? ¿Por eso lo eligió la maestra?

sra. oda

No creo. Creo que no era bueno para las matemáticas.

jiro

Vamos. Era bueno para las matemáticas. Lo sabes.

sra. oda

No sé nada. Tu padre y yo fuimos al salón de actos. Tú también viniste. Y tu hermana también. Nos sentamos y un estudiante de cada clase se subió al escenario y le mostró al alcalde lo que estaban aprendiendo. Sotatsu se había puesto ropa nueva que le habíamos comprado para la ocasión. No teníamos mucho dinero. Casi nada. Pero lo hicimos, porque queríamos mostrarle a la gente que estábamos a la altura de cualquiera. Él se puso en fila con los demás niños. Nosotros nos sentamos con el público. Había ido casi todo el pueblo. Entonces llegó el alcalde, y se subió al escenario, y estrechó varias manos. Trajeron a los estudiantes más pequeños para que hicieran esto y aquello, y ellos lo hicieron. Después, alguien presentó un proyecto de ciencias. Después, alguien mostró algo de fotografía, un chico más grande. Después fue el turno de Sotatsu. Trataba de mostrar algo, no sé, algo sobre un triángulo. Lo trazó mal. Todos se paralizaron. Sotatsu trataba de seguir con su explicación. En realidad, no sé si lo trazó mal, o si escribió mal los números, pero no coincidían. Él seguía señalando el dibujo en el pizarrón. Mientras tanto el alcalde miraba para otro lado. No quería mirar a Sotatsu. Tu padre y yo, nosotros…

entr.

Señora Oda…

[En ese momento la madre de Jiro se levantó y se alejó caminando, diciéndole algo a Jiro por lo bajo que no pude descifrar. Fue la última vez que la vi].

Entrevista 18 (Watanabe Garo)

[Nota del entr. Este es un fragmento posterior de la entrevista en persona. Era difícil impedir que Garo se desviara del tema, así que gran parte de la entrevista es inservible o, mejor dicho, alterna entre ser invaluable y ser inservible. Algunos entrevistados no brindan información salvo que sientan que están conversando. Interrogan al interrogador, quieren saber todos los pormenores y siguen líneas de investigación que no conducen a ninguna parte. Así era Garo. Por eso, omitiré los tediosos comentarios sobre mi vida (con las interminables preguntas de él), ya que no tienen relevancia. Salto a una parte en la que hablamos de la disciplina en la prisión].







entr.

¿Pero había golpizas?

garo

No digo que hubiera golpizas, golpizas en sí. Lo que digo es que, si alguien se merecía una golpiza, sería raro que no acabara, de una forma u otra, recibiendo lo que se merecía. ¿Entiende? No es que una persona decide disciplinar a otra, un guardia o quien sea, no es que la persona elige hacer algo. No estamos hablando de cómo se hace una cosa así. Es inevitable, una persona actúa una y otra vez de una forma que es una especie de comunicación. Como si dijera: Yo no aprendo de la forma habitual. Conmigo prueben otra cosa. Y tarde o temprano otra persona prueba otra cosa. Si hablamos de contexto, ni siquiera es la forma correcta. Digo, quizás si lo que dices, quizás si hablas de la diferencia entre tener la cabeza dentro o fuera del agua.

entr.

¿Está hablando de un guardia que golpea a alguien con un palo?

garo

Sí, pero no es golpear, es comunicación. No es una acción, no en sí. Es una presión constante, el efecto de una presión constante. Es un resultado, no una cosa. No se lo puede examinar por sí solo, separado del resto.

entr.

¿A Sotatsu lo golpeaban así?

garo

Creo que nunca lo golpearon. No le hicieron nada físico, o no mucho. Iba con la corriente, en general. No causaba problemas. Y no estuvo preso tanto tiempo. Además, hay una sensación que emana de algunos: la sensación de que están perdidos. Cuando aparece esa sensación, los guardias suelen dejar lo más tranquila posible a esa persona. La mayoría de ellos.

entr.

¿Pero algunos no?

garo

Bueno, había un guardia.

entr.

¿Qué hacía?

garo

Se asomaba a la ventana de la celda de Sotatsu y le hablaba. Se quedaba ahí parado hablándole durante horas.

entr.

¿Qué le decía?

garo

Al principio nadie lo sabía, pero pronto salió a la luz. Fue cosa de una semana que el tipo este tuvo turnos con Oda y le hablaba. Entonces un supervisor se enteró y lo sacaron.

entr.

¿Pero qué le decía?

garo

Bueno, un día fui a la celda de Sotatsu después de que el tipo le

hubiera hablado un buen rato. Sotatsu está sentado en la cama, con las piezas de shōgi en la mano, mirándose los pies. Levanta la vista y me ve. Algo me hizo abrir la puerta y entrar. Le dije: ¿Qué pasa? Él me miró un momento y yo me quedé ahí parado. Entonces me dice: ¿Es cierto lo que dice Mori sobre la horca? ¿De verdad es así? Así me enteré.

entr.

¿Todo ese tiempo le había estado susurrando cosas sobre la ejecución?

garo

Exacto, y lo que es peor, se había estado inventando unas cosas espantosas. Horribles. Le dijo que llamaban a los familiares y los obligaban a mirar. Le dijo que te cuelgan desnudo para no tener que enterrar la ropa. No sé ni la mitad de todo lo que le dijo, pero era espantoso. Algunos hombres lo padecen en ese ambiente. Empiezan a hacer cosas así. Mori, me parece, no estaba hecho para ese trabajo.

entr.

¿Qué le dijo usted a Oda?

garo

Le describí el ahorcamiento. Nos lo tenían prohibido. Puede asustar a los prisioneros, hacerlos más difíciles de manejar. Nos lo tenían prohibido, pero pensé: tengo que terminar lo que empezó Mori. Así que se lo expliqué.

entr.

¿Puede describirlo ahora?

garo

Es que pasó mucho tiempo. No sé cómo lo hacen hoy en día. No querría hablar de eso.

entr.

¿Puede simplemente repetir lo que le dijo a Oda sobre los ahorcamientos, como solían ser? No tiene que implicar nada sobre lo que se hace ahora.

garo

Creo que sí, creo que puedo.

Entrevista 19 (hermano)

[Nota del entr. Tuve que volver momentáneamente a la ciudad, y Jiro también había tenido que ir por una reunión. Así que nos encontramos en una estación de trenes, antes de regresar a su casa. En la estación tuvimos que dar vueltas hasta dar con un sitio no muy ruidoso para el grabador. Varias veces empezamos y tuvimos que parar y cambiar de lugar. Me peleé con un borracho que nos interrumpía todo el tiempo, y Jiro se rio. Así que fue de buen ánimo como comenzamos esta entrevista].







entr.

Estabas hablando de esa última visita, de cuando se quedaron con tus cosas. Estamos grabando.

jiro

Quería llevarle una cajita musical que había encontrado. Una tontería, la cajita musical, no la idea. La idea de llevársela creo que era buena, solo que no funcionó. Se la quedaron.

entr.

¿Qué canción sonaba en la cajita?

jiro

Suena muy estúpido, pero tienes que entender que a Sotatsu le encantaba Miles Davis, en particular un disco, Cookin' with the Miles Davis Quintet.

entr.

Pero dudo de que haya cajitas musicales con canciones de Miles Davis…

jiro

Bueno, puede que hoy haya. No lo sé. En esa época no había, no. Pero esta cajita tenía un espejo y cuando la abrías sonaba «My Funny Valentine», que está en ese disco. Salió un dineral la cajita. Me costó casi una semana de sueldo. Pero, pensé, si puede alegrar a Sotatsu aunque sea un poquito, entonces…

entr.

¿Intentaste llevarla a la prisión, sabiendo que en general no se permiten esas cosas?

jiro

Así es.

entr.

Y se la quedaron. ¿Qué hicieron con ella?

jiro

Imagino que algún guardia se la habrá regalado a alguien. No la volví a ver.

entr.

Y además te metiste en un apuro.

jiro

Me llevaron a una habitación y un tipo me estuvo gritando como media hora. Yo me deshice en disculpas. En aquella época era una persona, digamos, explosiva. Tenía un carácter explosivo. Pero esa vez solo quería asegurarme de poder entrar a verlo. Había tomado el autobús; había caminado mucho. Estaba ahí en la prisión. Si me hubieran echado, habría sido terrible.

entr.

Pero ¿te dejaron entrar?

jiro

Así es, y tuve mucha suerte de que lo hicieran. Porque fue la última vez que lo vi.

entr.

¿Puedes describir esa visita?

jiro

Bueno, me escoltaron igual que antes, como en cada visita. Me hicieron firmar, me tomaron las huellas dactilares. A veces las comparaban con huellas que ya tenían de mis manos. Un día, el guardia se confundió y trajo las huellas de otra persona, y creyeron que era un impostor. Pero lo resolvieron. El que aclaró la situación fue el mismo jefe de guardia que esta vez me gritó, pero al final me dejó pasar. Se habrá sentido mal por la confusión anterior. No parecía mal tipo.

[Nota del entr. En ese momento, la hija de Jiro vino corriendo hasta nosotros. Nos preguntó si estábamos trabajando en el libro. No sabía que los hijos sabían lo que estábamos haciendo. Supongo que se lo habrá dicho la esposa de Jiro. Le dije que estábamos trabajando en algo que quizás iría en el libro. Dijo que esperaba que el libro hiciera lo que tenía que hacer, al final. Le pregunté qué era. Miró al padre y dijo que lo que tenía que hacer era hacer sentir mal a mucha gente por lo que pasó. Dijo que no se sentían lo suficientemente mal y ahora ya pasó mucho tiempo y se olvidaron, y que el libro tenía que recordarles que debían seguir sintiéndose mal. Yo dije que sí, que esa era la idea, en parte. Jiro se rio, con una risa mitad llena, mitad vacía. Le dijo que siguiera corriendo y ella lo hizo].

entr.

¿Después de eso te llevaron a la celda?

jiro

Sí. Era extraño ir a verlo a la prisión. Tienes la impresión de regresar al mismo momento. No sé bien cómo decirlo. Como de que te fuiste y el tiempo siguió avanzando, pero, para la persona que está ahí, se detuvo. Para él o ella apenas transcurrió un instante desde que te

marchaste. Ahí estaba él, con su misma ropa, en la misma posición. Las bombillas arrojaban la misma luz. El mismo catre yacía en el mismo lugar. Me daba escalofríos. A la vez me inundaba, cada vez que lo veía, una sensación de alivio, de que siguiera ahí, de que no le hubieran hecho nada más. Me acerqué a la puerta, la ventana estaba abierta. Sotatsu levantó la mirada, me vio y vino a la puerta. Tenía un modo muy extraño, esa vez, un modo muy extraño de poner la boca. Creo que era porque había dejado de hablar. Si la gente ya no usara la boca para hablar, quizás todos la pondrían así.

entr.

¿La tenía abierta?

jiro

Apenas abierta, de un lado. No recuerdo cuál.

entr.

¿Y te quedaste ahí parado, mirándolo, la rutina que habían creado entre los dos?

jiro

Así es. Pero no mucho tiempo. Pronto vino el guardia y me pidió que me fuera. No me explicó el motivo. Creo que iba a entrar otra persona, pero no sé por qué. Sentí que me estaban sacando del medio, desalojando la zona. Quizás les habían informado que se acercaba el día, y querían tener todo en orden. No lo sé.

entr.

Esa fue la última vez que lo viste.

jiro

Recuerdo su corte de pelo, estaba mal hecho y parte de la cabeza no estaba bien afeitada. Cuando lo veo en mi mente, ese es el Sotatsu que veo. Pero de pie en la calle.

entr.

Cuando te lo imaginas, ¿te lo imaginas con el uniforme de preso, con la cabeza afeitada, pero afuera?

jiro

Está en una calle, y tiene la cajita que le iba a dar. Pero no está abierta, no está sonando. La tiene cerrada en la mano.

Entrevista 20 (hermano)

[Nota del entr. Esa noche, cuando volvimos, me fui a descansar a mi habitación, pero me quedé despierto, repasando algunas notas. Después de un rato, llamaron a la puerta. La abrí y era Jiro. Entró y admitió que no me había dicho la verdad ese día, o al menos no toda. Le pregunté qué era lo que se había guardado. Me dijo que, en la visita final, había pasado algo distinto. Le pregunté qué había sido distinto y por qué se lo había guardado. Dijo que era algo que no le había dicho a nadie y que por eso no estaba seguro de si me lo diría a mí o no, hasta esa noche. Le pregunté qué parte de esa visita, de esa última visita, había sido diferente. Me dijo que Sotatsu le dio dos cartas que había escrito. Me dijo que las tenía en su poder, y me preguntó si quería verlas. Dije que sí. Dije que no sabía que le permitían escribir. Jiro me dijo que al parecer a algunos de los prisioneros se lo permitían, y que al parecer Sotatsu era uno de ellos. Me dio una caja de cartón con un cerrojito al costado. Le dije que las leería con mucho cuidado. Fue hasta la puerta, pero se quedó mirándome. Le pregunté si quería que excluyera esos documentos del libro. No dijo nada, pero se quedó ahí. Por último, dijo que quería que el libro estuviera completo. No quería excluir nada. Por eso cambió de opinión y me llevó las cartas. Le agradecí y me dejó solo para que abriera la caja].

[El documento (carillas uno y dos) se incluye después de esta página].

Documento, carilla uno: Testamento hológrafo

Testamento hológrafo de Oda Sotatsu. Mis pertenencias detalladas a continuación se entregarán a mis familiares de la siguiente manera.

LIBROS, una docena, en la mesa junto a la ventana _ a mi hermana.

mi ROPA, pantalones viejos, pantalones nuevos, camisas, medias y otras prendas _ quemarla.

mis MUEBLES _ regalarlos.

mis utensilios de COCINA, cacerolas, cuchillo, etc. _ a mi madre.

mis DISCOS, mi TOCADISCO _ a mi hermano.

mis DIBUJOS, mi DIARIO _ quemarlos.

mi PALITA, mi CAÑA DE PESCAR, mis SEÑUELOS _ a mi padre.

mi BICICLETA _ a mi hermano.

mi BUFANDA _ a mi hermana.

mis ESTATUILLAS DE AVES _ a mi madre.

TODO LO DEMÁS _ quemarlo o regalarlo.

… el alquiler estaba al día cuando me arrestaron, pero no se paga desde entonces. No sé si tiene alguna importancia.

Documento, carilla dos: Carta al padre

[Nota del entr. El documento ha sido plegado y desplegado muchas veces. Hasta parece que algunos pliegues han comenzado a rasgarse. Me imagino que Jiro lo habrá abierto a menudo para leerlo. Cuando lo vi al día siguiente, el día que me iba de su casa, le devolví las cartas y le pregunté si se las había mostrado al padre. Me respondió que no. Nunca tuvo la menor intención de hacerlo, ni la tendría. Al momento de la publicación de este libro, el padre de Jiro y de Sotatsu está muerto (m. 2006), así que no verá la carta en esta vida].

Padre:

Sé por qué no vienes a verme. Tienes razón al pensar que esto es mi culpa. Es complicado, pero también muy simple. Tan simple que puedo ver del otro lado como si fuera una ventana de vidrio. Al hacerlo, veo a ti y a los otros esperando algo. No sé qué, y creo que ustedes tampoco lo saben. Uno escribe algo porque piensa que hay que escribirlo, que hay que decirlo. Por eso escribo esto, aunque no sé por qué, solo sé que hay que decir algo, antes del fin.

Donde la casa se conectaba con el portón de atrás, solía esconder cosas. Nunca lo supiste. Mamá, Jiro, nadie lo supo. En ese lugar hay un hueco, y cada tanto metía alguna cosa. Una sensación así tengo ahora. Quería que supieras que ya no estoy preocupado.

No estoy preocupado.

OS

Entrevista 21 (Watanabe Garo)

[Nota del entr. Watanabe Garo se mostró muy reacio a divulgar los pormenores del procedimiento de ejecución. Deliberé con él largamente, apelando a su vanidad, a su ego, para que me repitiera las palabras exactas que le había dicho a Oda. Al final, solo con un pago en efectivo y garantía de anonimato me reveló los pormenores].







entr.

Adelante, estamos grabando.

garo

Él estaba sentado mirándome y yo estaba de pie. En ese momento me dio pena. Parecía alterado, que lo que le había dicho Mori lo había cambiado de algún modo, y yo no quería que tuviera que cambiar. Antes, las cosas no lo alteraban. Quería dejarlo ser la persona que había sido hasta ese momento. Estaba bien así, y no quería que esos susurros lo hubieran alterado. No debió ocurrir, y pensé: Quizás puedo arreglarlo. Quizás puedo hablar con él y arreglarlo, y las cosas volverán a ser como antes.

entr.

¿Notó algo en su aspecto, algo distinto?

garo

Solo puedo decirle lo que le dije a él.

entr.

Por favor.

garo

Le dije: No sabes cuándo será. Eso es cierto. El prisionero no debe conocer jamás la fecha de su ejecución. Un día es el día, y punto. Te traen alguna cosita para comer, algo especial. Algo rico. Después te sacan de la celda. Te llevan por un pasillo y adviertes que es un pasillo donde no estuviste nunca. Al principio podrás pensar que te llevan a hacer ejercicio, o a la enfermería. Pero no, está clarísimo, es un sector distinto. Es un pasillo que no se usa casi nunca, y eso se nota. Cruzas el pasillo y hay unas ventanitas pero no hay barrotes, no hay barrotes en las ventanas. Afuera ves el césped. Entonces llegas a una puerta. El guardia no tiene llave. La puerta se abre sola. Del otro lado de la puerta hay una persona esperando todo el tiempo y cuando se acerca alguien, cuando llega el momento justo, la puerta se abre. La cruzas. Ahora te encuentras en un espacio semiabierto. Hay un escritorio y un

sargento sentado. Tiene una lámpara y un libro. Verifica tus papeles comparándolos con el libro. Tú no tienes tus papeles. De hecho, jamás los viste. Pero los tiene el guardia que te trajo. Aparece un médico, junto con otros tres guardias, guardias que ya has visto, guardias que ya han tenido trato contigo. Te revisan, y el médico y los guardias suscriben. Están declarando por escrito que de verdad eres tú, que nadie más que tú está ahí parado en ese momento. Tú también firmas el documento, para confirmar que eres tú. Al terminar, el sargento abre una puerta al fondo de la habitación. Lo hace después de que los demás se han ido. Es un procedimiento. Todo es un procedimiento. Ellos se van; él abre la puerta; tú la cruzas. Tus dos guardias han sido reemplazados por otros dos. Entran contigo, uno a cada lado. Ahora te encuentras en la primera de tres habitaciones. El pabellón de ejecuciones consta de tres habitaciones. La primera es una capilla. Sobre el altar hay una estatua del Buda. Allí espera un sacerdote.

Puede que ya lo hayas visto, de camino a estas mismas celdas. Te habla con calidez. Debe de ser el único que te devuelve la mirada. Te pide que te sientes. Allí junto al altar te lee algo y lo que te lee son los ritos funerarios. Ya no te quedan dudas. Por más que hayas fingido que no, de repente está claro. Aunque te contaste a ti mismo un cuento irracional, que el día de tu ejecución habrá algún hecho, y que a partir de ese hecho sabrás que es el día de tu ejecución, no obstante ese hecho es un invento. Los guardias no tienen un uniforme distinto. No te ofrecen un cigarrillo. No sales del edificio para ser trasladado a otro lugar en una camioneta encubierta. Sea cual sea el hecho que te imaginaste, es algo vacío y sin sentido. Te leen los ritos funerarios, y la experiencia es fugaz. Tan pronto se termina. Tan rápido te hacen poner de pie. Se abre una puerta en el lado opuesto de la habitación. La cruzas. La siguiente habitación es más pequeña. Ahí también hay alguien esperando. Es el director de la prisión. Está muy bien vestido y tiene un aspecto distinguido, como de general. Espera a que te ubiques correctamente. Espera. Cuando te paras en el lugar debido, se mete una mano en el bolsillo. Saca una hoja de papel. ¿Qué va a decir? Hasta los guardias están intranquilos en esta habitación lejana. Lo que lee es esto: está ordenando la ejecución. Usa tu nombre varias veces, pronunciándolo con un cuidado prodigioso, y es como si nunca hubieras oído tu nombre. Te van a matar por orden de alguien o de algo. El director se va y la puerta se cierra. Ha entrado otro guardia. Trae una bolsa y de la bolsa saca unas esposas. Te las ponen en las muñecas y las ajustan bien. Luego, saca una venda. Los guardias se mueven a tu alrededor como si fueses delicado. Le están practicando una serie de operaciones a un objeto. Te atan. Te atan los brazos. Te atan la cabeza. Te ponen la venda sobre la cabeza y la cara. Ahora no

ves nada. Ahora los guardias te guían. Cruzas una puerta que debió de abrirse sin hacer ruido, la puerta que estaba detrás del director y de la segunda estatua del Buda. Te das cuenta de que has mirado lo último que llegarás a ver. Si eres violento, si te pusiste violento, si te pones violento, ya no importa porque estás atado. Pero la mayoría no son violentos. A la mayoría los llevan a esa habitación sin quejarse. Incluso a los animales taparles los ojos los vuelve dóciles. La bolsa que trajo el guardia estaba llena de docilidad y tú lo sientes. Los guardias han sido delicados contigo; te están guiando. Te conducen a la habitación final, la última habitación. Sientes su espacio a tu alrededor. Los guardias te tocan los hombros y la cabeza. Te ponen algo en la cabeza, por encima de la venda. Son tan delicados contigo, como barberos. Es una soga lo que te han puesto alrededor del cuello. Acomodan la soga como si fuera el cuello rígido de una camisa nueva, y la ciñen un poco. Todos están a tu alrededor, muy cerca. Entonces, delicadamente, te quitan las manos de encima, de los hombros, del cuello, de los brazos. Se alejan. Ahora hay silencio. Sientes la dirección ascendente de la soga. A veces te roza la nuca. Quizás puedas adivinar por dónde entraste a la habitación. Haces cosas así, adivinar con sentidos que no funcionan. Se oye un ruido, han abierto una trampilla y caes atravesando el suelo como si no fuera el suelo, no el suelo de las habitaciones que conoces, sino el suelo de una habitación como una horca. Esa es la última habitación, una habitación como un árbol donde morir ahorcado.












バス停に着いてから
注意

















2_

Encontrar a Jito Joo

Nota del entr.

Algo tenía el poema escrito en la fotografía de Jito Joo que me perseguía. Por las noches me despertaba varias veces en la casa donde me estaba alojando y la imagen mental era siempre la misma: un lago calmo en una tierra de lagos calmos y un sol brillante arriba. No había sonido, ni el más mínimo. No había posibilidad de sonido. Sentía en él el silencio que se había apoderado de mi mujer: el mismo silencio que en esa época parecía haber arruinado mi felicidad, y que había dado inicio al largo viaje que me llevó a Japón a investigar el caso de Oda Sotatsu. También sentía el silencio de él.

Así que me dije: aquí está el corazón del asunto. Si esto es un misterio, lo más misterioso de todo es la participación de Jito Joo. ¿Cuál fue su relación exacta con Sotatsu? ¿Por qué iba a la prisión? ¿Por qué motivo la dejaron pasar, si es que realmente era ella, tantas veces?

Me dije: tienes que encontrar a Jito Joo y, si lo logras, entonces tienes que demostrarle que esto es algo que entiendes, este silencio, aunque tengas que decirle en voz alta cosas que no le has dicho a nadie. Tienes que arrancarle cosas que ella no le ha dicho a nadie. Puede que allí encuentres algo: algo que les dé sentido a estos silencios, al silencio de tu mujer, al silencio de Oda Sotatsu, a la prolongación aparentemente inútil de la vida, día tras día sin que nadie le ponga fin.

Así que salí a buscar a Jito Joo dondequiera que estuviese.

Nota del entr.

Primero la busqué en los registros públicos, en las guías telefónicas, listas de propiedad, transacciones inmobiliarias, títulos, y no encontré nada. No era difícil suponer que podría haberse cambiado el apellido. Sin duda, motivos no le faltaban.

Jiro no tenía idea de dónde podía estar. Sentía que era innecesario buscarla. Contraté a un detective privado (o algo así) en vano. Creo que el tipo nunca salió de su oficina. Empecé a sentir que no sucedería nunca.

Una vez leí un libro sobre un cazador austríaco. El truco de encontrar. En algún momento de mi infancia encontré el libro en la sección infantil de la biblioteca, donde lo habían puesto, quizás porque tenía un título absurdo. Imagino que algún bibliotecario lo habrá dejado ahí creyendo que no era un libro para adultos. En verdad, había sido escrito en un estilo muy florido y afectado por un guardabosque británico que conoció al protagonista (en su juventud). Debo de ser la única persona que abrió el libro (en esa biblioteca). Sin duda fui la última, porque lo robé y lo escondí debajo de la cama de mi hermano, atrás de un dulcémele y una colección de panderetas rotas. Dónde está ahora no lo sabría decir. Creo que a esa casa la demolieron poco después de que nos fuimos. Como sea, es un libro maravilloso. Narra la historia de ese hombre: su niñez en una aldea humilde de Austria, su vocación de ayudar, el descubrimiento de su talento especial, su ascenso al puesto de guardabosque principal en varias haciendas austríacas, a cuál más magnífica e inmensa. Pero ¿cuál era su talento especial? Que podía encontrar cualquier cosa, lo que fuera. Ese hombre, Jürgen Hollar, logró inventarse un sistema que le permitía ser extremadamente eficaz en varios dominios de la existencia en los que la mayoría de los seres humanos actúan con extremo descuido. Encontrar cosas era la principal expresión de ese don.

Mientras me hallaba en el jardín de la casa que ya mencioné, la casa de las mariposas (de las que me habían hablado, y en las que ya creía

antes de que aparecieran), de repente se me vino el recuerdo de Jürgen Hollar y El truco de encontrar. De chico había leído el libro con gran dificultad, y quizás fue gracias a la tenacidad con que lo abordé que me quedó tan grabado. Como sea, ahí estaba yo, en un jardín japonés, ponderando sobre la vida de un cazador austríaco del siglo xix. Mi desesperación me llevaba a pensar en cosas así.

Jürgen Hollar, se puede decir –y te confío su secreto de corazón, en un acto de generosidad–, encontraba las cosas porque no las buscaba. De eso se trata todo el libro. Tenía un método muy meticuloso para aislar y clasificar cada objeto que encontrara en un área en particular, por grande, por pequeña que fuera (por grande que fuera el objeto, por pequeño). Fuera la búsqueda larga o corta, fueran los objetos muchos o pocos, él seguía su credo.

Entonces, imagina esto: te piden que encuentres una cuchara. Entras en una habitación y empiezas por uno de los extremos. Primero contemplas una especie de sillón largo y angosto lleno de almohadones pegado a una mesa contra la pared. No es una cuchara, te dices. Después atraviesas el espacio ancho, oblicuo, redondeado de la habitación, caminando hacia un lado y hacia el otro, y llegas al extremo opuesto, donde, sobre una larga superficie plana, ves una especie de sector para cocinar. Ahí están las cucharas, piensas. Levantas una cosa y luego otra. No es una cuchara, no es una cuchara, dices. Pero Jürgen, si hubiera estado ahí, habría mirado cada cosa sucesivamente, y se habría preguntado qué era. Habría mirado el sillón y, tras quitarle los almohadones, habría notado que tenía una elegante silueta de cuchara. Esta puede ser la cuchara que busco. Habría notado la extraña cucharidad de la mismísima habitación en la que estaba, y podría haber reconocido en ella a la cuchara que estaba buscando. No permitía que las categorías previamente definidas de objetos que existían en el mundo antes que él le taparan los ojos y entorpecieran sus hallazgos.

Por eso un día, cuando el hijo del noble desapareció, fue Jürgen el que lo encontró escondido en una casa humilde de la aldea, vestido de niña e hilando, hilando con sus propias manos en una rueca. Cuando desapareció un caballo favorito, Jürgen notó que cierta familia, que siempre iba a mendigar al mercado, misteriosamente no estaba

pidiendo comida como de costumbre. Fue al mercado y se preguntó: qué está aquí y qué no está aquí. No dijo: dónde está el caballo.

Y así, como con tantas lecciones, las aprendemos y las olvidamos y más adelante nos vemos obligados a aprenderlas otra vez. Había llegado la hora de recuperar mi compostura hollariana, de alguien que también encuentra las cosas viendo qué hay.

Fue así como, tras dos meses de búsqueda infructuosa, dejé de buscar. Me dediqué a repasar las transcripciones de los interrogatorios de Oda Sotatsu. Intercambiamos cartas con su hermano, Jiro. Recopilé materiales y tomé notas. Preparé las secciones de este libro lo mejor que pude.

Además, y acaso esto sea lo más importante, deambulaba por los lugares donde habían visto a Jito Joo por última vez, y miraba cada cosa que veía. Me preguntaba: qué es esto que veo.

Y fue así como después de un mes de examinar y pensar, salí de una tienda en una calle –¡una calle, debo decir, por la que había pasado muchas veces!– y ahí estaba. La reconocí por las fotos que había visto. Estaba en la vereda; era a media tarde. Llevaba una bolsa de tela gastada y estaba mirando algo en un papel. Ahí, pensé, hay veinte años de vida sumados a la mujer que conoció Sotatsu, la mujer que yo había visto en fotos. Así debe verse; así es exactamente como se vería. No habiendo visto nunca a esa Joo mayor, no podía buscarla, pero, preparado para descubrir qué era cada cosa al mirarla…, de repente la encontré.

–Joo –dije–. ¿Jito Joo?

No me expliqué bien. Ella se mostró un tanto hostil, cuando menos confundida y recelosa. Sin embargo, también parecía ser una persona a la que rara vez le hablaban. Pronto me gané su confianza lo

suficiente para que fuéramos a hablar a su casa. En pocas palabras, parecía desdichada. Con quién estuviste hablando, me preguntaba ella todo el tiempo. ¿Con quién?

La casa de Jito Joo

[Nota del entr. Esta parte está narrada de memoria, ya que no grabé la interacción. Notarás que el estilo de este texto es un poco distinto. Ese es el motivo].







Atravesamos varios vecindarios, a cuál más pobre, hasta llegar a una calle muy humilde. Es esta, dijo Joo, y subió por la escalinata de un edificio reciclado. Su departamento estaba en el último piso, en el contrafrente de la vivienda, y daba a un terrenito abandonado y, más

allá, a otros edificios derruidos en una larga calle cuesta abajo.

Su departamento estaba casi vacío, como si acabara de mudarse. ¿Cuánto tiempo hacía que vivía ahí? En diciembre se cumplirían diecinueve años.

Fue extraño, debo decirte, hallarme en ese departamento con una japonesa de cincuenta años que no conocía, y sin la menor idea de en qué podía terminar todo aquello. Ella me miraba y esperaba.

Joo, dije, quiero hacerte algunas preguntas. Quiero hablarte de Oda Sotatsu. Quiero hablar de Kakuzo. Quiero hablar del poema que está escrito en una foto tuya. Estoy indagando en este misterio. No el misterio de por qué pasó sino el misterio de cómo.

No te diré nada, dijo Joo. La persona que podía hablar de eso ya no está, no está hace tiempo.

Pero ¿y si te hablo yo?, le dije. Qué tal si te hablo yo, de esto y de otras cosas. Qué tal si te demuestro que sería importante que hablaras. Que hablar conmigo sería importante.

No dijo nada, pero respiré hondo y seguí.

El departamento no tenía cocina, sino una especie de plato caliente en una pequeña mesada con un fregadero. Vertió un poco de agua en una olla y la puso sobre el plato caliente.

No sabes nada de mí, le dije, pero tengo la sensación de que sabes sobre algo que yo sé.

Y con eso, empecé.

Nota del entr.: Conversación con Joo en su casa

No conocí a nadie de verdad, le dije, hasta que la conocí a ella. Fue extraño porque, en esa época, yo no hablaba su idioma, y ella hablaba mal el mío y lo entendía poco. A pesar de eso, hablábamos con vehemencia. Cada momento era una nueva oportunidad de intercambiar confidencias. Quería contarle hasta lo último que había visto en mi vida.

Era tu mujer, me preguntó Joo.

Está viva, le dije, pero ahora no es mi mujer.

De hecho, le dije, hace tiempo que no la veo. Y las veces que la he visto, no conozco a esa persona. Durante años vivimos juntos. Tiré todo por la borda y la seguí adonde fuera. Ella tenía una hija, una niña pequeña, y la criamos juntos. Yo ya no deseaba las mismas cosas que antes. Ser escritor, abrirme camino en el mundo: esas cosas no eran nada. No significaban nada. Solo quería ir con ella de un lugar a otro, sentarme con ella en cualquier parte y ver qué decía, ver qué veía, qué le gustaba, verla contenta. Sentía la plenitud de esa nueva vida, y veía que lo que antes me había parecido importante no era importante en absoluto.

Recorté una pequeña vida del resto del mundo y vivimos ahí, felices como nadie.

Nadie puede tener eso, dijo Joo. Tenerlo y conservarlo.

Un día, dije, un día sucedió que nos habíamos mudado de país por tercera o cuarta vez. Vivíamos en una ciudad grande de mi país natal

y yo daba clases para mantenernos. No era lo que quería; pero lo hacía, para que pudiéramos vivir y comer, y para que nuestra hija pudiera ir a la escuela.

Un día, mi mujer dejó de hablar. Estaba en el baño, mirándose al espejo, y vio algo. Había algo ahí, algo indefinible. No sé qué habrá sido, pero lo vio, y desde entonces no quiso contarme nada más. Hablaba para decir cosas, acá está la llave de la puerta, o salgamos a cenar, pero si era para decir algo de verdad, para contarme algo, lo que fuera, ese deseo se había extinguido por completo. Cuando estábamos juntos ella miraba a la nada. Le preguntaba qué miraba, qué pensaba. Nada. Nada en particular, decía. La amaba sin mesura. Hacía cualquier cosa que se me ocurriera, lo que fuese, con tal de animarla, de sorprenderla. Desterré todas las cosas oscuras, difíciles, de la casa. Procuraba toda clase de risas alegres y compañía y se las ofrecía, una tras otra. Buscaba lugares luminosos de la ciudad donde vivíamos y la llevaba ahí, esperanzado. Pero su estado de ánimo era cada vez más negro. Se la pasaba acostada en la cama mirando al techo. Mi amor, le decía yo, mi amor. Ella no decía nada.

Nuestra hija estaba empezando a abrirse al mundo. Estaba en esa edad. Estaba buscando cosas nuevas, cosas solo de ella, y descubriendo la duplicidad de los otros chicos. Los veranos regresaba a su país natal, y en junio la enviamos ahí como siempre.

Mi mujer tenía una tristeza tan profunda, su padre se estaba muriendo, y pensé que era eso, pero iba más allá. Se encerró en sí misma en busca de un proyecto totalmente nuevo y mantenía intrincados diálogos nuevos con interlocutores imaginarios. Era una escritora magnífica, de las mejores que he conocido, y no carecía de invención. De repente, empezó a inventarse un nuevo modo de vida enteramente en su imaginación. Me dejó fuera por completo. Ahora solo les hablaba a los que se había imaginado. Y un día les pidió consejo: ¿debería escaparse de la vida que llevaba conmigo?

Nota del entr.

Yo seguía igual de enamorado. Constantemente a su servicio, buscaba mil maneras por día de tratar de distraerla, de hacerla sonreír y que olvidara su pena. Pero sucedió que un día tuve que viajar a otra ciudad. Tenía que hacer una lectura en San Francisco. El día que me fui sentí que no estaba pasando nada tan malo: que nuestros problemas eran menores y que los superaríamos juntos. Sentí que la pena por su padre era lógica. Confiaba en que la chica que amaba encontraría la manera de superarla.

Pero cuando volví unos días más tarde me encontré con que faltaban sus cosas en la casa. Faltaba ella en la casa. Sobre la cama había una nota. Empecé una vida nueva.

Fui al aeropuerto y saqué un pasaje. Viajé muchas horas, cambié de avión, viajé muchas horas. Era una distancia enorme. Cuando llegué a su país, encontré un autobús a la ciudad y lo tomé. A la mañana siguiente me encontré yendo por calles extrañas hacia la casa donde suponía que se estaría quedando. Era un lugar en el que yo nunca había estado.

Entonces, llamé a la puerta. La persona que salió apenas si se parecía a la chica que yo conocía: tanto había cambiado. Aunque solo hubieran pasado tres días, cuatro días, tanto había cambiado.

Joo se ajustó la falda, mirándome en la habitación en penumbras, y me di cuenta de que había dejado de hablar. Hacía un rato que no decía nada.

Ya ves, dije.

Ella asintió.

Pasó un instante, y se filtraron ruidos de la calle. Alguien que arrastraba algo por el pavimento. El ruido se hizo más fuerte y después se extinguió. Y todo ese tiempo Joo me miraba, esperando.

Desde ese día, continué, no supe nada más de lo que pasó. He tratado de descubrirlo en ella, yendo a hablarle, una y otra vez, pero ella ya no lo sabe, si es que alguna vez lo supo, y lo he buscado en mí mismo. Yo tampoco lo sé. Mi vida se sumió en una inmensa confusión. No tomo ninguna decisión pensando en las consecuencias. Llegué hasta acá. Vi el poema, y tuve la impresión de que sabes algunas cosas. Puede que no sean las cosas que necesito yo, pero son cosas, y tal vez se acerquen a lo que necesito. ¿Puedes decírmelas? Lo que sea que se sepa sobre el silencio. Lo que sea que sepas tú.

Vuelve en dos semanas, dijo Jito Joo.

Se puso de pie.

¿Puedes encontrar la casa?

Sí, dije.

Entonces ven en dos semanas y veré qué te puedo decir.

Mientras me alejaba Joo me volvió a llamar.

Sabes, dijo, nada sucede por una razón.

Cerró la puerta.

Bajé las escaleras pasando junto a tres luces rotas y una que parpadeaba. La puerta del departamento de la planta baja estaba entreabierta y se oyeron risas. Alguien estaba cantando y había olor a comida en el horno.

Esto es lo que cargamos, pensé, la cercanía de otras vidas.

Pero en la calle había un hombre vendiendo baterías y me sonrió. No entendí qué decía. Estaba diciendo algo, pero yo no entendía nada. Cuando se dio cuenta, levantó un puñado de baterías con un aire victorioso. Sonrió otra vez.

Yo negué con la cabeza. No, no quiero baterías. Esa sonrisa buena y real, la sonrisa de una persona buena y real, me conmovió. Pero en un instante él desapareció, o yo desaparecí: la calle estaba desierta y de eso no quedó nada.

Nota del entr.

Quería explicarme mejor ante Joo. Sentía que lo que recibiera de ella dependería enteramente de lo que pudiera darle, de la claridad con la que pudiera explicarle lo que me había pasado. Sentía que no me había explicado en absoluto. Estaba convencido de que lo había hecho mal. Apenas recordaba lo que le había dicho.

Le escribí una carta, y mientras la empezaba me quedé dormido en mi escritorio.

Esa noche, volví a soñar con el lago de Joo, pero ahora lo sobrevolaban unos pájaros que graznaban. Chillaban y graznaban, pero sin sonido. Yo sentía sus reclamos en la superficie del lago, y lloraba al sentirlo, pero, por mucho que lo intentara, no oía nada.

Cuando me desperté al día siguiente, me aboqué a la carta. Me pasé el día entero abocado a ella, y al anochecer fui y la dejé en el edificio de Joo. Había un pequeño buzón con su número de departamento ahí mismo en la entrada del edificio. Dejé la carta ahí. Apoyado contra la pared había un chico con un palo. Se daba golpes en la pierna con el palo y me miraba.

Ahí no vive nadie, me dijo.

Sé que vive alguien, le dije. Ayer estuve en su casa.

Entonces me equivoco, me dijo. No sé a quién buscas.

No toques esta carta, le dije. Si se llega a extraviar…

Me dirigí a la puerta, y él también. Salimos a la calle nocturna al mismo tiempo. Él se fue hacia la derecha y yo hacia la izquierda. Una vez afuera, se echó a trotar y pronto se perdió de vista. Miré hacia la ventana de Joo, pero, claro, su ventana estaba en el contrafrente del edificio. En el departamento del frente había una luz encendida y personas que se movían de acá para allá, sus vidas inaccesibles irradiando algo similar a la luz que se posaba sobre ellas.

En ese momento me sentí tentado de pensar, como siempre, que las personas de adentro eran felices, que sabían cosas que yo no sabía, pero dejé de pensar en eso y volví a mi casa, a mi habitación fría, y pensé en la carta que le había escrito a Jito Joo.

Nota del entr.: Carta a Jito Joo

Querida Jito Joo:

Te pido que ignores todo lo que te dije ayer. Déjame que te lo explique de otra forma. La verdad es que no he hablado de eso con nadie, y por eso me expresé mal. Quizás lo que te dije haya estado más cerca de lo que pasó en cuanto a los hechos, pero puedo decirlo de una forma que quizás entiendas mejor, de una forma inmediatamente comprensible. Permíteme que te dé eso ahora.

Un hombre se enamoró de un árbol. Así de simple. Fue al bosque a cortar leña y encontró un árbol y en ese momento supo que lo amaba. Se olvidó del hacha. Se le cayó de la mano y no se enteró. Se olvidó de su aldea, se olvidó del sendero que había tomado, hasta se olvidó de las voces valientes y sonoras de sus compañeros, que en ese instante resonaban en el ancho bosque mientras lo buscaban llamándolo por su nombre. Se sentó frente al árbol y encontró su lugar ahí y pronto nadie que pasara podía verlo siquiera acostado entre las raíces.

Fue como si, al dar vuelta una brizna de hierba, se le hubiera revelado un mapa de vasto anhelo y dirección y pudiera cruzarlo; y lo hizo.

Él y su amor hacían lo que querían sin pedirle nada a nadie. Sin pedir permiso, ideaban toda clase de deleites y hallaban el uno en el otro todo lo que al mundo le faltaba. Eres brillante como una moneda. Eres alto como un monte. Eres veloz como un pensamiento. Y tan bien se ocultaron en su amor que el corazón se les cubrió de pasto y sus canciones sonoras se convirtieron en cintas de aire indescifrables.

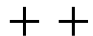
Pero un día el hombre se despertó. De nuevo se encontró frente a un árbol, pero era un árbol que no había visto nunca. Tampoco había visto el bosque, y tenía la ropa hecha jirones. Dónde he estado, se preguntó, y salió a duras penas del bosque hasta llegar a una fila de casas donde lo

esperaban los otros. Pero no pudieron decirle nada de su paradero.

Dónde he estado, se preguntó. ¿Con quién, en mis más hermosos sueños, estuve hablando tan incesantemente? Pero mientras pensaba el pensamiento se desvaneció, y en ese instante fue más pobre que nadie.

Levántate, le gritaron los otros. Levántate, tonto.

Ah, dijo él, entonces, así es como nacen los tontos. No lo sabía.



Nota del entr.: Dos semanas

Durante dos semanas anduve en una especie de nebulosa. Hablar sobre mi vida me había puesto a contrapelo del mundo en el que vivía. Tenía la sensación de haberme presentado ante Joo para ser juzgado. ¡Qué ridículo! Sobre todo teniendo en cuenta que ella no había hecho nada para merecerlo. Por el contrario, el papel que desempeñó en la historia de Sotatsu no llevaría a pensar nada bueno de ella. Sin embargo, por alguna razón, Sotatsu había confiado en ella, y yo también, ahora, confiaba en ella.

Les escribí cartas a varios conocidos de mi país. Intenté leer dos novelas sin éxito. Comí en varios restaurantes, todos buenos, y en cada ocasión pedí mucha comida o muy poca.

Buscando la salida de mis propios problemas me había metido en los problemas de otros, algunos muertos hacía tiempo, y ahora intentaba volver a salir, a través de sus problemas, como si los seres humanos solo pudiéramos aprender los unos de los otros. Descubrir lo que le había pasado a Oda Sotatsu, eso era lo más importante. Eso era siempre lo importante. Pero si, al enterarme de eso, pudiera ver un poco más allá…

Finalmente, después de dos semanas, volví al departamento de Joo. Por algún motivo no esperaba encontrarla, pero la encontré. Lo primero que observé al entrar en el edificio fue que mi carta ya no estaba en el buzón. Entonces la leyó, pensé. Subí las escaleras. Cuando abrió la puerta, tenía el papel en la mano.

Adelante, dijo.

Su rostro se había suavizado. Si era porque me la había ganado o por otro motivo, no lo sé. Su rostro se había suavizado, pero de algún

modo esa suavidad revelaba aún más las dificultades que la vida le había impuesto. Tenía la dureza de la persona que ha vivido a la intemperie, bajo un sol constante: la mirada de alguien que labra la tierra o de un músico de los Apalaches. Siempre tuve predilección por esas caras, siempre pensé que me gustaría tener una cara así. Parece que para conseguirla primero hay que sufrir mucho. En ese momento no pensé nada de todo esto. Lo que pensé en ese momento fue: tiene mi carta en la mano. Estaba desesperado por saber qué diría, sobre mi situación, sobre Oda Sotatsu, sobre Kakuzo. Ahí estaba ella: de repente yo estaba mucho más cerca de escribir el libro que anhelaba escribir, de descubrir el material que me permitiría contar bien la historia.

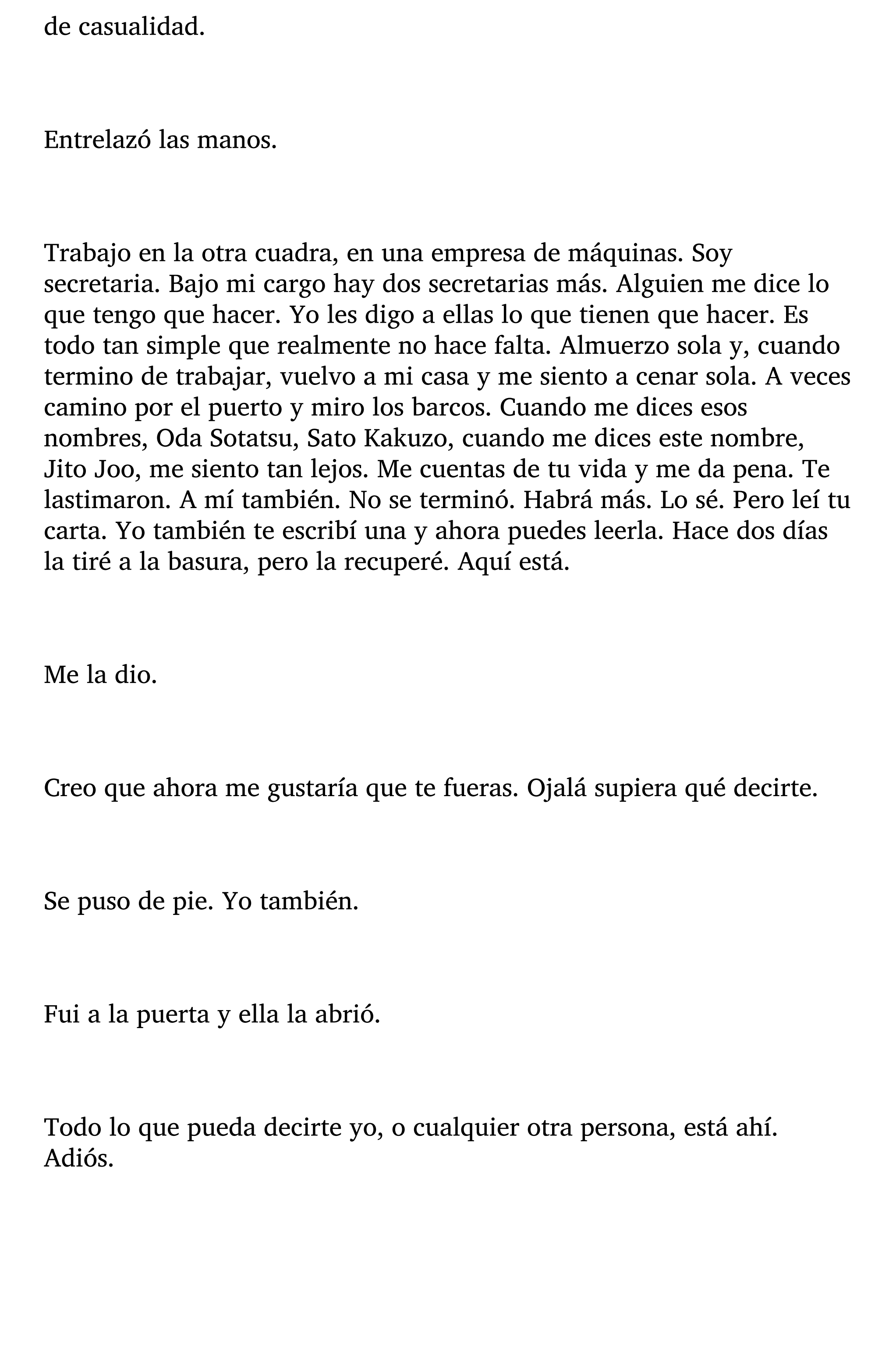
Pero lo primero que hizo ella fue ir a la ventana y sentarse. Me hizo señas de que hiciera lo mismo.

No hablemos un rato, dijo.

Nos quedamos así sentados un rato. A través del piso se oían los ruidos del departamento de abajo. En alguna otra parte del edificio se estaba poniendo el sol. El departamento de Joo se fue oscureciendo hasta que finalmente se vio obligada a encender la luz o dejarnos a oscuras.

Miré su rostro iluminado y traté de ver a la chica que iba a ver a Sotatsu, que vivió con Kakuzo. Después de un momento, sentí que podía verla. Ella me miró y me dijo:

Creo que hacía años que nadie me miraba tanto. Es algo que la gente común no entiende. Como viven en familia o en grupo, como no viven solos, sin ser vistos, no saben lo que es estar solos. Pueden pasar meses sin que nadie te mire, años, sin que nadie siquiera te toque la mano o el hombro. Uno se vuelve casi como un ciervo, impaciente por que lo toquen, aterrorizado de que ocurra. Un contacto pasajero en el supermercado, o en el tren, se vuelve desconcertante. Por frecuente que sea un contacto así es siempre desconcertante, porque no es voluntario. Hasta que llega el día en que nadie te mira siquiera, salvo



de casualidad.

Entrelazó las manos.

Trabajo en la otra cuadra, en una empresa de máquinas. Soy secretaria. Bajo mi cargo hay dos secretarias más. Alguien me dice lo que tengo que hacer. Yo les digo a ellas lo que tienen que hacer. Es todo tan simple que realmente no hace falta. Almuerzo sola y, cuando termino de trabajar, vuelvo a mi casa y me siento a cenar sola. A veces camino por el puerto y miro los barcos. Cuando me dices esos nombres, Oda Sotatsu, Sato Kakuzo, cuando me dices este nombre, Jito Joo, me siento tan lejos. Me cuentas de tu vida y me da pena. Te lastimaron. A mí también. No se terminó. Habrá más. Lo sé. Pero leí tu carta. Yo también te escribí una y ahora puedes leerla. Hace dos días la tiré a la basura, pero la recuperé. Aquí está.

Me la dio.

Creo que ahora me gustaría que te fueras. Ojalá supiera qué decirte.

Se puso de pie. Yo también.

Fui a la puerta y ella la abrió.

Todo lo que pueda decirte yo, o cualquier otra persona, está ahí. Adiós.

2.1_

El testimonio de Jito Joo

Nota del entr.

Cuando llegué a mi casa, abrí la carta que me dio Jito Joo. La leí dos veces de un tirón, la dejé sobre la mesa, me levanté para salir, cambié de idea, me volví a sentar y la leí otra vez.

A continuación te la presento en su totalidad.

Creo en descubrir el amor que existe y luego tratar de entenderlo. No en inventar un amor y tratar de hacerlo existir, sino en encontrar lo que existe, y luego ver qué es. Creo en tratar de entender un amor así a través de otros amores, otros amores que existieron antes. Muchas personas han creado registros de esos amores. Esos registros existen. Se pueden leer. Algunos son canciones. Algunos son solo fotografías. La mayoría son historias. Yo siempre busqué el amor, y lo deseé. Lo busqué de todas las clases posibles. Te escribo para hablarte de Oda Sotatsu, una persona que amé, y que me amó. Aunque sé que habrá quienes hablen de Oda Sotatsu, que puede que hablen de mí, que puede que sepan sobre esta situación, aunque sean pocos, quizás haya algunos que puedan hablar de estas cosas, pero lo que yo sé es lo que sentí y lo que vi. No escribo para comparar ni para entender nada, sino como un registro de amor, para que lo usen los que aman y los que tienen la esperanza de amar. No soy rápida y no sé esconder bien las cosas. Voy a escribir sobre lo que sentí y cómo. Ya verás qué tal me va.

Mi primer encuentro con Oda Sotatsu fue junto a otro hombre, un hombre con el que estaba saliendo, Kakuzo. Era una época extraña, una época mala. A Oda Sotatsu apenas lo conocí, aunque crecimos en la misma zona. La primera vez que lo vi fue poco antes de que lo metieran preso. Habíamos cruzado algunas palabras. El hombre que yo conocí, Sotatsu, existía en su situación, la de una persona sin libertad. Por eso me convertí en su libertad. Sus familiares iban y venían y hacían ruido. Lo iban a ver o les impedían verlo. Para mí no había obstáculos. No sé por qué. Pienso que debió de haberlos, que nunca es tan fácil hacer lo que yo hacía, ver tan seguido a alguien, o tantas veces. Por qué fue así, como decía, no lo sé. Pero en eso tuvimos suerte. Yo era la visita constante de Oda Sotatsu, y fueran quienes fueran los guardias, dondequiera que estuvieran, me dejaban pasar, a veces como su hermana, a veces como una conocida. Siempre me dejaban pasar. Nunca me negaron la entrada, ni una vez. Hay cosas en la vida que suceden así: te lo digo porque a mí me pasó.

Yo estuve con él esa noche, por supuesto. Fui yo la que llevó la confesión a la comisaría. Tenía un precioso sobre verde. ¡Qué liso era el papel! Un papel liso de color verde, plegado y cerrado con un cordel. Dentro, Kakuzo había puesto la confesión. Esa noche nos la pasamos despiertos, Kakuzo y yo. Nos despedimos de Sotatsu en el bar

y nos fuimos a casa. Ninguno de los dos podía dormir. Él se quedó sentado en la oscuridad con el sobre de la confesión en la mano. No había ningún reloj. Simplemente nos quedamos mirando por la ventana. En algún momento después del amanecer, me lo dio. Me dijo: Joo, llévalo ahora. Me puse el abrigo, fui a la puerta, me puse los zapatos y bajé las escaleras. Afuera era un día muy luminoso. Estaba exultante: me sentía como la bisagra de un objeto muy largo. Estaba haciendo girar una puerta a lo lejos. Una puerta estaba girando gracias a mí, y todo sin esfuerzo. Todo ese peso, pero lo soportaba. Llevé la confesión a la comisaría. Llamé a la puerta. El oficial estaba dormido en su escritorio. Se despertó y se acercó refregándose los ojos. Una entrega, le dije. Aquí tiene.

No sabían lo que era, así que quién era yo, supongo, era irrelevante. Me fui y de pronto me enteré de que habían arrestado a Sotatsu. Estaba preso. Era el responsable de las Desapariciones de Narito. De repente. Todo ese día me quedé en casa, y cuando anocheció Kakuzo y yo salimos a comer. ¿Funcionará? ¿Funcionará?, repetía Kakuzo. En el restaurante había una radio encendida. Así nos enteramos de la noticia.

+ +

La gente parece buscar formas simples de decir o saber las cosas, pero yo siempre preferí el camino más largo. Mi madre se reía. Tú siempre eliges el camino más largo. Es verdad. Elijo el camino más largo. Un día mientras Sotatsu estaba preso fui a verlo. Algo en mí había cambiado en la habitación con Kakuzo y me sentía fría, vacía como una botella que arrastró la marea. Pero en la cárcel me sentí joven. No tenía idea de qué era yo. Me lo pregunté. Me dije: Joo, qué eres, mientras cruzaba el pasillo y de verdad no tenía idea.

Cuando llegué a su celda, estaba sentado de cara a la pared. Sotatsu, le dije, soy tu Joo. A partir de ese momento vivimos una historia de otros tiempos. Me miró y fue como si lo hubiera prendido fuego, como si él fuera una efigie que yo había prendido fuego en un festival. Supo

el sentido de todo. Supe el sentido de todo. Le dije: Vendré todos los días. Tenemos una vida nueva.

Si hay quienes dicen que para amarse un hombre y una mujer deben vivir juntos o que deben verse todos los días, incluso que deben vivir en la misma época, pues se equivocan. El que tiene un gran amor lleva una vida que lo prepara para su amor. Ella se arregla durante años sin abrigar esperanzas, pero se asoma a la grieta del mundo. Él duerme dentro de su propio corazón. Ella se seca el pelo con sus lágrimas y se lava la piel con nombres y nombres y nombres. Entonces un día, él, ella, escucha el nombre de la persona amada y aún no significa nada. Puede que vea a la persona amada y que no signifique nada. Pero, en un lugar lejano, se ha puesto a girar una rueda de rayos finos y ese nombre, esa imagen, se vuelve sólido como la piedra. Entonces, dondequiera que él vaya, dice: Conozco el nombre de mi amada, y es…, o: Conozco el rostro de mi amada, y es ¡ella! Y él vuelve al lugar donde ella lo vio, y ella se vacía, se deja derramar como las aguas abiertas, debajo, detrás, a lo lejos, alrededor, capaz de ser tocada con el más mínimo gesto. Y así es como empiezan los grandes amores. Lo sé porque yo fui un gran amor. Yo tuve un gran amor. Me pasó a mí.

+ +

Puse otra cara, por supuesto, cuando volví a ver a Kakuzo. Él no sabía lo que había pasado. No sabía nada. Pero, me dijo. No dejes de ir a verlo. No dejes de ir. No dejaré de ir, le dije. Haz que Sotatsu se atenga a su confesión. Ayúdalo a ser valiente. Valentía no le falta, dije. Este es su mito. Así es, dijo Kakuzo. Es su mito. Quiero hablar de cómo hacía para vivir con Kakuzo, para dormir en su cama y despertarme con él, hablar de que lo conocía todos los días y que no era de él, que estaba con Sotatsu, que era de Sotatsu, que existía entre las visitas a Sotatsu, entre ver a Sotatsu. Vivía una vida que solo ocurría una vez al día durante diez minutos, cinco minutos, una hora, lo que nos dieran.

La joven Joo que iba con Kakuzo adonde Kakuzo quisiera, que se

acostaba con él, que se sentaba en su regazo, ella era menos que nada. La desprecio. Era una cáscara, una forma de esperar y nada más. Cada día al prepararme para ir a la cárcel me ponía mi vida como una prenda y la sangre me corría por los brazos, las piernas, el torso. Inhalaba y exhalaba, viviendo, y salía, viviendo, a las calles hacia mi Sotatsu.

¿Qué sentía él? Algunos dicen que no lo sé. Cómo puedo saberlo, dicen. No lo conocí. Iba a verlo. Hablamos poco. Se dicen esas cosas.

De hecho, sé qué sentía. Te lo diré en términos simples: sentía que estaba cayendo. Se sentía caer por una sucesión de pozos, de hoyos, de simas, y que yo lo esperaba en ventanas, y estábamos juntos un momento mientras él caía por ahí. Entonces yo corría a la ventana siguiente, cada vez más abajo, y él pasaba cayendo, y lo veía de nuevo.

No soy de gritar. No le gritaba nada, ni él a mí. Éramos como ancianos en un pueblo escribiéndose cartas que un chico lleva de una casa a la otra. Así de sigilosos éramos.

Del silencio, solo puedo decir lo que escuché: que conocemos las cosas por lo que hacen o lo que dejan, de modo que hablar no es hablar sino su efecto, y lo mismo con el silencio. Si hubiera un reino silencioso y solo uno pudiera hablar, esa persona sería un rey de belleza intemporal. Pero, claro, acá donde estamos se habla sin cesar y llega un momento en que hablar es menos que no decir nada. Pero aún nos esforzamos.

Una vez me imaginé que había caballos para todos: que todos podíamos montar a caballo e irnos a alguna parte sin esperar todas esas cosas que supuestamente son necesarias. Pensar en eso me hacía llorar: yo, una niñita, lloraba pensándolo, pero me hacía tan feliz que no te lo imaginas. Creo que había visto en algún libro una ilustración de un mar de caballos, y me había hecho sentir así: ¡había tantos! Suficientes para que yo también tuviera el mío, y para que todos nos

marcháramos.

¡Oh, las cosas que le dije a Sotatsu!

Le dije: Sotatsu, anoche soñé con un tren que pasa una vez al año como un barco que va a una colonia lejana. Dije: El barco tiene todos los bienes que la colonia necesita. Hay de todo en ese barco, y los colonos solo tienen que sobrevivir hasta que vuelva el barco y todo saldrá bien. Desde el oeste, ese tren, ese barco, viene por las vías. Todo alrededor parece insignificante. Ese es mi sueño. El tren inmenso es más real que el mundo que lo rodea. Sotatsu, yo no te traigo nada, pero lo que necesitas es lo que te traigo y te lo seguiré trayendo y tú vas a esperar y ser fuerte y salir adelante. No vamos a esperar, tú y yo, no vamos a esperar otra vida. Nuestra vida es esta. No vamos a tener otra, ni necesitamos otra. Aquí todo está arreglado. Nos han apartado del resto, separado del resto, como patas que le sacaron a una mesa. Nos volcamos enteramente la una en el otro, y cuando estamos juntos tocándonos es como si fuéramos la mesa entera, como si la mesa que falta se moviera constantemente entre nosotros, ahí donde nos tocamos, dos patas de una misma mesa.

Le decía cosas así todo el tiempo, y él sonreía. Torcía la boca como quien ata un nudo o abre una carta. Esa era la sonrisa que creó para sonreírme a mí. ¡No sabes cuánto me gustaba! Porque no hubo solo buenos momentos. Cuando lo arrestaron perdió todas sus fuerzas y tardó en recuperarlas. Después lo trasladaron y lo volvieron a trasladar. Empezó el juicio. Terminó el juicio. Lo llevaron a otro lugar, y luego a otro, y a otro.

Para empezar, pronto nos hicimos una rutina. Yo me ponía un abrigo para que no fuera posible adivinar lo que tenía puesto debajo. Le decía: ¿De qué color es la ropa que tengo puesta? ¿Tengo puesto algún color en especial? Y él decía tal o cual color, un color cualquiera. Entonces, yo me sacaba el abrigo y veíamos qué color era. Acertar o equivocarse sobre algo trivial es muy impresionante. Pero él nunca adivinaba. Creo que lo hacía a propósito, pero no lo sé. Al igual que muchas cosas, eso no lo sé con certeza.

Yo le decía: Confiesa, confiésale a tu Joo. Confiesa que estás enamorado de mí. Dilo.

Entonces él decía: Mi Joo, Joo del abrigo y los colores, Joo de todas las visitas. Decía cosas así, queriendo decir que me amaba.

Cuando estábamos cerca, se quedaba muy tieso e inmóvil. Me miraba fijo. Yo quería hacer como si no importara nada, porque así era. Aunque fuera una actuación, si los que actúan son dos ya no lo es. Se vuelve real. Yo le pedí que se muriera. Cuando pudo haber dicho que no había confesado, que no estaba de acuerdo con lo que había dicho. Cuando pudo haber contado toda la historia sin rodeos, sobre Kakuzo, sobre la confesión, y que no sabía nada… se dio cuenta, eso quiero decir, se dio cuenta, porque vino su hermano y se lo dijo, se dio cuenta de que podía decirlo, y de que eso lo liberaría. Pero esa misma noche yo estuve ahí con él, y me lo contó, y yo le dije:

La fila de árboles en el horizonte te es familiar. No has ido a ellos, solo los viste de lejos, siempre por primera vez. Uno mira a lo lejos por la ventana, o baja por una carretera sinuosa, dobla en una curva. A lo lejos, de repente, la fila de árboles. Tiene partes oscuras. Se mueve en sí misma, en su propia extensión. Es meramente cuestión de una especie de promesa. Uno espera que ese bosque no sea igual a nada que exista, o haya existido. Iré ahí, uno piensa, y entraré por ahí, entre esos dos árboles.

Sotatsu, le dije. Yo soy esos dos árboles. Ahora estamos entrando en ese bosque, y el camino de salida no tiene nada que ver con nadie. No te preocupes por nadie. Son solo piedras ásperas que te tironean. Cada persona elige su vida entre todos los roles de todos los teatros. Nosotros somos un prisionero y su amada. Porque a veces yo soy el uno y a veces soy la otra. Tú eres el uno y después la otra. Nadamos en el aire enrarecido y salvaje, como si acabara de empezar la primavera. Nadamos, pero componemos con nuestros sueños el agua que está debajo, y lo que veo me da esperanza. Volveré a ti, mi amor, una y otra vez. Serás mío y de nadie más, y yo también. Daré vuelta la

cara, y te veré cuando esté en otros lugares. Te veré solo a ti.

Entonces supo que yo tenía razón, que era la única que existía para él, la única entregada totalmente a él, la única que lo veía solo a él. Me lo gané. Supo que, desde ese momento, había la posesión más absoluta; ni la tierra, que consume los cuerpos de nuestros hijos, puede tener algo tan completamente: porque solo yo me daría una y otra vez. Damos nuestras muertes y desaparecen. Pero esto lo damos y lo recibimos, lo damos y lo recibimos, lo damos y lo recibimos.

+ +

Volví a casa y le dije a Kakuzo: El hermano ese le dijo que se rindiera. Ríndete, le dijo. Dije: Le dijo que lo haga. Casi lo hace. Él dijo: Más vale que no lo haga. Para quién, dije yo. Más vale que no lo haga, dijo él. Más vale que se lo digas. Se lo dije, dije yo. Muy bien. Me agarró la cara y me dijo: Joo, muy bien. Recuérdaselo.

Kakuzo era una persona necia. Era un necio, alguien que es necio por oficio, por vocación. Pero no un necio en la corte de un rey ni un necio con discípulos. Era un necio solitario, un necio independiente. Era un necio porque no sabía de qué está hecha una vida, y no veía que yo había hecho la mía delante de sus narices. No veía la diferencia, no la veía: su Joo se había ido y la había reemplazado una mujer gris de impermeable que asentía y se quedaba quieta y cocinaba y parpadeaba y parpadeaba. No se daba cuenta de que debía significar esto: que yo estaba viviendo en otra parte, como el niño que mira una foto vieja y deja su cuerpo con un suspiro.

¡Ay! Quiero tanto estar en esa vida otra vez. Hablar de ella así, escribirlo: soy como un patio de sombras cuando el sol se nivela con las nubes más bajas. Me multiplico, pero solo con las valijas hechas, solo donde estoy plantada, en la estación,

con el sombrero a la altura de los ojos. ¿Has visto a otra anciana como

yo? He sido una anciana por mucho tiempo.

+ +

¿Cómo te lo explico, cómo te lo digo en un renglón? Puedo decir que hubo una serie de visitas. Las puedo enumerar y describir una por una. No recuerdo ninguna de ellas. Eso es cierto. Por otra parte, las recuerdo a todas sin excepción. Es más correcto así: puedo decir algo sobre esos días y saber si es cierto o no. Luego lo escribo. A lo falso no lo toco.

En la primera parte de mi vida con Sotatsu, él vivía en la celda de una cárcel donde el sol venía del sur y entraba por la ventana en una avenida propia, donde tenía que encorvarse tanto que cuando llegaba a su casita ya prácticamente no era el sol, sino una anciana harapienta. Pero siempre la estábamos buscando, a esa mujer sol, cuando venía, siempre ansiosos de recibir sus humildes regalos, sus finas delineaciones. Yo decía: Oh, Sotatsu, oh, mi Sotatsu, hoy eres como un magnífico gato de patas largas. Él sonreía y se reía, queriendo decir: Joo, no tengo nada que ver con ese gato que describes.

En la primera parte de mi vida con Sotatsu, él vivía en una canasta sobre el lomo de un lobo que corría hacia el oeste. Yo era una pulga en el pelaje del lobo, y tenía todos los privilegios de mi alto rango. Podía visitar al prisionero. Podía hablar con el prisionero. Ayudaba al lobo a tomar conciencia de su importante profesión. Un día le dije al lobo: En verdad, le dije, estás llevando a un prisionero muy importante, sabes, al otro lado de la frontera. Él dijo: Pulga de mi pelaje, tu trabajo es decirme esas cosas, y el mío es no escucharte.

En la primera parte de mi vida, le conté todo sobre mí a Sotatsu. Le conté que era la menor de catorce hermanos y hermanas (una mentira). Le conté que cuando era chica tenía un vestido con una cola de catorce pies y que mis hermanos y hermanas la llevaban, tan linda

me quedaba. Le conté que hice un curso de pesca en el que siete personas nos metíamos en un arroyo y usábamos catorce manos para tejer una soga y los peces saltaban y se metían en las bolsas de tela que llevábamos colgadas de la cintura. Todas las mentiras eran mentiras de catorce. Quería que supiera sobre mí. También le dije la verdad. Le dije: No vi nada que fuera digno de mí hasta que te vi acostado en esta celda. Le dije: Yo no soy mi entorno ni mi destino y tú no eres lo que diga nadie. Le dije: Diré cosas y tú puedes interrumpirme, pero nadie más. Seré una oradora y hablaré de todos los temas como una radio diminuta oxidándose en una vitrina. Me inventaré los objetos y los hechos más insignificantes del mundo. Los confundiré, los mezclaré como en un frasco y los iré sacando en momentos inesperados. Ese será el límite más diminuto, el rincón más diminuto de nuestro amor: es tanto lo que puedes esperar aún de mí.

En la primera parte de mi vida, me arrodillé junto a las rejas de una celda donde yacía mi amor y lo llamé como una mujer llama a las palomas cuando es vieja y no puede verlas. Hice ruidos con la boca para ahuyentarlas, porque estaba segura de que alguien dijo, alguna vez, que esos ruidos atraen a los pájaros.

Me colgué de las rejas como una sábana. Lloré por él. Sonreí y me reí. Yo era un teatro de cien obras cuyos actores solo pueden interpretar la obra única, la obra primera, creada cuando el teatro, todavía sin construir, se concibe por primera vez. Si tuviéramos un teatro, esa sería la obra que interpretaríamos, y solo nos haría falta una actriz y una tela para que se cubra la cara. Me cubrí con tantas telas, y le enseñé a mi Sotatsu tantas cosas que nadie sabía, ni yo ni nadie más. Cosas que eran ciertas en nuestra vida, pero vacías en el aire común.

En la primera parte de mi vida, me detuvo en la escalinata de la cárcel una mujer, mi madre, quien dijo haber oído adónde iba, a quién iba a ver, haber oído cosas extrañas cuya veracidad insistía en saber. Cuando esa mujer, mi madre, me detuvo en la escalinata de la cárcel, sentí que estaba en una historia de la Grecia clásica, y ella era la que me tendía una trampa. Querida madre, le dije. Una persona va a ver a un amigo y no cambia nada.

En la primera parte de mi vida, me invitaron a actuar en una película vieja de un director principiante. La película se filmó hace muchos años, me dijo. Eres ideal para el papel. Muchas escenas serán escenas nocturnas, pero las filmaremos de día, porque necesitamos toda la luz que haya. Necesitamos toda la luz posible para ver, porque debemos ser claros. No podemos darnos el lujo de ocultar nada.

La primera parte de mi vida se terminó cuando a Sotatsu lo llevaron a la cárcel donde intentaron matarlo de hambre.

+ +

En la segunda parte de mi vida, como sabes, querido amigo, los guardias que se negaban a darle de comer a mi Sotatsu lo hicieron pasar tanta hambre que estuvo al borde mismo de la muerte. Le dijeron: Tienes que pedirnos la comida. Él me dijo: Dicen que tengo que pedirles la comida. Yo le dije: ¿Tú? ¿Tú? ¿Pedirles comida a ellos? Él estuvo de acuerdo en que jamás haría una cosa así. No estoy a cargo de mi vida de esa forma, dijo. Me dijo todo eso sonriendo. Yo le dije todo eso parpadeando. Estaba de pie junto a la jaula con el abrigo puesto y agarrada a las rejas con ambas manos. Lo veía muy hambriento, y más flaco.

En la segunda parte de mi vida, mi Sotatsu se puso flaco casi hasta quebrarse. Se había puesto como el borde de una mano. Quería decirle que comiera, pero no lo hice. En cambio, yo también dejé de comer. Dije: Yo tampoco voy a comer, pero no era tan fuerte como él. Cuando empezaron los mareos, y me costaba levantarme, lo supe: le fallaría. Aunque lo acompañara en no comer, le fallaría en mis visitas. Ya no podría ir a verlo, con las fuerzas que me quedaran. Así que empecé a comer otra vez, apenas lo suficiente, y seguí yendo.

Lo llevaban a la rastra a un juicio. Había empezado el juicio y querían que dijera cosas, entonces lo hacían pasar hambre y le hablaban, lo interrogaban, le decían cosas, le pedían que firmara. A él le temblaban

las manos hasta cuando estaban quietas. Tenía los ojos abiertos: ya no se le cerraban, imagino que es así cuando no comes. Hasta que fue suficiente. Le llevaron comida y empezó a comer. Pero, aunque se la llevaban, no podía comerla. Su garganta se había olvidado de su propósito. La comida sencillamente no pasaba. Así que hubo que volver a entrenarla, y eso llevó varios días.

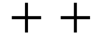
En la segunda parte de mi vida, mi amor fue rescatado de la inanición por una serie de platos de comida. Yo nunca lo vi comer. No se permitían esas cosas. Pero un día lo vi de pie. Llegué de mañana, bastante temprano, y él estaba de pie cuando no había podido ponerse de pie en semanas.

Mi amor, exclamé, mi amor de pie. Qué bien te paras.

Él me miró y me explicó que había empezado a comer otra vez. Que los había vencido. Además, había terminado el juicio. Yo lo sabía, y me alegraba. Tenía guardadas pilas de diarios. Los releía todo el tiempo. Había encontrado en el mapa el lugar donde estaría, y buscado la ruta.

Querido, le dije esa última vez, iré al nuevo lugar contigo.

Así se terminó la segunda parte de mi vida.



En la tercera parte de mi vida, viajé a una prisión construida debajo de la tierra para evitar la luna. Jito Joo era el nombre que les daba, y ellos me dejaban pasar por una abertura angosta. Me llevaban a un pasillo y lo cruzábamos. Me llevaban a una zona acordonada, donde

había unas habitaciones pequeñitas arrodilladas como feligreses, cada cual con la cabeza gacha. Cuando los guardias levantaban una palanca, las habitaciones se abrían, tantas o tan pocas como ellos quisieran. Me dejaban pasar, de repente. A mí, que nunca me habían dejado pasar, de repente me dejaban pasar. Sotatsu estaba sentado en un catre. Se observaba las manos. No me miró. Fue la primera vez que lo vi, creo, en toda mi vida; así lo sentí. Dije: Lo estoy mirando y está ahí. Él levantó los ojos al oír mi voz, y me senté con él, rozándole el hombro y el costado con el brazo.

¿Dónde iremos?

En la tercera parte de mi vida, prácticamente vivía en la celda con Sotatsu. Para ser exacta, por supuesto, casi siempre estaba lejos. Casi siempre estaba en el autobús, yendo a la prisión, volviendo de la prisión en autobús, en casa con Kakuzo, sentada, comiendo, caminando por las calles de nuestra aldea, mascullando saludos. Casi siempre estaba haciendo esas cosas. Pero aun así, como decía, prácticamente vivía en la celda. A la menor oportunidad, me escapaba para ir ahí. Era como una nena que tiene un escondite. ¿Dónde está Joo? ¿Adónde se fue Joo? Encontrarán a Joo en una celda del corredor de la muerte con su amado.

En ese entonces creía que la tercera parte de mi vida era mi vida entera. Me había olvidado de las dos partes anteriores. No esperaba una cuarta. Creía que seguiríamos así. Todos los condenados a muerte estaban ahí desde siempre. Eran muy viejos. Esperaban morirse de causas naturales y que los despidieran con una linda ceremonia budista a la que asistieran los pocos familiares buenos que les quedaran. En esto los alentábamos nosotros, los alentaban los guardias, nos alentaban los guardias. Nos alentaban a todos a creer firmemente que el mundo no acabaría nunca.

Sotatsu, le decía, algunos hablan de las grandes ciudades del mundo donde todo se puede comprar. Yo le decía cosas así, y él se reía. Nos la pasábamos sentados, riéndonos, como veteranos. (Conocí a varios veteranos, y nosotros no nos parecemos en nada a ellos, me decía él con su sonrisa, y yo le decía, no conociste a ningún veterano, pero de

que somos veteranos no cabe la menor duda).

La tercera parte de mi vida fue cuando me dijeron el significado de mi vida. Conocemos el peso de algo cuando ese algo es lo suficientemente fuerte para soportar su propio significado, para escuchar que le digan su propia verdad, y aun así permanecer.

Sotatsu, le dije, soy tu Joo. Vendré a verte para siempre. Todo lo que necesito es una pequeña ocupación, apenas suficiente dinero para el autobús y la comida. No necesito hijos, no necesito objetos. No necesito libros ni música. Soy una gran viajera como Marco Polo, que visita una tierra del interior. Viajo a las entrañas profundas de un lugar entre muros, construido entre los muros de nuestra casa común. Soy una embajadora, una embajada que envían a un único rey. Tú eres el rey, mi rey, mi Sotatsu.

Entonces, él levantaba la mano como diciendo: Esas ideas descabelladas están muy bien, pero hay que ser cuidadosos.

O: Arrojemos hasta esta prudencia por la borda. Seamos como la caballería entera de diez ejércitos.

Esas expresiones de él, ¡cómo me enloquecían! Me ponía de pie de un salto y me volvía a sentar. El guardia venía corriendo, pensando que lo necesitábamos por alguna pequeñez, un vaso de agua o una pregunta.

No, decía yo, es solo que Sotatsu hizo una broma.

Entonces Sotatsu se miraba los pies, que, previsiblemente, estaban haciendo lo que suelen hacer.

En la tercera parte de mi vida, fui a un lugar lejano. Decidí mudarme a un cuarto cerca de la prisión. Decidí que tenía suficientes ahorros, que podía hacerlo. Lo estaba planeando. No se lo dije a Sotatsu. La noche que lo decidí fui a verlo, y me hicieron pasar muy tarde. Te dije que no había obstáculos y así era siempre. Ni un obstáculo. Llegué y entré. Me llevaron a su celda, y el guardia cerró la puerta. Bajó una persiana. No sabía que existía esa persiana, pero la bajó y la celda quedó aislada. Ya no se veía desde fuera.

Hola, mi Sotatsu, le dije, y me acerqué. Fue la última de todas mis visitas, y la más larga. Cuando me fui el sol estaba a medio camino en el cielo. Ya había pasado el autobús. No había más autobuses hasta el día siguiente, pero pasó uno. Una ruta desierta proyectándose en ambas direcciones. Luego, la amigable trompa de un autobús en marcha. El conductor me dijo: Tienes suerte, jovencita. Hasta mañana no van más autobuses en esta dirección. Por esas cosas, yo me perdí. Y me llevó de regreso hacia Sakai.

Cuando me fui ese día sentí que regresaría de inmediato. Esperaría a que se pusiera el sol y saldría. Volvería a tocar el timbre y me dejarían pasar por las puertas de acero. Me pedirían que vaciara mis carteras, que dejara mis cosas y que pasara frente a mil ventanas diminutas con sus respectivos ojos. Me había acostumbrado tanto a esas cosas que me calmaban. Las esperaba como una serie de gestos. Estaba segura de que nada me las podría arrebatar. De que no se podían terminar ni lo harían. Sonará tonto, pero no lo creía. Ni mi Sotatsu ni yo: no lo creíamos.

Esta es una carta sobre Sotatsu que fue mi amor; esta es una carta sobre mi única vida de verdad, que tuvo tres partes. Ahora estoy en la cuarta parte de mi vida, y ha sido falsa. Ha sido una parte falsa. En mi opinión, te dan la parte falsa al final.

3_

Por último, Kakuzo

Nota del entr.

Kakuzo, Kakuzo. Sato Kakuzo. A lo largo de la investigación su nombre no hacía más que aparecer, pero siempre me llevaba a un callejón sin salida. Sentía que, para completar la historia, debía encontrarlo. Quiso la suerte que lo lograra, pero al final, y solo tras una larga búsqueda que culminó en un gran golpe de suerte.

Esto fue lo que pasó:

Alguien como Sato Kakuzo, pensé, es imposible de encontrar salvo que quiera ser encontrado. La pregunta era: ¿cómo lograr que quiera ser encontrado? ¿O que se muestre? Tenía una noción de la vanidad de Kakuzo. Sentía que no era un nihilista, y que creía firmemente en la historia, en un desfile de la historia. Estaba seguro de que no le gustaría la idea de un relato erróneo, de ningún relato erróneo. Y si fuera a aparecer en alguna parte un relato erróneo de él en particular, o de algo que hubiera tenido que ver con él…

Estaba seguro de que Kakuzo querría corregir la historia; a fin de cuentas, todo indicaba que había sido el arquitecto original; fue él el que escribió la confesión.

Así que lo que hice fue esto: le pedí a un amigo periodista que me dejara publicar un artículo conmemorativo sobre las Desapariciones de Narito en un diario de Sakai. Intencionalmente, lo dejé afuera por completo. Un largo artículo sobre el suceso más importante de su vida, y ni una palabra de Sato Kakuzo. Naturalmente, mi amigo tenía reparos en publicar algo así, pero al final lo hizo.

Esperamos una semana. Un día, luego otro. Empecé a temer que se hubiera muerto, o que llevara décadas viviendo en otro país. ¿O a lo mejor no había visto ese diario? A lo mejor odiaba los diarios. Al cabo

de una semana, tuve la certeza de que jamás lo iba a encontrar.

Pero el ardid funcionó. Una semana y media después de publicar el artículo, las oficinas del diario recibieron una carta repleta de indignación. Qué idiotas habían sido, decía la carta, de publicar puras falacias sin referencia alguna a la verdad. ¿Eran periodistas o qué? Hubo un tiempo en que los diarios guardaban una relación con la verdad. ¿Se había perdido por completo ese compromiso? Y muchas otras cosas por el estilo. La carta estaba firmada por Sato Kakuzo, y en el sobre estaba escrita la dirección del remitente.

Me puse en contacto con él, y accedió a verme.

Nuestro lugar de encuentro era una especie de casa flotante y café en la costa. Llegó muy tarde, más de una hora. Estaba a punto de irme cuando entró un auto en el estacionamiento. Era él. Kakuzo tenía puesto un sombrero viejo de pescador, un saco de tweed y pantalones de corderoy. Parcía un hombre mayor totalmente inofensivo. Hablaba en un inglés claro y sin acento. Me había traído varias cosas. Ya que iba a contar la historia, quería que la supiera entera.

Esa entrevista fue la única vez que logré reunirme con él. Sin embargo, los materiales que me dio me requirieron muchas horas de estudio, y al final sentí que había pasado mucho más tiempo con él del que pasé en realidad. Algo que hay que destacar es la fuerte personalidad de Sato Kakuzo. Para cuando terminó la entrevista, no me sorprendía que hubiera convencido a Oda Sotatsu de firmar la confesión. Sinceramente, podría haber convencido a cualquiera de hacer lo mismo.

Entrevista (Sato Kakuzo)

[Nota del entr. Primero nos sentamos en una mesa junto a la ventana, pero el sol cambió de posición y había mucha luz, así que en la mitad de la entrevista tuvimos que cambiar de mesa. Las dos veces Kakuzo eligió la silla que quiso y se sentó, sin consultar mi opinión al respecto. Como el entrevistado era él, supongo que no era del todo injusto. Advertí con interés que siempre elegía el asiento que miraba hacia la puerta. Cuando le pregunté si podía grabar la conversación, me dijo que no. Solo cedió después de haber conversado un rato].







entr.

Entonces, ¿se había inspirado en los situacionistas franceses? ¿Se inspiró en las revueltas del sesenta y ocho? ¿Por eso se metió en

problemas en Sakai y tuvo que volver al pueblo?

kakuzo

¿Conoce la fábula del picapedrero?

entr.

No.

kakuzo

Es una vieja fábula, persa, si no me equivoco. La leí por esa época, y me hizo sentir, de algún modo, que ciertas cosas podrían ser posibles. Sentí que algunas cosas que creía que había que tildar de imposibles en realidad eran posibles, con el mayor de los esfuerzos.

entr.

¿Qué dice la fábula?

kakuzo

Un rey sale a cabalgar con sus nobles, montados en los mejores corceles jamás vistos. Cabalgan más allá de los límites de la ciudad donde vive el rey. Cruzan campos y agotan más de un camino. El del rey es un magnífico caballo nuevo, distinto de todos los que había tenido hasta entonces, y por eso le da rienda suelta, y el caballo lo lleva más lejos de lo que ha ido nunca. El rey y sus nobles cabalgan tan lejos y tan rápido que quedan aturdidos, pero la sangre se les sube a la cabeza y el corazón les late con una fuerza tan tremenda que lo único que quieren es galopar y galopar. Sopla el viento y el tiempo da vueltas en el aire, las nubes giran como ruecas. Los caballos aminoran la marcha y se detienen ante una modesta vivienda al costado del camino. Es la cabaña de un picapedrero. El rey se baja del caballo y se dirige a la puerta. Llama a la puerta y la abre un anciano de crueles manos pálidas, puro hueso y nervio. El anciano le da la bienvenida al

grupo y los recibe en su cabaña. Curiosamente, hay espacio para todos. No hay nadie que no quepa en la mesa. Los nobles se sientan a la mesa hombro con hombro, y el rey se sienta en una punta. El picapedrero se sienta en la otra. Les daré de comer, dijo el picapedrero, pero esta comida no se parecerá en nada a la de ustedes. Los nobles se quejaron: dijeron que querían tal o cual cosa, preguntaron si había tal o cual cosa, pero el picapedrero los miró y ellos le miraron las manos, e hicieron silencio. Habló el rey, y dijo que habían venido como mendigos, y que estaban felices simplemente de haber sido recibidos. Ningún rey había dicho jamás una cosa así. Entonces, el picapedrero fue a la despensa y les trajo un ganso que se parecía a una niña. Les trajo un venado que se parecía a un niño. Les trajo un pan que era como el cabello de cien cortesanas, trenzado como una soga. Les trajo una miel que era como la sangre de una cabra. No coman esta comida, dijeron los nobles, pero el rey se rio. El picapedrero los observaba mientras hablaban, y el rey se rio y dijo: Donde te lleva un corcel veloz hace falta coraje. Pero los nobles murmuraron por lo bajo: Algunos corceles son demasiado veloces. Entonces empezaron a servir los platos, colmándolos casi hasta el techo, y los iban pasando, y el rey siempre elegía primero, y se servía y comía, se servía y comía, se servía y comía. Jamás había probado una comida así. Y enseguida todos se quedaron profundamente dormidos, y el picapedrero se levantó de la mesa. Así termina la primera parte.

entr.

¿Qué pasa en la segunda parte?

kakuzo

¿Quiere escucharlo?

entr.

Sí.

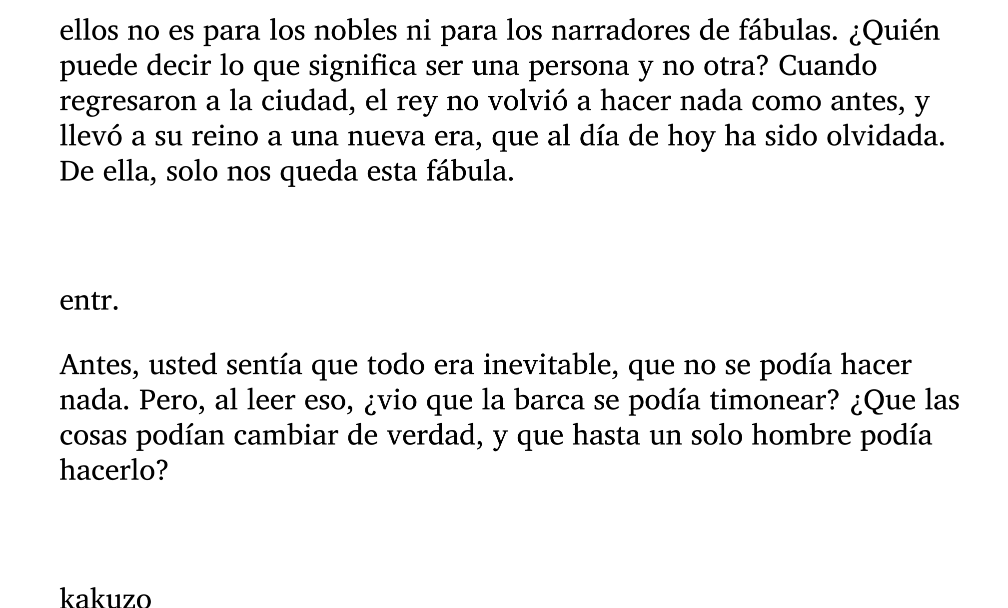
kakuzo

A la mañana siguiente, el rey se despierta y descubre que el picapedrero es él. No hay nobles en la casa. No hay caballos en el campo. Solo las sobras de un enorme festín que se terminó en algún momento de la noche. Se mira las manos y ve lo aterradoras que son, ve el hueso blanco, los tendones que no es capaz de resistir la piedra. Pero es un rey. Emprende el camino hacia su reino, siguiendo la huella de los cascos de los caballos. Camina durante diecinueve días. Diecinueve días tarda en recorrer lo que los caballos más veloces habían logrado en una arremetida de velocidad incansable. Pero persevera, y al decimonoveno día llega a las puertas de su ciudad. Se presenta, y los guardias le niegan el paso. ¿No tienes nada para vender?, le preguntan. ¿No tienes dinero para comprar? ¿A qué vienes a esta gran ciudad? ¿Acaso no lo sabes?, le preguntan. ¿Acaso no sabes que esta es la ciudad más rica y opulenta del mundo? Y un miedo que alberga en el corazón le impide al rey revelar quién es. Me voy, les dice, a explorar el terreno. Y camina un poco hasta llegar a un campo desierto, y encuentra una piedra. Se sienta junto a la piedra y pasa las manos sobre ella. Le pasa las manos una y otra vez, y en ese momento sabe las cosas que sabe el picapedrero y rompe la piedra y la vuelve a unir y la rompe y la vuelve a unir y la rasga como si fuera de tela. Cuando termina, ha hecho un rompecabezas de la trama más fina, un rompecabezas de piedra. Se lo guarda debajo del manto andrajoso, y regresa a las puertas de la ciudad. Ahí espera hasta la mañana, y cuando el primero de los guardias en despertarse levanta los ojos al sol, ahí está él.

Tú otra vez. ¿No tienes nada para vender? ¿Tienes los medios para comprar? El rey se levanta el manto para mostrarle el rompecabezas de piedra, y el guardia recorre con la mirada las líneas y giros y aristas imposibles. Se retuercen, dan vueltas y más vueltas y convergen en la nada, en ningún lugar. Prueba de nuevo, y de nuevo, no llega a ninguna parte con el rompecabezas, con la mirada en el rompecabezas. Muy bien, dice. Bienvenido a la ciudad, y le abre la puerta. El rey esconde el rompecabezas y se adentra en las calles de su propia ciudad. Nunca la había visto tan bien. Los comerciantes abren sus puestos en las plazas y en las calles. Alimentan a los animales, les dan de beber, los carnean, los despellejan, los trocean, los cepillan, les ponen cintas en las crines. Él encuentra el camino familiar al castillo. Llega a otra puerta. Quiero ver al rey, dice. Cualquiera tiene derecho, le dice el guardia, de ver al rey. Pero puede ser tu fin. El guardia le baja la capucha al rey y le observa la cara. Pero no ve a nadie que conozca. Jamás ha visto a esa persona. Buena suerte, le dice, y abre la puerta.

Entonces el rey llega al patio de su propio castillo. Recorre los pasadizos como un suplicante más, junto con los otros que han venido a pedir algo. Son innumerables, pareciera, y los hacen pasar, todos juntos, a una sala interna donde el rey vendrá a hablar con ellos. El propio rey está atónito. Él nunca habló con los suplicantes. No conocía esa sala. Pero pasa una hora, y otra, y llega un consejero y se sienta en una silla alta. Soy el rey, dice. Yo te conozco, piensa el rey. Eres un simple consejero. Así que el rey se las arregla para ser el último de todos los presentes, y espera, y cuando ya todos han hablado con el consejero, y cuando todos se han ido, se presenta a sí mismo diciendo: Tengo algo que decirle al rey, pero tú no eres el rey. No soy el rey, admite el consejero, bajándose de la silla, pero vamos a verlo ahora mismo. Entonces atraviesan más pasillos y cruzan más patios, el consejero, el rey y los guardias, y entran en otra sala, donde hay otro consejero, sentado en una silla aún más alta. Conozco a todos estos hombres desde siempre, piensa el rey, y nunca supe… Pero enseguida lo empujan hacia delante. Aquí tienes al rey, le dicen. Dile lo que quieras. Tú no eres el rey, dice él. Yo vine a ver al rey. Entonces descorren la cortina que está en el fondo de la habitación, una cortina opulenta, pesada y ornamentada, y hay otro pasadizo, y lo cruzan, el rey, el primer consejero, el segundo consejero y los guardias, y llegan a un lugar donde los guardias no pueden pasar, y los consejeros acompañan al rey, uno a cada lado. Tiene la ropa tan sucia, el rostro tan curtido por el viento, la lluvia y el sol, que casi no soportan su cercanía, pero siguen avanzando juntos. Entran en la última sala. Ahí sentado está el rey, y se reconoce a sí mismo. ¡Cuántas veces ha visto ese rostro! Se dirige hacia él, y cuando el rey en su trono percibe las vestiduras del picapedrero, cuando percibe sus manos, cuando percibe que el picapedrero ha superado todos los obstáculos para llegar hasta él, abre los ojos grandes como un búho y pone el grito en el cielo. ¿Quién dejó entrar a este hombre? Para los consejeros, el que está ahí es un humilde picapedrero, de pie ante su rey. Y eso es lo que ven. El rey estira los brazos y el picapedrero se abre el manto y saca su rompecabezas imposible, esa creación de piedra y luz. El rey lo recibe en sus manos y lo vuelve a convertir en la piedra que era, y lo deja junto a él, como en el campo.

Entonces el rey se despierta, y es de mañana. Los nobles ya ensillaron los caballos. Vamos, dicen, es hora de irnos. Y el rey se despereza en la mesa donde estaba durmiendo y se dirige a su caballo. Sale el picapedrero de la cabaña y mira al rey a la cara. Lo que pasa entre



ellos no es para los nobles ni para los narradores de fábulas. ¿Quién puede decir lo que significa ser una persona y no otra? Cuando regresaron a la ciudad, el rey no volvió a hacer nada como antes, y llevó a su reino a una nueva era, que al día de hoy ha sido olvidada. De ella, solo nos queda esta fábula.

entr.

Antes, usted sentía que todo era inevitable, que no se podía hacer nada. Pero, al leer eso, ¿vio que la barca se podía timonear? ¿Que las cosas podían cambiar de verdad, y que hasta un solo hombre podía hacerlo?

kakuzo

Exacto. Sentí que podía ser el picapedrero.

entr.

Pero no hay reyes. Aunque usted fuera el picapedrero, no entiendo…

kakuzo

Ahora el rey es en general. La monarquía se ejerce en general. Es lo que tolera la gente.

entr.

Entonces, para que cambien de perspectiva, usted tendría que…

kakuzo

Tenía que hablarles a todos al mismo tiempo.

entr.

Pero era joven, y estaba buscando su rumbo. ¿Cómo hizo los planes? ¿Cómo los puso en marcha? Eran los años setenta. ¿Una formalidad civil y legal no era lo último que la gente tenía en la cabeza?

kakuzo

No es así. Algunos estábamos preocupados. Nos parecía que Japón tenía la posibilidad de convertirse en lo que ninguna nación fue ni ha sido: un lugar justo de verdad. Eso quería yo, más que nada. A mi manera, diría, aunque algunos no estén de acuerdo, diría que soy…

entr.

¿Un hombre de principios? ¿Un patriota?

kakuzo

Quizás no en el sentido de alguien que obedece al emperador, que renuncia a todo por la causa de otra persona. Yo renuncié a todo, pero por mi propia causa.

entr.

¿Realmente fue así? ¿O lo convenció a Sotatsu para que lo hiciera por usted?

kakuzo

Su vida era un cero. No habría llegado a nada. En cambio, mire: alguien está escribiendo un libro sobre él.

(Se ríe, escupe en el piso).

entr.

Yo no…

kakuzo

Me fui de la ciudad y volví al pueblo. Me reencontré con una chica llamada Jito Joo. Nos fuimos a vivir juntos. Había sido mi novia unos años antes, pero lo nuestro no había funcionado. Me fui. A mi regreso, volvimos a estar juntos. Oda Sotatsu era un viejo amigo. Empecé a pasar tiempo con él. Todos nos sentíamos igual, muy limitados, muy enojados. Joo y yo nos pasábamos la noche entera hablando de qué podíamos hacer para escapar, de formas de cambiar las cosas. Varios de mis amigos habían caído presos y estaba enojado con el sistema judicial. Sentía que estábamos muy atrasados en comparación a cómo eran las cosas en otros países supuestamente civilizados.

entr.

¿Así nació la idea de la confesión?

kakuzo

En parte, sí. En parte fue por eso, y en parte fue solo el enojo.

entr.

¿Lo ayudó alguien a preparar la confesión?

kakuzo

Un amigo de Sakai, no diré su nombre, un abogado. Me ayudó con el primer borrador. La intención era que fuera vinculante legalmente, hasta cierto punto. Por supuesto, era difícil que fuera realmente vinculante. Pero la hicimos tan vinculante como pudimos.

entr.

¿Y desde el principio pensó en Sotatsu? ¿Sabía que sería el indicado?

kakuzo

Sentía, y no era el único… Sentía que yo era demasiado importante, por ser el organizador, para ir preso. No me parecía que ese fuera mi papel.

entr.

¿Le parecía que era el papel de Sotatsu?

kakuzo

Era ideal. Sabía que era una persona honrada, que tenía excelentes recursos internos. También sabía que había adoptado una mirada, digamos, sombría. No era muy feliz en esa época, cuando yo volví. No me sorprendió que aceptara.

entr.

Debo decirle que he estado en contacto con muchas personas en el transcurso de esta investigación. Entre ellas, toda la familia Oda, y Jito Joo.

kakuzo

¿Joo también?

entr.

Sí.

kakuzo

Cuidado en quién confía. Todos tienen su versión, y la mayoría son falsas. Es más, le digo abiertamente:

son todas falsas. Yo puedo ayudarlo a entender lo que pasó. Tiene que entender, señor Ball, que el mundo está compuesto casi exclusivamente de tontos sentimentales y de bestias.

entr.

¿Y cuál de los dos es usted?

kakuzo

(risas)

entr.

En serio.

kakuzo

Una bestia sentimental, diría. Bienintencionada, pero sin sentimientos hacia los demás.

[Nota del entr. En este punto Kakuzo me entrega la cinta de la primera noche: la cinta del preciso momento en el que covencieron a Sotatsu de firmar la confesión. Me quedé atónito. Al principio, me costó creer en su veracidad, pero cuando la escuché supe que no podía ser otra cosa. Entre las muchas cosas que tenía de extraño y de hermoso, una era que las voces de Kakuzo y de Joo eran distintas de cuando yo había hablado con ellos, pero sutilmente. Era el peso del tiempo, de todo el tiempo que había transcurrido desde que se grabó la cinta, y de todas las cosas que habían pasado].

[Después de entregarme los materiales, Kakuzo no quiso seguir con la entrevista. Solo me dio la cinta de esa primera interacción, y una serie de declaraciones. Incluyo las declaraciones a continuación, textualmente (solo con los cambios de mi nota inicial). Las declaraciones eran de épocas muy distintas, y algunas hasta precedían a los hechos. Las enumero en la página siguiente].

Declaraciones (Sato Kakuzo)

[Nota del entr. Las declaraciones eran copias en papel carbónico de los originales que Kakuzo guardaba en su poder. De vez en cuando me costó descifrar alguna palabra. En esos casos, traté de preservar la claridad del significado y elegí las expresiones menos extravagantes o extrañas. Algunas declaraciones eran papelitos sueltos. Otras estaban impresas en hojas más grandes, con diagramas y texto explicativo. No las incluyo a todas, ya que la relación que guardaban algunas con el tema en cuestión era cuando mucho tangencial].

1. Las Desapariciones de Narito: plan maestro

2. La invención de un crimen

3. Las confesiones y la idea de la confesión

4. Joo y la puesta en práctica

Las Desapariciones de Narito: PLAN MAESTRO

1. Varias personas son secuestradas de sus hogares.

2. Alguien confiesa.

3. El confeso es llevado a juicio.

4. El confeso es ejecutado.

5. Reaparecen las personas secuestradas.

6. El mecanismo gubernamental reconoce su falta públicamente.

El primer punto se debe ejecutar con total discreción. Las fuerzas policiales no deben interceder por ahora. Debe ser fácil de ejecutar, pero requiere planes minuciosos hechos con mucha anticipación, y el uso de recursos específicos.

En el segundo punto debe participar: a. una persona inquebrantable (que esté comprometida con la causa y la comprenda a la perfección); o b. una persona que demuestre ser inquebrantable por motivos arbitrarios, motivos de peculiaridad; en otras palabras, un excéntrico.

El tercer punto procederá de manera natural, lo mismo que el cuarto.

El quinto punto es un suceso artificial, provocado por el anuncio del cuarto.

El sexto punto es el desenlace esperado, y se puede llegar a él por la pompa y el espectáculo del quinto, en particular por la intencionalidad del quinto, y por su modo de endilgar la responsabilidad.

La invención de un crimen

La invención de un crimen es un asunto especial. El crimen no existe, entonces se lo inventa. No se lo comete. Al crimen no se lo comete jamás; solo se lo inventa. No se lo lleva a cabo, pero parece que se lo lleva a cabo. La impresión de haber sido llevado a cabo crea el crimen a los ojos de las masas que claman orden. Entonces, la persona que asume la culpabilidad del crimen que nunca ocurrió es arrestada (o se entrega) y castigada. El castigo, por supuesto, es real. Si la sociedad tuviera los recursos para detectar que el crimen es un crimen inventado, y vincularlo con una ejecución inventada, tampoco cometida (aunque pareciera que sí), entonces el crimen no se habrá cometido, su condición de no cometido quedará al descubierto y se liberará al criminal. El sistema habrá demostrado su eficacia al extremo. Las probabilidades de que esto ocurra son nulas.

La invención de un crimen no es competencia de la mente criminal, ya que, en esencia, no implica ningún crimen. Los principales involucrados, tanto las víctimas como los artífices, son cómplices del hecho. Algunos han opinado que eso es siempre así (por naturaleza). Aquí no concedemos ni defendemos esa postura. Aquí solo decimos esto: todas las personas involucradas en el «crimen inventado» forman parte de una organización creada con el fin de planear el «crimen inventado», y todas tienen conocimiento del proyecto en el que se han implicado. La única excepción puede (y debe) ser el confeso, si pertenece a la segunda categoría (mencionada anteriormente).

La acción criminal debe generar en las masas un miedo tremendo, pero mayormente infundado. En otras palabras, el miedo generado debe ser arquetípico, no debe vincularse efectiva y causalmente con el crimen. El miedo debe ser inspirado. Cualquier conexión directa entre el miedo y el hecho criminal podría suponer alguna infracción y, en última instancia, constituir un crimen real, verdaderamente punible.

La organización debe contar con miembros capaces de un silencio prolongado y gran discreción. Reclutar a personas así es la principal

dificultad que enfrenta cualquier organizador al fundar una organización de este estilo. Es aun más problemático cuando el problema ético para combatir el cual se creó la organización es impreciso y complicado por naturaleza.

Dicho eso: algunas observaciones sobre la confesión.

Las confesiones y la idea de la confesión

Es parte integrante de nuestro proyecto humano, es decir, parte integrante de la sociedad, darle al consenso un poder que no le corresponde.

Es decir que, si un hombre prepara una sopa, una sopa que a todas luces es mala, y otro la prueba con la punta de la cuchara y le dice al primero: «Qué buena sopa», entonces se dice que la sopa es buena. Se la considera buena. Cumple su propósito de sopa. El consenso con respecto a la sopa es que la sopa es buena. Quizás vuelvan a prepararla de la misma forma. Llegan otros, quizás dudando en su fuero íntimo de su capacidad de juzgar con precisión si una sopa es buena o no, y escuchan ese veredicto sobre la sopa. Prueban la sopa y saben que es buena. No juzgan la sopa por sí mismos; nadie les dio ese poder: en cambio, escuchan el consenso inicial.

Cuando un hombre comete un crimen en una sociedad justa, solo debe ser llevado a juicio si la prueba de ese crimen se puede ver. Ningún documento imaginario, es decir, ningún documento que ataña únicamente a la mente humana sin relación con el mundo, debe usarse en un juicio o una condena.

Que como seres humanos creemos ver cosas

que no vemos.

Que arriesgamos nuestra vida y nuestra reputación

por ellas.

Que como seres humanos creemos haber hecho cosas

que no hicimos.

Que arriesgamos nuestra vida y nuestra reputación

por ellas también.

Señoras y señores, está claro que el mecanismo de la ley no puede descubrir todas las aristas. No puede hallar todas las pruebas. Es parte de la naturaleza del mundo que todas las pruebas se desvanecen, a veces en cuestión de minutos. Es parte de la naturaleza del mundo que el desvanecimiento de las pruebas no (siempre) procede con malicia o intención. Sencillamente, el mundo se renueva. El caos y el orden asoman la cabeza alternándose como dos vientos que se rasgan mutuamente la mejilla.

Siendo así, pronto se determinó (en las etapas primitivas de la ley) que podía procurarse un elemento, un elemento liberador, en la búsqueda de la justicia. Ese elemento liberador se puede dividir en dos partes:

1. La primera: el testimonio de testigos.

2. La segunda: la confesión.

El hecho de que una persona haya visto algo, con sus propios ojos, desde hace tiempo se considera parte del proceso judicial, sin embargo, nunca se le dio el lugar prominente que ocupa hoy en día, principalmente porque nunca se le tuvo respeto a la opinión de ninguna persona en particular por el hecho de ser persona. Es decir, en otras épocas, el hecho de existir como ser humano no le adjudicaba a uno la plena capacidad de afirmar algo y de ser, al mismo tiempo, la prueba de lo que afirmaba.

En otras épocas, las pruebas se obtenían así: apelando a los dioses.

Esa mediación se manifestaba de varias formas: por medio de un combate, del fuego, del agua. Esa, entonces, era la prueba. La prueba no era la acusación, ni la declaración de nadie.

Dicho eso, siempre que alguien ha estado dispuesto a confesar un crimen, en general se lo ha podido dar por autor de ese crimen. Se trata de una postura errónea: es imposible saber si alguien tiene la verdad de algo, especialmente en lo que atañe a sí mismo. Nuestro conocimiento de nosotros mismos es el menos fiable de todos. Sin embargo, solemos defender nuestras propias causas con tanto ahínco que se considera eficaz dar por sentado que, si una persona considera que es imposible seguir defendiendo su propia causa, debe ser culpable. De lo contrario, ¿por qué no seguiría declarando su inocencia?

Es, ante todo, un juicio que favorece la eficiencia a expensas de la verdad lo que permite que las confesiones sean viables.

Toda condena verdadera debe proceder de una investigación científica cuyos resultados puedan replicarse (y que se demuestre que son replicables). El involucrado no necesariamente debe participar en la investigación de su delito ni en el juicio posterior. El mundo por sí solo debe presentar toda la información y todas las pruebas. A falta de pruebas así, no se puede probar el crimen sin lugar a duda, y no se debería condenar ni castigar a la persona.

Joo y la puesta en práctica

[Nota del entr. Este era el más reciente de los papeles. En mi opinión, las páginas anteriores eran notas viejas, escritas por Sato Kakuzo antes de las Desapariciones de Narito, probablemente incluso antes de partir de Sakai. Este papel, en cambio, hasta era posible que lo hubiera escrito el año que lo recibí, o cerca de esa fecha, mucho después de que cualquier resto de conmoción por las Desapariciones de Narito hubiera pasado al olvido. Empieza con una vaga indicación temporal, pero no es seguro que sea fiable].

La participación involuntaria de Jito Joo

Escribo esto para explicar la participación involuntaria de Jito Joo en los acontecimientos del año pasado. Si el documento será leído mientras yo esté con vida, si será destruido antes de que nadie lo vea, si lo verán la semana próxima tras arrestarme por alguna otra acusación, ¿quién lo sabe? Lo escribo para despegarme de cualquier confusión que pudiera haber con respecto a Jito Joo, para decir todo lo que sé sobre la verdad del asunto.

Conocía a Jito Joo desde antes de volver de Sakai. Cuando retomamos nuestra relación, ninguno de los dos se sorprendió demasiado. Nos habíamos llevado bien antes de que me fuera; nos llevamos bien después. Fue solo una dislocación geográfica la que hizo que dejáramos de vernos. Fue una reunión geográfica la que nos llevó a retomar la relación.

Debo decir, además: Joo era más inteligente, más despierta y más lista que cualquier otra chica que conociera, tanto en Sakai como en el resto de Osaka. Eso solo fue determinante para mí. Odio tener que repetir las cosas, y con Joo nunca hace falta. También compartíamos ciertas afinidades de temperamento, y de punto de vista político. A mi juicio, la política de nuestra vida diaria es inextricable de la política

general del mundo. Por eso, cuando nos sentíamos confinados, cuando Joo y yo, en nuestro pequeño departamento, nos sentíamos confinados, buscábamos formas de escapar.

Había estado leyendo mucho. Había leído sobre los intentos de varios franceses de disipar el aire opresivo que se infiltra en la vida cotidiana. Debord, Vaneigem y otros habían hecho varios intentos, tanto de inspirar como de actuar por sí mismos. Esto llevó directamente, como explicaré más adelante, a los sucesos que provoqué, que Jito Joo y yo provocamos, en la prefectura de Osaka.

Ya lo había planeado. Tenía una noción de lo que quería hacer. Había identificado un término, había visto algo específico, que sentía que había que saturar hasta que explotara. Ese algo específico, ese elemento, era la confesión. Sentía que no se la había cuestionado lo suficiente. Sentía que había que señalar su duplicidad innata, su divergencia esencial de la verdad o los hechos, para que todos vieran lo que era realmente. Pero fuera donde fuera, hablara con quien hablara, me quedaba atónito. El tema no estaba claro; este tema, tan claro para mí, no estaba claro para los demás. Evidentemente, lo vi como una oportunidad que había que ejecutar cuanto antes, si se me permite la expresión.

Así que, volviendo a la narración, estaba viviendo con Joo. Tenía un plan, pero ningún ayudante. Trabajaba en el puerto, iba a trabajar a las dársenas y volvía agotado. Estaba enojado. Estaba enamorado. Además, tenía miedo: no sabía si Joo adheriría como yo a los elementos precisos de mi plan y, una vez que se lo confiara, había que seguirlo al pie de la letra, o fracasar.

Por eso le tendí una trampa. Por eso el primer contrato no fue el contrato que firmó Oda Sotatsu. El primer contrato, celebrado de la misma manera, tras un supuesto juego de azar, fue el contrato que firmó Jito Joo. Me avergonzaba de haber tenido que hacerlo, de haber tenido que perpetrarlo. Pero con el tiempo supe que ella nunca habría accedido a las crueldades que tendría que hacer una y otra vez si no hubiera sido por su acuerdo, y por su lealtad a lo que consideraba su honor.

Joo y la puesta en práctica 2

Una noche, Joo y yo nos pusimos a jugar a un juego, un juego de azar, de comparar cartas, de sacar y comparar cartas. Ninguno de los dos ganaba más que el otro. A veces ganaba ella; a veces ganaba yo. Nuestro método al principio era jugar por prendas. Cuando la carga de inventar las prendas se nos hizo muy pesada, pasamos a consecuencias preacordadas y más peligrosas. Empezamos a cortarnos con un cuchillo si perdíamos. Yo me tiré de un segundo piso y me lesioné la pierna. Ella se arrojó delante de un auto y lo forzó a descarrilarse. Doy estos ejemplos como prueba del estado mental en el que actuábamos. Estábamos enamorados, yo de ella y ella de mí. Estábamos enamorados del mecanismo que usábamos para repeler la presión sofocante de la conformidad. Al mismo tiempo estábamos desesperados, porque, después de cada arqueo de la espalda, el peso nos volvía a empujar hacia abajo, con la misma fuerza de antes.

Pero tenía mi plan. Joo no sabía nada. Le dije: Joo, esta vez vamos a redactar un acuerdo. Vamos a hacer un contrato. El contrato someterá a uno de los dos a la voluntad del otro durante un tiempo. Ella objetó. ¿Un tiempo? Qué banal. Por qué no por el plazo de un proyecto, por qué no por lo que durara algún proyecto, que podía ser una semana o un año o más. Esas eran las sugerencias que hacía Joo. Estuve de acuerdo, y fraguamos los términos del trato. El perdedor estaría obligado a obedecer enteramente al otro dentro de los confines de la operación, del proyecto en particular. Fuera de este, podía actuar a voluntad, pero solo en la medida en la que sus actos no afectaran la exitosa ejecución del proyecto.

Lo escribí. Firmamos la instauración de un acuerdo: que el perdedor de nuestro juego de cartas estaría obligado a firmar el documento. Lo fechamos.

Luego, nos sentamos enfrentados. Puse el mazo entre los dos. Ella cortó y sacó una carta. Yo corté y saqué otra. Yo gané y ella firmó el acuerdo. Así de simple. Había puesto las cartas en orden, y sabía

dónde encontrar mi carta ganadora. Ella no adivinó que sería capaz de algo así. No se dio cuenta de que estaba tratando de conseguir algo, algo por lo que estaría dispuesto a hacer trampa. Pero así era, y así lo hice. Y desde ese momento tuve la obediencia absoluta de Jito Joo en todo lo relacionado con las Desapariciones de Narito.

Nunca se echó atrás, ni amenazó con hacerlo. Nunca pidió ver el contrato. De hecho, no lo guardé. Lo destruí de inmediato, el mismo día que lo firmó. Ver un documento así, y recordar mi conducta en relación con él… no quería saber nada. Tenía la mirada puesta en el futuro. Pensaba en cómo usar a Joo, y en cómo provocar una dislocación en la vida de mi sociedad.

La puesta en práctica

Como se habrán imaginado, el partido de cartas, el que jugamos con Oda Sotatsu, fue igual de corrupto. Joo y yo lo llevamos al bar; lo emborrachamos. Joo coqueteó con él. Yo lo adulé. Era un hombre en una situación difícil. Su vida era difícil, oscura. Tenía poco, y poco que esperar. En eso era absolutamente típico, pero no era típico por naturaleza. Por naturaleza era orgulloso, era inexorable. Sabía qué esperar de Oda Sotatsu.

Que perdiera el partido de cartas, que firmara la confesión: todo eso era inevitable. Yo había concebido la situación en un cuarto de Sakai, hacía un año. Había movido figuras, filosas como el papel, en las estrofas de mi mente, y ahora observaba a Sotatsu mientras él escribía en una hoja de papel. Escribió: Oda Sotatsu, y escribió la fecha, y me miró, y yo lo miraba desde un lugar lejano. En ese momento supe que lo había hecho.

Salió del bar, se fue, no importaba adónde. Mientras más lejos, mejor. Si hubieran tenido que salir a buscarlo, habría dado igual. Tomé a Joo del brazo, nos fuimos a casa. Nos acostamos. Leí la confesión como un poeta lee un poema que escribió, un poema que siente que cambiará su fortuna. Pero como un poeta, la fortuna que cambia su poema no es la suya.

La puesta en práctica 2

Había advertido que Sotatsu miraba a Joo, la observaba. Yo sabía lo que era ella: no solo linda, no solo una linda chica, una chica deseable, sino también una chica inteligente, una chica cuya opinión valía la pena. Decía cosas mordaces y hacía quedar a todos como tontos. Se lo hizo a Sotatsu. Me lo hizo a mí. ¿Hace falta que diga que la mayoría de las chicas que conocíamos no eran así? Sabía que Sotatsu tenía un alto concepto de ella, entonces se me ocurrió la idea, ahí acostado, sabiendo que, en otra parte del pueblo, Sotatsu estaba acostado, esperando a la policía; se me ocurrió la idea: ¿y si la mando a ella? ¿Podía Jito Joo ser el método para que Sotatsu no se echara atrás? La miré durmiendo desnuda a mi lado, y estuve completamente seguro. No solo de que daría resultado, sino de que ella lo haría. Aunque no estuviera obligada a hacerlo, aunque pudiera alegar que excedía los límites de nuestro acuerdo, lo cierto era eso. Nuestra mismísima impotencia ante nuestras vidas, el hecho de que queríamos hacer cosas drásticas, y de que queríamos imponerles ese extremismo a los demás, la llevarían a arrojarse voluntariamente por ese precipicio. Me dejaría decirle que fuera a verlo, e iría a verlo, y lo haría cumplir su promesa.

Joo, le dije, cuando la desperté, lleva esta confesión.

Se levantó y se vistió mientras la observaba, y pensé: Esta es la esencia de mi vida. No tuve ni volveré a tener tantas cosas buenas tan plenamente: el amor de una chica, la palabra de un amigo, el principio de una conspiración. Todo eso sentí. Y ahora, tiempo después, puedo decirles que no me equivoqué. No hubo nada que se comparase con ese momento, ni espero que lo haya. Ahora espero muy poco.

La puesta en práctica 3

Si voy a explicar lo que pasó, supongo que tengo que explicar todo. El tío de unos amigos de Sakai tenía una granja. Era un hombre odioso. La granja era una construcción vieja, tallada en la ladera de una montaña. No había nada cerca, salvo un santuario prácticamente abandonado. El tipo ni siquiera era buen agricultor. La clase de hombre que podría vivir del polvo, incluso ser de polvo. Nos conocimos; viajé especialmente para conocerlo. Nos conocimos, y nos caímos bien. Se había convertido al anarquismo. Era anarquista, pero no en un sentido político. Era una especie de herético empobrecido que, pese a ello, no la pasaba nada mal. Le gustaba sentarse al aire libre por las mañanas, y nada más. Me lo gané confesándole cuánto odiaba a la gente. Se sorprendió: ¿Tú también odias a la gente? Sí, yo también. Odio a la gente. Bueno, entonces tenemos algo en común. Así que una mañana nos sentamos juntos y le describí el complot fantástico que se me había ocurrido. Sería un gran insulto, le dije, un gran insulto a la sociedad en plena cara. Tendrían que soportarlo. No les quedaría más remedio que soportarlo. A él le pareció todo muy gracioso. Aceptó.

Fue así como me tocó ir de un lugar a otro en un auto prestado a buscar a personas mayores con ideas raras, y convencerlas: Desaparezca un tiempo. Tengo un lugar para usted.

En mi defensa, le expliqué todo el asunto a cada uno. Le expliqué a cada uno lo que estaba haciendo. Les dije que quizás debieran permanecer ocultos un año o dos, o tres, o hasta cinco, diez. ¿Quién lo sabía? Hablé un buen rato, un rato larguísimo, una y otra vez. En cada caso, al terminar, la persona se puso de pie, y se fue dejando todo como estaba. En cada caso, al terminar, la persona se puso de pie, y caminamos al auto. Nos subimos al auto, y nos fuimos.

Una por una llevé a las personas a la granja, donde las recibía el viejo. Vivían ahí todos juntos, como en una pequeña pensión de la gente más extraña que se puedan imaginar. Lo curioso es que se llevaban muy

bien. Creo que el tiempo que estuvieron desaparecidos fue el más feliz que la mayoría de ellos había vivido en muchos años.

Después de llevar al último, no volví hasta que todo hubo terminado. Ni siquiera les mandé un mensaje. Era parte del trato. Le había explicado todo al viejo. Se lo había explicado a cada uno. Estábamos todos de acuerdo.

La puesta en práctica 4

Joo se metió de lleno. No me imaginé que fuera a pasar. Se metió de lleno como una actriz. Nadie habría imaginado que Sotatsu no le importaba en lo más mínimo. A veces le decía: Joo, Joo. La sacudía, la despertaba, le decía: Joo, arriba, ve a verlo. Tienes que seguir con la actuación. Ella decía: No, no. Se acurrucaba contra mí, bajo las sábanas. Me quiero quedar acá, decía. Pero yo la empujaba. La destapaba. Ella se ponía de pie, se desperezaba. Ve, le decía. Ella asentía, y se cambiaba, y se iba. Recuerda, le decía, mientras se daba vuelta para mirarme: Yo no existo. Solo existe la determinación de Sotatsu. Asegúrate de que lo sepa. Asegúrate de que sepa que puede resistir.

En general, las cosas salieron bien. Hubo dificultades cuando apareció el hermano de Sotatsu, pero Joo lo arregló. Era rápida. Ya lo he dicho. Deshizo lo que el hermano había hecho. Logró que Sotatsu se mantuviera firme en sí mismo, en su propia determinación, en lo que había decidido. No podría haber imaginado a nadie que lo manejara mejor. Llegó al punto de que ni siquiera tenía que decirle que fuera. Iba sola. Me despertaba y ella no estaba. Entonces me ponía a trabajar, y en algún momento del día hacía una pausa y pensaba:

En la granja, mis desaparecidos están parados en fila mirando cuesta abajo. En la prisión, Sotatsu está parado mirando la pared. En el autobús, Jito Joo está sentada mirándose los pies. Yo no soy nadie. Nadie sabe que soy alguien, pero mi plan es inevitable. Los jueces están haciendo lo que les digo que hagan, sencillamente porque hay una cosa que entiendo mejor que ellos: los extremos absurdos a los que llegan los seres humanos para demostrar que son razonables.

La puesta en práctica 5

Me preocupaba mucho. No puedo negar que casi todas las noches me despertaba sudando, temiendo que hubiera salido algo mal. A veces Joo se burlaba. Llegaba llorando y me decía que él se había retractado, que había confesado, y se reía a carcajadas al ver mi cara de espanto. No es gracioso, le decía yo, y ella se reía. Joo, Joo, le decía. Eres dura.

Pero cuando anunciaron la sentencia, y cuando lo pusieron en el corredor de la muerte, me sentí más seguro. Esa parte, al menos, estaba asegurada. También temía que se muriera alguno de mis desaparecidos. ¡Eran viejos! A veces la gente se muere. Pero no sería fácil de explicar. No quedaba más que esperar, y ni siquiera podía saber cómo iba todo en la granja.

Después de varios meses en el corredor de la muerte, Sotatsu comenzó a actuar extraño. Comenzó a escribir cosas raras en papeles. Comenzó a hablar con los guardias. Temí que se estuviera quebrando. Entonces le dije a Joo que quería que fuera y se acostara con él, si era posible. Quería que lo hiciera sentir atado a ella de esa forma.

Se echó a llorar. No quería. Le dije: Tienes que hacerlo. No tienes opción. Dijo que no lo haría. Yo le dije: Lo harás. Tienes que hacerlo. Agarró sus cosas y se fue. Nunca más volvió. Si fue o no a la prisión, no lo sé. Nunca más la volví a ver.

Al día siguiente, escuché la noticia en la radio.

FIN

+

Un día de primavera, cuando yo todavía era niño, sacaron a Oda Sotatsu de su celda. Lo llevaron por varios pasillos. Le pidieron que demostrara que efectivamente era él, y lo demostró. Otros lo confirmaron. Lo llevaron de habitación en habitación, desfilando ante estatuas. Lo obligaron a pararse sobre una trampilla plana y cuando dieron la orden lo colgaron del cuello hasta que murió.

La noticia se transmitió por radio y por televisión a la población general. Hubo alegría, pero también confusión. Muchos querían saber qué había pasado con los desaparecidos.

Entonces, una semana después de la ejecución, en la ciudad de Sakai, apareció una procesión en la calle. Era una procesión de personas vestidas enteramente de blanco, encabezada por un hombre joven, Sato Kakuzo. Estaban vestidos de penitentes, a la vieja usanza, él y todos los que supuestamente estaban desaparecidos, aquellos en cuyo nombre Oda Sotatsu había sido ejecutado. Estaban vivos, y caminaron en procesión por las calles hasta los tribunales, bajo la mirada atónita de la ciudad. En la escalinata de los tribunales, Sato Kakuzo pronunció un discurso para los periodistas y la muchedumbre que se había amontonado, siguiendo la procesión. En su discurso acusó a la sociedad del crimen que había cometido y les hizo saber que Oda Sotatsu, un hombre inocente, había sido asesinado, y que otros, también, en los días y los años venideros, serían ejecutados, sin prueba alguna.

No podemos permitirlo, dijo. Ustedes que están vivos, nosotros que estamos vivos, no podemos permitirlo. Si están vivos, declaren con sus actos: no podemos permitirlo.

El acontecimiento salió en los diarios.

Transcurrieron algunas semanas, y básicamente pasó al olvido. Cuando me enteré, sentí que tenía que escribir sobre lo que pasó. Sentí que debería haberse escrito sobre lo que pasó. Sentí que debería haber habido montones de libros sobre el tema. No hubo ninguno. Sentí que mi vida y mi experiencia, mi pérdida, me habían preparado para la tarea, así que escribí esto, este libro.

Este es, entonces, el libro de lo que pasó. Este es el registro de Oda Sotatsu y su vida, y del complot de Sato Kakuzo, y del amor de Jito Joo.

Agradecimientos

En agradecimiento a la generosidad con la que ejecutaron tareas previstas y no previstas de toda clase:

NUEVA YORK

J. Jackson y todo el equipo de Vintage, Pantheon, Random House.

Billy, David, Becky, Jessie y todo el equipo de Kuhn Projects.

OTRAS CIUDADES

C. Ball, Th. Bjornsdottir, A. Aegisdottir.

CHICAGO

Salazar Larus, Nora, Nutmeg y Skunkur Amelius.

S. Levine, L. Wainwright, J. McManus, J. Francis, R. Inoue.

Sobre el autor

Jesse Ball nació en Nueva York en 1978. Es narrador y poeta. Autor de una quincena de libros, obtuvo los premios Plimpton y Gordon Burn, fue candidato al National Book en 2015 y la revista Granta lo incluyó en la selección de los Mejores Narradores Jóvenes de Estados Unidos. Su obra fue traducida a más de veinte idiomas. En castellano, se publicaron Toque de queda, Censo, Cómo provocar un incendio y por qué y Los niños 6, estas dos últimas por Sigilo. Además de sus novelas y colecciones de poesía, cuento y prosa breve, escribió un libro en colaboración con Brian Evenson e ilustrado por Lili Carré –The Deaths of Henry King–, un manual sobre el sueño lúcido dirigido a niños y a personas que están en prisión –Sleep, Death's Brother– y un manual de procedimientos para profesores de escritura –Notes on My Dunce Cap–. Su libro más reciente es Autoportrait, de próxima aparición en Sigilo.

Sobre la traductora

Virginia Rech es traductora de inglés. De Jesse Ball ha traducido también Cómo provocar un incendio y por qué y Los niños 6. Actualmente vive en Grecia, donde estudia filología griega en la Universidad Aristotélica de Tesalónica.

Ball, Jesse

Cuando comenzó el silencio / Jesse Ball. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Virginia Rech.

ISBN 978-631-90195-4-4

1. Novelas. I. Rech, Virginia, trad. II. Título.

CDD 813

Título original: Silence Once Begun

Esta traducción se publica con acuerdo de Pantheon Books,

un sello de The Knopf Doubleday Group,

una división de Penguin Random House, LLC.

Diseño de portada: Max Rompo

Ebook: Tomás Caramella

Primera edición: Diciembre de 2023

Primera edición digital: Diciembre de 2023

ISBN 978-631-90195-4-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Editorial Sigilo SRL

Pedro del Castillo 549 8° C

(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina

sigilo@sigilo.com.ar

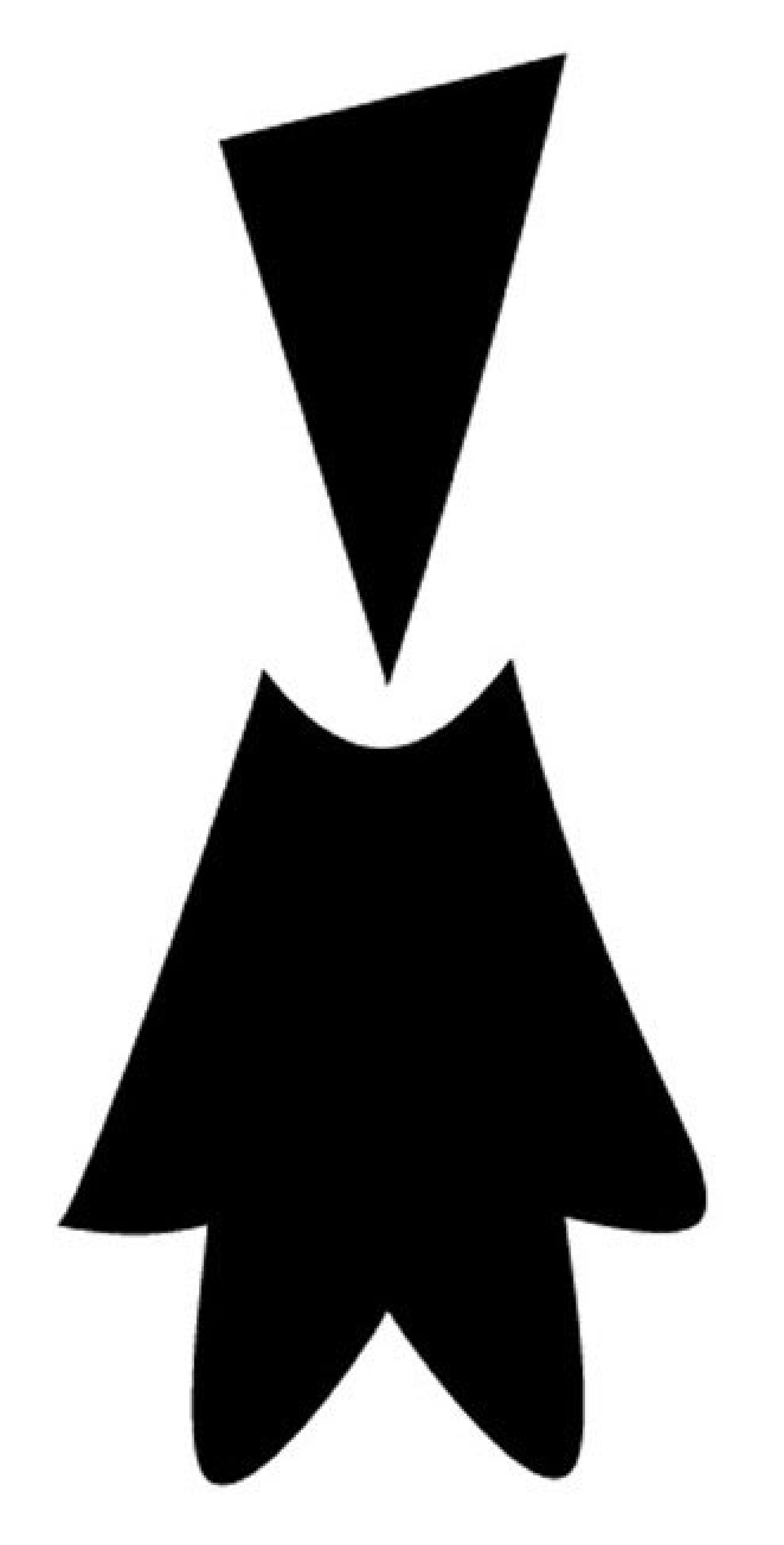
www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.

Madrid

info@sigilo.es

www.sigilo.es



Contenidos

Landmarks